



2 vols

510

ANT

XIX

1434

EL GODOFREDO

ó

LA JERUSALEN RESTAURADA,

POEMA ÉPICO

DEL Sr. TORQUATO TASO.

TRADUCIDO DEL ITALIANO Á VERSO CASTELLANO

POR D. MELCHOR DE SAS.

TOMO I.



BARCELONA:

EN LA IMPRENTA DE TOMAS GORCHS,
AÑO 1817.

*Es propiedad del traductor ; y todo egemplar
que aparezca sin esta cifra se tendrá por contra-
hecho, y averiguada su procedencia, el propietario
usará contra el vendedor de los derechos que la
ley le concede.*



VIDA DEL Sr. TORQUATO TASO.

Pension parece de poetas grandes dudarse del lugar donde vieron su luz primera. Siete ciudades de la Grecia quisieron apropiarse la gloria de haber sido cuna del grande Homero: Salamina, Sío, Atenas, Argos, Colofona, Esmirna y Rodas. Pocas menos en Italia querian gozar de la alta preeminencia de ser la patria del insigne Taso.

Sábese, sin embargo, que la dichosa fue *Sorrento*, ciudad deliciosa por la fertilidad de su variada campiña, y por las olas del mar que en aquella playa exhalan un olor suave y esquisito: dista de Nápoles diez y ocho millas. Sus ascendientes eran nobles; su nobleza rancia y conocida: empero como ésta no basta, ni aunque vaya acompañada de apreciables virtudes, para merecer la atencion de todos, el aura popular, y el brillo que reclaman, si no son beneficiadas por bienes de fortuna: así la familia del Taso se hallaba algo oscurecida por defecto de ellos; y perdido habia mucho de su antiguo esplendor, y del esclarecido lustre de que gozaba la casa de Latorre en el Milanesado de donde fué desterrada; por cuya razon se trasplantó entre Coma y Bérgamo á la

montaña de Taso, de donde tomó el nombre la familia, perdiendo el de *Latorre*; y el primero que usó de ese apellido fue el padre de nuestro poeta, llamándose Bernardo Taso, hombre de singular mérito, y que no dejó de adquirir el renombre de *poeta*.

Viéndose, pues, éste obligado á hacer variar de aspecto sus negocios y el estado de su casa que iba cada dia mas en decadencia, se trasladó á Salerno, cuyo príncipe Fernando de Sanseverino, conociendo sus apreciables qualidades, le cobró particular inclinacion y afecto, de modo que le nombró desde luego su secretario, y le honró con sus mayores confianzas.

Llevo le consigo á Nápoles donde casó con Porcia de Rosi, una señorita de familia ilustre y de prendas muy apreciables; y Torquato Taso fue precioso fruto de éste matrimonio. Nació en Sorrento á 28 de marzo del año de 1544; y fue luego llevado á Nápoles donde pasó su infancia dando precoces muestras de un talento extraordinario.

Era tanta su aplicacion y gusto al estudio que á los quatro años de su edad sabia leer y escribir, y antes de los cinco comenzó con los Jesuitas la gramática latina, en qué empleó solo dos años para saberla perfectamente y de que dió públicos testimonios, recitando á la edad de siete años, diferentes composi-

ciones suyas en prosa y verso. Ni fue ésta sola lengua á la que únicamente se dedicó en este mismo tiempo, por que tambien tenia ya unos medianos conocimientos del griego, cuyas nociones hizo tambien públicas en la traduccion de algunos trozos de la *Iliada*.

Habiendo Sanseverino caido en desgracia del Virrey, y por informes de éste en la del emperador Carlos V.; se vió en la necesidad de ausentarse del reino de Nápoles, y renunció la obligacion á que por juramento se habia ligado de obedecer al Emperador. Siguióle Bernardo Taso, y llevó consigo á su hijo Torquato.

No hubo menester mas el Virrey para declararle rebelde y fulminar sentencia de muerte contra él y quantos le siguieron: por cuya circunstancia el niño Torquato se vió sentenciado á muerte á los nueve años de su edad. Egemplo único y ominoso de su trágica vida, bien digna á la verdad de mejores tratamientos y de las mayores consideraciones.

Se vió por la primera vez separado del dulce maternal regazo, y causó en su alma sensible una conmocion extraordinaria; de la qual nos hizo formar alguna idéa en una pequeña pieza de poesia, donde se comparaba al tierno Ascanio, separado como él, del patrio suelo, y de los amantes brazos de su madre Creusa, que sus ojos á verla ya jamas tornaron.

Dexóle su padre en Roma encargado á un amigo suyo , que puso todo esmero en cultivar el feraz suelo de su entendimiento. Allí se perfeccionó en la retórica y poesia, y despues fue enviado á Padua donde su padre estaba ; el qual quiso , que en aquella célebre universidad estudiase la jurisprudencia, á fin de que tuviera en él un apoyo su pobre casa por tan continuos reveses de la fortuna adversa , decaida.

Torquato , aunque obediente á los preceptos de su padre , no podia menos que sentir su interior repugnancia á las leyes , y la irresistible tendencia que arrastraba su alma en pos de la harmoniosa métrica cadencia. Sin embargo defendió á los 16 años conclusiones públicas de las quatro ciencias que allí se enseñaban con general aplauso ; y dos años despues dió á luz las primicias de su amenísimo númen poético en el *Poéma de Reynaldo* : manifestando en él unos conocimientos tan superiores á su edad prematura , que fue desde entonces mirado por los inteligentes como un excelente poeta. Su padre mismo admiró el *Reynaldo* , y presintió las funestas consecuencias que podria acarrearle este arte encantador , distrayéndole de ocupaciones mas útiles y convenientes.

Perdió en Padua sus amados padres por el rigor de la implacable Parca, y á la edad de 20 años salió para Bolonia , donde ya era muy

conocido por su fama; por cuya razon halló grata acogida en la casa del señor Cesis, que fue despues cardenal.

Pasó desde aquí el Taso á Paris en cuya corte mereció particulares elogios y distinciones de los grandes, y del mismo rey Carlos IX. el qual le llamaba siempre *el Poeta grande*.

Voló por todas partes su esclarecida fama, y despertó en los príncipes italianos la justa emulation de tenerle en sus cortes. Mas que otro alguno aguijado de este estímulo el príncipe cardenal de Este, hermano de Alfonso II. duque de Ferrara, le llamó con las mayores instancias, y consiguió por fin que el *Gran Poeta* se trasladase á Ferrara. Alojóle en su propia casa el Cardenal, y le honraba de continuo con su lado á dó quiera que iba.

Ni fue solo el príncipe; el duque Alfonso y todos los Estenses, que como por herencia eran apasionadísimos y protectores de las bellas letras, se esmeraban en manifestarle su aprecio y honrarle con singulares distinciones. En esta elevacion tan desproporcionada á la mezquina suerte que por lo general persigue á los poetas, se hallaba Torquato, á donde le habia remontado una fuerza centrífuga de su destino: quando la que debia precipitarle á su desgracia, hizo que entre la familia de los Estenses hubiese una hermosa joven llamada Leonor, hermana nada menos que del mismo duque Alfonso.

Esta Princesa tan apreciable por su persona y nacimiento ilustre, tan recomendable por sus virtudes, tan dotada de un superior talento adornado de excelentes conocimientos en las bellas letras á que era en extremo apasionada, no pudo desmentir su inclinacion, ni desdecir de la familia Estense. Así es que hizo un particular aprecio del *Gran Poeta* desde la primera vez que le vió, y con noble sencillez le manifestó que le estimaba.

Era el Taso de mediana estatura, muy bien formado, cara aguileña y descolorida; sus ojos negros y rasgados, sumamente vivos y penetrantes demostraban muy bien su ingenio y particular talento: tenia el entrecejo muy fruncido y esto le hacia presentar un rostro serio y aun melancólico, descubriendo la tristeza que con frecuencia le acometia, y pintaba al mismo tiempo su corazon intrépido y guerrero. ¡Cosa bien extraña! ¡Nadie en su infancia le vió reir, y casi nunca llorar! Su aire era magestuoso y agradable, y sus maneras enérgicas y vivas.

En este tiempo empezó su Jerusalem restaurada que dedicó al duque Alfonso; empleó ocho años en hacerla, y se publicó el año de 1574, á los 30 de su edad: habiendo en este intermedio dado á luz algunas otras composiciones, entre ellas el *Aminta* tan justamente aplaudida y admirada.

Crecía con estas obras mas y mas el aprecio general que se grangeaba, y el particular de Leonor que ya no le miraba con indiferencia. Ni podia tampoco ocultarse á la alta penetracion de Torquato, á quien la primera vista de esta princesa habia herido vivamente. Leonor ocupaba su alma, siendo el objeto de sus composiciones amorosas, y Leonor esparcía el fuego que en estas poesias se vé brillar, sin lo qual no pudieran haber sido tan animadas; pues no basta ser poeta, ni conocer los efectos de una pasion, es necesario experimentarlos y sentirlos.

No dejó Alfonso de tener alguna noticia ó sospechas: y aunque pudiera vivir confiado en las virtudes de su hermana que conocia muy bien, experimentó sin embargo algun interior resentimiento, que procuró sufocar por el pronto.

Sucedió á este tiempo, que un caballero de Ferrara á quien el Taso habia confiado un secreto, correspondió muy mal á esta confianza revelándole indiscretamente. Torquato sabedor de ello; como un dia se encontrára con él en el mismo palacio del Duque; con bastante comedimiento le hizo las justas reconvencciones que exigia el caso: pero el caballero en vez de satisfacerle, contestó con indiscreta risa convirtiendo en juguete la seria reconvenccion del otro, cuya bilis no era de las mas tar-

das á exaltarse, y mas con un motivo tan fundado. Así; montado en cólera, y arrebatado del primer impulso, descargó un bofetón al imprudente. Saliéronse al momento al campo uno y otro enfurecidos, á lavar con sangre del contrario sus ofensas.

Corrió la voz de este suceso y llegó á oídos de tres hermanos que tenia el Ferrarense: volaron todos tres al campo de batalla, y habiendo hallado á los dos que habian comenzado la peléa, tuvieron tan poco honor, que unieron á la del hermano sus tres espadas, atacando todos quatro al solitario Taso: pero él con alma grande y corazón intrépido, no solo se defendió de todos mientras vinieron á separarlos, si no que hirió dos de ellos. Los quatro hermanos avergonzados y recelosos de que el Duque procediera contra ellos, no entraron en Ferrara, y obedecieron, antes de expedirse, el decreto por el qual fueron desterrados. Mas el Taso con gran serenidad volvió á su casa, sin pararse á considerar los males que pudieran sobrevenirle.

Este hecho coronó á Torquato de una nueva y diferente gloria, é hizo decir, que á todos excedia con la pluma, ó con la espada en la mano. Ni podia esperarse menos del pintor de Argante, Tancredo, y de Reynaldos: ¿como podia presentar unos quadros tan acabados de esta especie? El que no tenga un corazón im-

pávido y heroico jamas podrá hacer unas descripciones tan enérgicas y sostenidas. Estoy persuadido , que era la virtud característica del Poeta , segun se echa de ver muy á las claras en todo el discurso de su poema.

El hecho fue ruidoso en toda Ferrara ; no se hablaba de otra cosa , y por consiguiente el Duque tuvo individual noticia de todo : asi es que le puso preso , socolor de ponerle á cubierto del enojo de sus contrarios. Conoció entonces el Taso su imprudencia en haberse él mismo ido á entregar ; y su inadvertencia de haber dado principio á la cuestion en el mismo palacio del duque.

Quando las idéas tristes se apoderan de la imaginacion , representan á cada momento gigantes y vestiglos , que en otras situaciones no se aperciben. No solo le parecia á Torquato ver con razon irritado á Alfonso ; sino que repasando la memoria , se le figuraba , que de algun tiempo antes no le apreciaba tanto , y por fin de sus congeturas concluía persuadiéndose que el Duque tenia con él algun anterior resentimiento. Pusiéronle por el pronto sin comunicacion , y esto le dió lugar á infinitas cabilaciones que le hizieron enfermar , y debilitaron mucho su cerebro. Las idéas mas lúgubres fomentaban de continuo su genio naturalmente triste y melancólico : le presentaban al Duque sumamente airado ; la falta que

habia cometido le parecia un delito imperdonable; la sentencia de muerte contra él, no estaba todavia derogada, y descargar la veía sobre su cabeza.

No pudo resistir mas tiempo idéas tan funestas que por algunos momentos le sacaban fuera de sí, y acaso hubieran trastornado enteramente su juicio. Disfrazado huyó de la prision, y de aquel reino, y se fue á Turin donde permaneció algun tiempo oculto bajo otro nombre: pero era demasiada la brillantez de su talento para que no le descubrieran sus fulgores; por consiguiente el duque de Saboya tuvo noticia de que existia en su corte el *Grande Poeta*, y habiéndole hecho buscar, le trató con mucho aprecio y le dispensó favores singulares.

Viose otra vez colmado de beneficios y de gracias, de que ya no podia disfrutar conociendo la inestabilidad de ellas, y habiéndole quedado su atrabilis en disposicion de alterarse facilmente. Era como la herida Corza que en su veloz carrera lleva á todas partes clavada en su costado la cruda flecha que la aqueja. Así el Taso aunque se veía libre y lejos del duque le parecia que á todas partes alcanzaba su perseguidora mano. Se le objetó que el duque de Saboya podia entregarle al de Ferrara, ó por suggestion de éste envenenarle. Efecto seguramente de su imaginacion en extremo exaltada.

Poseido, pues, de tan fúnebres idéas salió inmediatamente de Turin y se fue á Roma, donde creyó gozar de mas tranquilidad: empero la saeta de su interior desasosiego á todas partes le seguía; y no dexándole parar allí tampoco, se propuso volver á Sorrento su patria donde vivía una hermana suya que deseaba ver, y á quien apenas conocia. Como su imaginacion estaba tan acalorada con las idéas de la persecucion de Alfonso II, no le dió lugar á conocer que iba á un pais donde su cabeza estaba proscrita, y de donde debía huir á toda costa.

Nada le detuvo: se disfrazó de aldeano, y sin ser conocido llegó en Sorrento á la casa de su hermana; que no habiéndose visto desde su infancia le recibió con todo el júbilo que permitia el inminente riesgo en que se hallaba. Él mantuvo siempre su correspondencia literaria con la princesa Leonor, la qual, se empeñó en aconsejarle que se quitára de tal peligro; y por último le escribió decididamente que volviese á Ferrara, donde nada tenia que temer por parte de su hermano. Era tal el predominio que esta Princesa conservó siempre sobre el corazon de Torquato aun en medio de sus mayores arrebatos; que sin detenerse mas tomó el camino de aquella corte, donde creía firmemente que iba á volver á sus antiguas prisiones: así se lo dixo á su hermana al despedirse.

Las ideas mas tétricas, y los pensamientos mas ominosos asaltaban de continuo su entendimiento por el camino, y las noches se le pasaban sin gozar ni un instante del natural reposo, que hace olvidar, ó dá treguas á los mas grandes infortunios. Su agitacion interior, la falta de sueño, el cansancio del camino y los ardientes soles causaron en su organizacion semejante trastorno, que por algunos momentos las sensaciones de movimientos que experimentaba, introducian el desorden en sus facultades intelectuales, ó bien sus potencias padecian una perturbacion que casi le sacaban de sí. Ni fue insensible su cuerpo á tan poderosos embates, y al llegar á Roma le acometió una fuerte enfermedad que le puso en los últimos apuros, con un delirio tan obstinado que no le dejó hasta estar limpio de calentura.

Apénas pudo sostenerse, sin acabar de convalecer, y contra el dictamen de los facultativos que le asistian, salió de Roma para continuar su viage. Con este hecho tan intempestivo, y con el largo delirio de su enfermedad, se esparció en Roma la noticia de que el autor de la Jerusalem restaurada estaba loco. Como las malas noticias vuelan, llegaron mucho antes que él á la corte de Alfonso, el qual le recibió con bastante afabilidad, y sin demostrar el menor resentimiento.

Torquato con su presencia no desmintió las nuevas de su locura. Venia sumamente flaco y sin haberse en nada recobrado de su pasada enfermedad, que aumentó en extremo la natural amarillez de su rostro: lo fruncido de las cejas resaltaba mas con la pérdida de sus carnes: su accionar antes insinuante, vivo y enérgico, ahora era debil lánguido é insignificante. Solo conservaba alguna viveza en los ojos siempre penetrantes y vagarosos aunque muy hundidos: y esta era una de las cosas que mas inducian á crecer su locura. Se aumentó su humor negro y melancólico con la diferencia del trato general que ahora experimentaba en razon del de otro tiempo. Tampoco se le permitió ver á la princesa Leonor: y esta circunstancia unida á las demas, casi le puso en los términos que la fama le pintaba.

Alfonso que antes se complacía en oirle, ya no le hablaba ni veía: y finalmente persuadido, ó aparentando estarlo de su demencia, le hizo encerrar en el hospital de Santa Ana, y mandó que se le hiziesen todos los remedios convenientes para volverle el juicio; y sobre todo que no se le permitiera salir.

En vano para su libertad se interesaron todos los príncipes de Italia hasta el Emperador y el Papa. No fue posible sacarle hasta pasados siete años de encierro y medicinas, que

por poco le sacan no solo de juicio sino de este mundo. Salió, por fin, de su encierro después de tantos años á los 42 de su edad, con su salud perdida y su cerebro medio trastornado, y huyó inmediatamente de una corte que tan funesta le habia sido. Se fué á Mantua desde donde solicitó indulto para volver á Nápoles, á donde fue efectivamente; y disfrutó allí de alguna tranquilidad ¡que harto la necesitaba!

Á este tiempo el gran duque Fernando le llamó á Florencia con las mayores instancias, á que no pudo resistir ni negarse. En este viage los académicos de la Crusca quisieron enmendar la falta de su injusta crítica sobre la *Jerusalén restaurada* haciéndole tantos obsequios y tributándole tantos elogios como dictorios contra él mismo habian proferido.

Durante su mansion en Nápoles quiso indirectamente satisfacer á las infundadas y descomedidas críticas de su poema, y persuadido de que su obra era susceptible de mayor perfeccion, quiso demostrar que era capaz de hacer un poema distinto sobre el mismo asunto, purgado de las faltas de aquel otro; y compuso su *Jerusalén conquistada*.

Esta composicion está exactamente arreglada á los preceptos del poema épico: pero no podía libertarse de las penurias que en pos de sí acarrean los años, los achaques casi habituales

adquiridos en sus pasadas dolencias, y la falta de aquel fuego que solo se experimenta en ciertas épocas y situaciones de la vida. El estilo era elevado y armonioso, pero difuso y lánguido: en este poema se vé mucha facundia de imaginacion pero poca sensibilidad. La *Jerusalén conquistada* apenas se há transmitido á nuestros dias, mas por la *restaurada* como inmortal no pasa tiempo. Compuso tambien en verso suelto por fin de su carrera poética la obra del *Mondo creato* en la qual brilla una admirable y vasta erudicion, que hace formar una idéa de sus extensos conocimientos.

Á este tiempo el cardenal Chintio Aldobrandino le escribió felicitándole la concesion que acababa de obtener del Papa, para premiar sus talentos poéticos con el glorioso triunfo á la antigua usanza de la corona de Laurel. No se manifestó el Taso insensible á esta gracia tan singular, y en su consecuencia, y la de llamarle á Roma con este objeto el mismo cardenal con las mayores instancias; revestido el poeta de uno de sus repentinos furores que le eran característicos, partió de pronto para Roma á coger el fruto de sus continuas labores.

Como sus pasadas desgracias y habituales achaques le habían puesto en un estado de suma delicadez, y en la precision de observar un régimen de vida muy metódico; hora la

noticia del triunfo que le causó alguna alteracion, hora la fatiga del camino en que quiso adelantar mas que lo que podía en razon de su endebles, y hora finalmente por no serle posible conservar aquel método á que por necesidad estaba constituido: lo cierto es que á su llegada á Roma cayó segunda vez en ella gravemente enfermo.

Todo lo principal de aquella corte se apresuró en visitarle; fueron llamados los mejores médicos, quienes desde luego anunciaron que su enfermedad era mortal, ó de sumo peligro atendida su extremada endebles, incapaz de vencer el mal que se manifestaba. Enterado Torquato de que su vida estaba en tal peligro, pidió con mucho fervor que se le condujera al convento de San Onofre para acabar sus dias entre aquellos religiosos. Concediósele con efecto, y vivió allí tres semanas, en cuyo tiempo supo el pormenor de los grandes preparativos que estaban hechos para la gran fiesta de su coronacion. Vió el placer que por tan justo premio á todos resultaba y mucho mas á los buenos literatos.

Si el Taso no logró efectivamente el alto honor que le estaba preparado, gozó almenos de casi todas las satisfacciones, que el mismo acto le hubiera producido. Conociendo por último que el dia postrero de su vida se acercaba: abandonando mundanales glorias, tor-

nó sus piadosos ojos al Cielo que reparte inestimables premios, y expiró el inmortal poeta con todas las señales del mas cristiano celo en el dia 16 de abril de 1595, á los 51 años de su edad. Su cuerpo fue sepultado en la Iglesia del mismo convento y en su lápida se lee la inscripcion siguiente.

D. O. M.

TORQUATI TASSI

OSSA HIC JACENT.

HOC, NE NESCIUS ESSET HOSPES,

FRATRES HUIJUS ECCLESIAE

POSUERUNT.

ANNO M.DXCV.

DISCURSO PRELIMINAR.

Si debieran siempre exponerse las verdades desnudas como en las matemáticas bastaría hacerlo sencillamente, y sin adorno alguno; pero como no todas son verdades matemáticamente demostrables, esto es no hay un lenguaje bastantemente exacto para presentarlas, ó hacerlas ver; (ventaja única, según Condillac, que las matemáticas tienen sobre las demás ciencias) es necesario adornarlas de modo que lleguen á conmover y agradar; y para conseguirlo, uno de los medios mas eficaces es la poesía.

»Esta brillante facultad, como dice Bartelemy (1), se ocupa menos de lo real que de lo posible, materia mas extensa que la real. Su voz puebla los desiertos, anima los éntes mas insensibles, transporta de uno en otro objeto los colores y cualidades que servian para distinguirlos, y por una seguida de metamórfosis, nos arrastra á la mansion de los encantos en aquel mundo ideal, donde los poetas olvidando la tierra se olvidan de sí mismos."

(1) *Voy. du Jeun. Anac. t. 3.*

Para persuadir verdades sin demostraciones, es indispensable saber el camino del corazón; y éste le abre la poesía introduciéndose por el oído con su harmoniosa cadencia ó rythmo (1), que segun Aristóteles es una de las dos cosas á que mas propende por naturaleza el corazón humano (2); y la otra es la imitación de donde trae su origen la poesía. Cosas hay que ni aun con indiferencia miraríamos, y al verlas imitadas nos llaman la atención y aun nos deleitan.

En vano los austeros filósofos podrán declamar contra éste arte encantador. Dejémosles decir que » la poesía y elocuencia estas dos artes, cuyo nacimiento precedió siempre al de la filosofía, apoderándose de las lenguas apenas creadas, contribuyeron con mucha eficacia á hacer sus acepciones vagas é inciertas:

(1) *La palabra rythmo en general es un movimiento sucesivo y sugeto á ciertas proporciones* (Mem. de l' Acad. des Bell. lett. t. s. p. 182).

Es un espacio determinado hecho para formar simetría con otro de su misma especie. (Batt. Le quat. Poes).

(2) *No hay movimiento alguno en la naturaleza y en nuestras pasiones que no encuentre en las diversas especies de rythmos, movimientos que le correspondan, y que se hagan su imagen.* (Aristot. de rep. lib. 8. t. 2. p. 455).

que los poetas y oradores, corrompiendo nuestro language figuraron hermosearle; é introduciendo infinitos abusos supieron hacérselos amar." Pudiera mas bien éste gran filósofo apropiarse tales adulterios á los filósofos sofistas que tendrían en ellos mucha mayor parte.

Lo cierto es que de la poesía dimana una infinidad de inmensos beneficios á la humanidad. Su estudio debe despertar en los jóvenes el amor á las ciencias, y el deséo de instruirse en todos los ramos de literatura, que tanto abraza y tanta aplicacion exige; pues el que quiera progresar en ella, echará pronto de ver, que será un pobre poeta, el ingenio pobre de conocimientos.

La poesía hace amable la virtud con sus graciosas pinturas, y aborrecible el vicio viéndole reprendido y ridiculizado en la sátira y comedia, la tragedia entornece nuestra alma, y la epopeya la eleva: la lírica nos celebra acciones heroicas y estimula á imitarlas, la bucólica nos encanta con su candor sencillez y dulzura, y la didáctica ó didascálica nos dá sabias lecciones en un festivo y agradable tono.

En general, la poesia nos llena de un santo respeto en las sagradas ceremonias: ella ha civilizado á los hombres; despierta su valor al frente del enemigo. En una palabra es

quien sabe el camino del corazon, quien dirige á su arbitrio las pasiones, y nos dá alivio en nuestros infortunios, y proporciona á nuestra agitada imaginacion alguna calma, en medio de las continuas borrascas que la combaten y afligen, suministrándole algunos inocentes y útiles placeres en tantos males á la vida anexos.

Todas estas excelencias tienen las distintas especies de composiciones respectivamente, pero la *gran epopeya*, como dice M. Sulzer en la nueva Enciclopedia, es sin disputa la produccion mas noble de las bellas artes. Ella sola comprende en sí los efectos de todas las demas composiciones, participa de todas sus bellezas, y admite diferentes lenguages. Es dulce en los pasages bucólicos, tierna en los amorosos, declamatoria en los trágicos, enérgica nerviosa y animada en los heroicos, dogmática en los didascálicos.

No empero, sucede así en los demas géneros de poesías. Han desbarrado los poetas que han querido introducir nuevas composiciones, haciendo mezclas de diferentes especies, han juntado á una cabeza humana un cuello de caballo (1), y por fin de su tra-

(1) *Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias inducere plumas,
..... (Hor. de Poet).*

bajo han sacado un monstruo, por mas aceptacion vulgar que hayan merecido, y aun merezcan algunas composiciones de esta naturaleza (1).

(1) *La tragi-comedia, comedia heróica, ó comedia seria, ha sido la que en España ha merecido siempre excesivos aplausos. Verdaderamente que no sé lo que debe entenderse por tragi-comedia, y créo que equivale á una cosa como llori-risa, y á este egemplo; para espresar el caracter de un hombre que ni es muy risueño ni muy serio, le llamaremos risi-serio, y alti-baxo al de mediana estatura &c.*

Algunos queriendo evitar este defecto la han llamado comedia heróica: pero como que es característico de la comedia el ridiculizar; diremos que el objeto del poeta en esa especie de composicion, será poner en ridiculo las acciones heróicas, las que son dignas de imitarse.

Otros finalmente queriendo huir de estos inconvenientes la llaman comedia seria, sin advertir que esto se diferencia poco de la llori-risa; porque si en la comedia se nos hace reir, querrá decir risa seria ó si no deberá almenos entenderse, ridiculizar con seriedad.

Ni se libran tampoco de la monstruosidad de sus composiciones los que, por no saber como bautizarlas, les ponen por nombre drama, con lo qual quieren decir que pertenece á la dramática, mas

Todos tienen en la epopeya que estudiar, todos en ella hallan que aprender: pero contraigámonos á nuestro poema, para demostrar esta verdad, y veremos que desde el primero al último individuo del estado pueden recibir sabias lecciones. El príncipe debe considerar como un modelo la conducta valor y prudencia de Godofredo, la resignacion en las ad-

no á ninguna de las especies conocidas, ó admitidas por las reglas del arte: así como en tiempo atras llamaban liras cierta especie de versos que pretendian correspondiesen á la poesia lirica, mas no á las odas, á la elegia, á la sátira, ni á ninguna otra de las admitidas en su clase.

Las naciones verdaderamente ilustradas, en sus épocas florecientes jamas han aprobado, ni aprueban tales composiciones, y no créo que estemos en disposicion de enmendarles la plana. Ultimamente remitiremos á los acérrimos defensores y partidarios de esta especie de dramas, á que veán lo que dice nuestro juicioso Luzan en su Art. Poet. c. 14, y 16.: Batteux en los Princip. Filosof. de la lit. t. 2 part. 2, pag. 68.: el célebre crítico Laharpe en su cour. de litt. t. 1. c. 1. p. 74. y en el tom. 4. c. 2. p. 319.: el Ab. Andres Hist. de la lit. t. 2. p. 300 de la traduccion en castellano; y en una palabra quantos AA. clásicos tratan de la materia, tantos la reprueban altamente.

versidades ; y la moderacion y desinterés en la próspera fortuna.

El eclesiástico hallará cosas bien dignas de imitar en Pedro el Ermitaño. Los tiernos esposos tienen mucho que aprender en la fidelidad y conyugal amor de Gildipa y Odoardo: los castos amantes en Olindo y Sofronia , y los impuros é incautos , en los amadores de Armida. La juventud impetuosa y arrastrada por las pasiones puede tomar egemplo de Reinaldo , para detestar sus culpas , arrepentirse de ellas , y espiarlas con la penitencia y acciones heróicas. Los protervos tienen á la vista la infeliz catástrofe del mago Ismeno.

Pero sobre todo , lo que hace con mayor energía , es inflamar el ánimo de los nobles guerreros. Apenas habrá militar que léa el Godofredo sin sentirse arrebatado de una honrosa ambicion de gloria , y de un ardiente deseo de encontrarse en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga para imitar los héroes que presenta el Taso.

Finalmente hasta el pobre mas infeliz hallará un consuelo á su mezquina suerte en los dulces versos , que qual néctar delicioso fluyen de la boca del anciano pastor que acogió á Erminia. Y en una palabra , á todos generalmente llena de un profundo respeto y veneracion hacia nuestra religion santa.

Bien es verdad que el asunto es grande,

y que interesa á toda la cristiandad: pero para que el lector no ignore lo que pudo haber de verdadero en ello; y no estrañe al mismo tiempo, el que todas las naciones á escepcion de la española concurrieran á tan piadosa empresa; siendo ésta la que mas se há distinguido en los actos de piedad cristiana; copiaremos la sucinta noticia que de esta conquista tráe el P. Florez en su *clave historial*.

»Apoderados, dice, ya los turcos de toda la Palestina y Asia menor hasta el estrecho de Constantinopla, pusieron en tal estrecho á toda la cristiandad, que nadie podia ir á visitar los Santos Lugares sin hacerse lugar por mil peligros. Sucedió, pues, que habiendo visto por esperiencia aquellas calamidades un ermitaño frances, llamado *Pedro Eremita*, volvió en álas de su dolor al occidente á mover á todos los príncipes cristianos á la restauracion: y juntando el Papa el concilio de *Clermont*, y recorriendo el tal *Pedro* las cortes de los príncipes cristianos; fue tal la conmocion de los ánimos á vista de la piedad de la causa, y del perdon general de los pecados que se publicó por el Pontífice; que se necesitó hacer retirar á muchos, que sin reparar en edad, sexo, ni condicion se ofrecían á competencia á morir por Cristo en la ciudad en que Cristo murió por todos. Es

cogióse poner por divisa en los vestidos una *Cruz encarnada*, para todos los que sentasen plaza, siendo el primero que se esmaltó con ella el legado apostólico *Ademaro*: y por esto se dió el nombre de cruzada á esta expedicion sagrada. Para su buen éxito se encomendó la accion al patrocinio de la madre de Dios de los egércitos: instituyéndo para obligarla á ello el *Oficio parvo*, y la Misa del sábado.

»Entre los príncipes cristianos que concurrieron, fueron los principales *Godofredo de Bullon* duque de Lorena, con sus dos hermanos *Balduino* y *Eustaquio*: *Roberto* conde de Flandes; y *Roberto* duque de Normandía: *Hugo* el Magno, hermano del Rey Felipe de Francia: *Reinaldo* que comandaba las tropas alemanas é italianas: *Boemundo* Normano con *Tancredo* y *Raimundo* conde de Tolosa, con otros muchos que pasaban de dos cientos, en quienes sobresalían el valor, la sangre, y el celo de derramarla por Cristo.

España se hallaba ocupada en la guerra de los moros: pero no obstante salió con tropas y con la insignia de la Cruz el Arzobispo de Toledo D. *Bernardo*. Mas creyendo los canónigos que no volvería mas, pasaron á elegir otro prelado: lo que obligó al legítimo al regreso: y poniendo otros canónigos, volvió hasta Roma; de donde le hizo el Papa volver á su iglesia, compadeciéndose de ver en

la cuna á la que se criaba por matríz de la España.

»Empezóse, pues, esta primera cruzada en el año 1096 con el concurso de seiscientos mil infantes, y cien mil caballos; y pasadas algunas contradicciones entre los mismos cristianos, pasaron en fin el Bósforo de Tracia tomando á la ciudad de Niza, el Asia menor, y la Cilicia, con no pequeñas pérdidas de los Turcos de Soliman: y despues de siete meses de sitio sobre *Antioquia*, quedó la ciudad por los cristianos: pero faltándoles el principal castillo, y sobreviniendo el persa *Corbanes* con doscientos mil soldados, ni podían mantener la ciudad, ni invadir la fortaleza sin un nuevo combate. Habian encontrado en *Antioquia* la sagrada lanza del Redentor: y enarbolándola contra los enemigos, destrozaron cien mil persas, persiguiendo y acabando con el resto.

»*Boemundo* se levantó con *Antioquia*: *Raimundo* con *Cesaréa*: *Godofredo de Bullon* se echó sobre *Jerusalén*, y se levantó con ella. Y saludándole todos Rey de la ciudad, no quiso su modestia admitir el título de Rey de una ciudad en que Cristo había sido tratado como esclavo. Fue esta toma en 1099, en que empieza el cómputo de los *Reyes de Jerusalén*, cuyo segundo fue *Balduino*, hermano de *Godofredo*; y solo duró este reino 88 años: perdiéndose la santa ciudad y toda la *Palestina*.

en 1187, con dolor de toda la cristiandad por desunion de los príncipes cristianos.

»El Sultan de Egipto viendo que el ejército de los cristianos se había reducido á veinte mil hombres, juntó otro de cien mil caballos, y el mucho mayor número correspondiente de infantes: pero el gran duque de Lorena, infundiendo ánimo en los suyos, mató cien mil enemigos, saliendo herida la mayor parte de los otros, que aseguraron su vida con la fuga, y con ella afianzaron al vencedor en su triunfo. Mantúvose en el nuevo reino su linea hasta el tiempo dicho.»

Esta gloriosa conquista es la accion que se propuso nuestro poeta. No puede ser mas épica, no puede ser mas grande, mas piadosa, ni mas interesante á toda la cristiandad. ¿Qué accion podrá hallarse en la tierra mas digna de un héroe, que la de libertar del bárbaro é infiel yugo una ciudad, donde exstió en carne humana el Redentor del mundo? ¿Donde sufrió pasion y muerte? ¿Y finalmente que encierra en sí el preciosísimo tesoro del santo Sepulcro, que fué receptáculo del verdadero Cuerpo del hijo de Dios?

Nada mas tierno, nada mas sublime para todo fiel cristiano, que el ver ya libres de la profanacion y tiranía aquellos Sacros Lugares: y sus impías mezquitas convertidas en Templos Santos donde á toda hora se entonasen

himnos de alabanza á nuestro Salvador. Aun á los ciegos sectarios de otros cultos ha de interesar almenos la curiosidad de ver lo acaecido en unos lugares tan famosos.

El momento mas feliz que tuvo Taso, sin duda ninguna fue aquel en que le ocurrió este hecho para componer su inmortal poema. Este es su única accion: los demas episodios son como los rayos de luz, que hiriendo la superficie tersa cóncava de un semiparaboloide concurren todos al foco por su respectivo radio vector; así los episodios de la Jerusalem restaurada concurren al punto céntrico de la conquista, uniéndose todos á la accion principal sin que ninguno de ellos sea vicioso: y aunque algun severo crítico haya querido censurar de tal al de Olindo y Sofronia; no debe suscribirse á su dictamen; pues por medio de este episodio se anuncia la magnífica entrada de la gloriosa Clorinda, que hace un papel tan principal en la mayor parte del poema: y nos hace desde luego formar una idéa del caracter del tirano Aladin, siguiéndose de este hecho la expulsion de los fieles que habitaban en la ciudad, removiendo este obstáculo á los sitiados; circunstancias todas de no pequeña monta.

Ni es esto solo lo que han criticado: rígidos censores hay que le reprueban las máquinas de encantamientos y hechicerías de que

se valió para lo maravilloso. Trasplantémonos con la imaginacion á los tiempos en que el Taso escribió, y aun mas á la época de la conquista, y hallaremos á las gentes en lo general llenas de todas esas supersticiones, y aun en el dia se conservan, por desgracia, no pocos resabios de esa especie particularmente en los ancianos. Lo maravilloso decrece y pierde en razon de lo más ilustrado que está el siglo.

Si nos paramos á reflexionar el por menor de las máquinas de Homero y Virgilio, ¿que cuentos tan miserables no nos parecerán? Empero toman su tono patético, respetable y maravilloso, cuando, transfiriéndonos á aquella época, nos consideramos revestidos de sus costumbres, de sus ideas, y de su religion.

Algunos menos severos se han limitado á criticarle por inverosimil el pasage de haber Armida convertido en peces á los príncipes cristianos. Seguramente que es cosa bien extravagante, pero supongamos por un momento que fuese cierta esa virtud de la magia ¿quien podrá tasar su poder indefinido para saber si alcanzaría ó no á egecutarlo? Y por último: considerémos solo el arte de la pintura que hace, y cuanto mas estrambótico veamos el caso, tanto mas deben admirarnos el artificio y los matices con que lo adorna, hallando en

este caso *bello* lo que otros tienen por ridículo.

Esta variedad puede provenir, ora de no estar los unos ó los otros al alcance de distinguir lo bello de lo que no lo es, ú ora de que esta palabra se halla hasta el presente indefinida, apesar de lo mucho que se ha controvertido entre los mas clásicos autores, sin que hayan podido prefijar el genuino significado de lo que es *bello* (1). Pero ésta es una cuestion agena del presente discurso en la cual no debemos mezclarnos. Ni menos hay necesidad de hacer la apología de un poema

(1) *Esta si que es una de las imperfecciones de las lenguas harto difícil de enmendar; y no créo que consista en que los poetas y oradores hayan contribuido á hacer su acepcion vaga é incierta; pues que aun en cosas materiales no ha podido determinarse. El erudito Húe Blaire no tiene por tan bellas las figuras geométricas ó polígonos regulares porque les falta variedad: y el metafísico P. Ives María Andres dice, que son tanto mas elegantes y bellas quanto son mas justas y uniformes: y yo diría que lo es el círculo por estar contenido de una sola linea, y propender el corazon humano á gustar siempre de la unidad. Omnis porro pulchritudinis forma unitas est. (S. Agust. Ep. 18). Véase á Deger. de Sign. tom. 3. cap. 9. p. 341.*

que ha merecido el que varios hombres ilustres se hayan ocupado en censurarle (1); y que despues de tantos años se halla tan estendido y apreciado por los buenos conocedores, y verdaderos sabios, preciándose todos estos de que la *Jerusalen* del Taso séa una de las obras selectas que contribuyen á adornar sus estantes. ¡Cuántas ediciones, y reimpressiones no se han hecho! ¡Cuántas traducciones en diferentes idiomas! En frances solamente se han hecho siete ú ocho, y de ellas algunas en verso, aunque no tan apreciadas como las que están en prosa, cuando debiera suceder lo contrario.

Esto consiste en que el verso, y mas en una obra de esta especie, no admite un estilo medio, y es no poco difícil que en una com-

(1) Muchos tambien por parecer hombres grandes, y ostentar erudicion, aunque sean verdaderamente eruditos, ¡pension mezquina de nuestra humana naturaleza! se empeñan en poner defectos á unas obras que por otra parte no son capaces de enmendar. Uno de los mas enérgicos defensores contra esta razon indigesta es el abate Terrason; el cual hace ver muchos pasages del Godofredo superiores á la *Iliada*, en la disertacion que de esta hace, y destruye enteramente el equivocado concepto en que quiso Boileau poner al poema italiano.

posicion tan dilatada no decaiga con frecuencia el sublime que toda ella exige, ó bien que por quererse elevar no toque en el defecto de un estilo hinchado, pomposo, y campanudo, que tanto se opone al de la epopeya, la cual encubre menos este defecto que la tragedia y la oda (1).

Todo el secreto del *sublime* consiste en decir grandes cosas en pocas palabras muy sencillas (2). Esto no es decir que sea susceptible de espresiones triviales ni que admita palabras comunes; todo lo contrario: estas le harían decaer, y formarían un estilo bajo y *arrastrado*. Ahí está la gran dificultad; saber unir la sublimidad y sencillez sin rozarse en uno de aquellos dos extremos; y finalmente no perder de vista lo que constituye el verdadero sublime.

Despreaux dice: que el sublime consiste en cierta fuerza del discurso propia para elevar y arrebatarse el alma, y que proviene de

(1) Quintiliano compara esta hinchazon con la de un hidrópico.

El poeta en la oda se supone poseído, en la tragedia apasionado, y en la epopeya inspirado. Laharpe en su cours de Litterature dá bien á conocer la diferencia del tono de estas tres composiciones.

(2) Hug. Bl. Lec. de Ret.

la grandeza del pensamiento, ó de la magnificencia de las palabras, ó del giro armonioso, vivo y animado de la espresion: es decir de una de estas tres cosas consideradas cada una de por sí; ó lo que constituye mas bien el perfecto sublime de estas tres cosas (1).

De lo dicho se infiere, cuan dificultoso será traducir un poema tan largo que reclama todas estas circunstancias; y cuanto mas fácil será desempeñarlas en prosa donde con mas libertad requiere no tanta exactitud en ellas: por que el estilo medio que admite la prosa en el verso seria insufrible; siendo indispen- sable hacer muy buenos versos, ó ningunos; porque la poesía no admite medio entre lo muy bueno y lo muy malo: así lo dicen Horacio, Mabillon, Sarmiento y otros varios (2).

Empero traducir en prosa un poema épico, es no solo desnudarle de uno de sus mayores adornos y mas graciosos de que está engalanado; sino degradarle haciéndole degenerar en novela. En vano los poetas *prosaicos* (permítaseme por ahora esta impropiedad) alegarán infinitas razones que no convencen: en vano apelarán á presentar por egemplares al Quixote y Telémaco (3) y muchos poemas dramáticos

(1) Boil. Refl. sur Long.

(2) P. Sarm. Mem. para la hist. de la Poes.

(3) » *No es la precision quien debe caracte-*

en prosa. Nada es capaz de persuadir que es poesía, lo que no tiene una de las partes mas esencialmente constitutivas de tal: cuantas especiosas razones alegan y puedan alegar, son y serán siempre débiles é insustanciales puestas al crisol de la ilustracion verdadera. Oigamos al célebre crítico Laharpe: *«Le poëme épique (dice) doit il être écrit en vers? C'est une demande qui, ce me semble, ne peut guere intéresser que ceux qui n'en savent pas faire (1).»* ¿El poema épico debe estar escrito en verso? Es una pregunta á mi parecer, que no puede interesar mucho si no es á los que no saben componer." Y en otra parte (2) dice: *«Es mengua de nuestro siglo el haber imaginado esta ridícula invencion. Una tragedia en prosa solo puede ser un monstruo hijo de la incapacidad y del mal gusto: y se debe dispensar á los artistas, el que no puedan mirar con indiferencia, que llegue el abuso del espíritu filosófico al extremo de cometer tal atentado*

rizar una obra como el Telémaco, que sin ser un verdadero poema por no haberse escrito en verso, se le parece no obstante en los principales caracteres de la epopeya, por la estension, por las ficciones, por el colorido poetico.» (Lahar. Cour. de litt. Tom. 7. C. 3. Sect. 2).

(1) Lahar. loc. cit. Tom. 1. C. 4.

(2) Id. ibid. Tom. 1. C. 5. Sect. 3.

contra las bellas artes....." »¡Miserables recursos del amor propio, formar de la insuficiencia un sistema, y establecer la esterilidad por un modelo.....!"

»No se deben prostituir los honores de un arte tan bello como la poesía: si se pudiera ser poeta en prosa muchas personas lo serían, y es menester confesar que hay ya demasiados....."

»Los latinos piensan del mismo modo: ningún poema de ellos hay en prosa y es general este modo de pensar entre los griegos (1)."

¡Mas á que es cansarnos? Esta inconcusa verdad la demuestran las traducciones que del *Godofredo* se han hecho en prosa. Compárense con el original las que han hecho en francés Le-Brun y Mirabeau, excelentes cuanto cabe en su clase, y se verán en razon de aquel lánguidas y frias. Esto no es defecto de los traductores; consiste en que la prosa no admite en las espresiones la valentía que reclama la épopeya, y de que solo es susceptible el language poético tan distinto del prosaico. Los rasgos de grandeza y heroismo no están en el orden de nuestras acciones comunes, están mucho mas elevados, y la prosa se acerca demasiado á nosotros, para sostener, como es

{1) Id. ibid. Tom. 1. C. 1. p. 67.

justo, su ilusion, y el maravilloso entusiasmo que es el alma de estos poemas.

Confieso que por una parte la gran dificultad de salir con una traduccion buena en verso (ya que no cabe medianía) y por otra la pena que me daba de ver estropeada tan bella obra con traducirla en prosa, me tenian del todo perplejo é irresoluto: pero considerando que es lástima, esté nuestra nacion en lo general privada de tan preciosa lectura; y mengua suya, que en la dilatada serie de 234 años una obra tan clásica como ésta permaneciese sin haberse hecho alguna traduccion de ella, teniendo el español un language poético tan hermoso, y con tanta analogía con el Italiano; no pude resistir á los terribles impulsos de emprender su version al castellano; y teniendo presente que á los atrevidos ayuda la fortuna, comencé este trabajo, despues de haberlo consultado con amigos que lo entienden, mas bien por ensayarme y ver si sería capaz de ello, que con ánimo de continuarle decididamente, y habiendo traducido en este ensayo todo el primer canto, le hize ver á mis amigos que son bien capaces de aconsejarme en esta materia, y como no les disgustase, me animaron á que le siguiera.

Así que: en virtud de esto; y para estimular á que algun grande poeta tome por su cuenta este largo trabajo, aunque mi version

en tal caso quedase oscurecida; he traducido todo el poema, procurando ceñirme al original cuanto he podido, ora por que su estilo es muy sostenido, bello y propio de la epopeya, y cuanto mas literal sea la version, tanto mas debe aproximarse á imitarle; y ora por que quisiera en nuestro idioma presentarle tal cual es en el original sin disfrazar en nada el genio y carácter del poeta; y unicamente me he permitido alguna vez la licencia de pasar en claro uno ó dos versos, porque al Taso solo le servían de redondear su octava, repitiendo lo que acababa de decir, sin añadir mas fuerza.

He puesto, pues, el mayor cuidado en no desfigurar las cosas que el autor dijo; y aun del modo que las dijo; y nada obsta el que haya quien quiera llamar la traduccion *servil* y *baja* por lo que tiene de literal. Regularmente suelen ser estos los que quieren disculpar sus traducciones libres, porque tal vez no son capaces de hacerlas de otro modo; y con decir que su traduccion es libre, creen hallarse autorizados para levantar mil testimonios al poeta original, diciendo cosas que ni á soñarlas llegó el otro.

No por esto aprobaremos aquellas traducciones tan nimiamente literales que lleguen á enervar las espresiones del autor; rara vez sucederá que no se halle equivalente ó muy pa-

recida en nuestro idioma sin desfigurarla de su primitivo carácter; pero esto se consigue á fuerza de trabajo; y del modo que dice Boileau (1). El poeta que busca disculpas á sus defectos en vez de examinarlos prolija y cuidadosamente, hace lo que el que cierra los ojos por no ver el precipicio de que debe libertarse.

Sin embargo; se necesita obrar en esto con mucha parsimonia, y no minorar aquel fuego tan digno de conservarse, que hizo la primera impresion en algunos pormenores.

Una cosa es imitar el estilo del autor y otra identificarse con él: ni esto es posible, por que cada uno tiene el suyo; y no es menos maravillosa la suma variedad que se observa en los estilos, que la que se nota en los rostros (2). Entre las diversas naciones cada una tiene el suyo peculiar y diferente del de las otras; y á esto contribuyen el idioma, el clima y el gobierno; pues segun éste son las costumbres y educacion sobre las cuales se forma.

- (1) *Hatez vous lentement et sans perdre courage
Vingt fois sur le metier remetez votre ouvrage
Polissez le sans cesse et le reppolissez
Ajoutez quelque fois et souvent effasez.*

Boil. L' Art. Poet. chan. I

- (2) Luz. Art. Poet. cap. 19.

La especie de verso que he adaptado es la mas propia para el poema heróico, no siendo las octavas, cuya hermosura, magestad y resonancia las hacen muy idóneas para tan elevados asuntos: pero con ingenuidad confieso, que me infundió respeto lo árduo de la empresa; y el recelo ademas de que debiendo emplear mucho mas tiempo, me faltase la accidental quietud de que disfruto en mi instable militar carrera, y habiendo de interrumpir el trabajo, á faltarme llegára la constancia (1).

Pero el verso suelto no deja de tener sus bellezas siempre que su rythmo séa exacto y variado; que se busquen las palabras propias del estilo (2), que se les dé valor por el modo de colocarlas, evitando toda construccion pro-

(1) *Este discurso se finalizó el año de 1807 como toda la traduccion; y habiendo empleado en ella cerca de dos años, no se atrevió el traductor como allí lo dice, á emprender la version en octavas, por preveer los turbulentos tiempos que nos esperaban y bien á nuestra costa hemos experimentado. ¡Prediccion ominosa si al concebirse se hubiera publicado!*

(2) *Los Griegos no tenían palabras bajas: entre nosotros el poeta no puede servirse de un tercio del idioma nacional. Lahar. loc. cit. Tom. I. C. 5.*

saica, y que haya claridad y precision en las frases que esplican las idéas. Como el lector no se halla distraido por el placer que causa el consonante, está mas libre para atender á cualquiera de estos defectos: y por consiguiente su composicion no es tan facil como algunos piensan. Pero es, como digo, despues de la octava el género mas á propósito para la épopeya; por eso se le llama verso heróico; y no hagamos caso de que digan: que es un verso insípido, ó mas bien una prosa rimada. ¿El que diga esto; qué idéas tendrá formadas del language poético y el estilo de la prosa? Homero y Virgilio, el padre de la épopeya y el Cisne de Mantua, no compusieron en otra especie, y no obstante nuestra consonancia jamas llegaremos á la hermosura de aquellos.

Verdad es; que los antiguos tenian muchas ventajas sobre nosotros para la harmonía de su idioma. Ellos suprimían casi todos los pronombres; usaban de muy pocas preposiciones, no tenian artículos, pocas conjunciones especialmente continuativas; cuya multitud de eternos monosílabos hacen nuestro language sumamente pesado y fastidioso. Nuestros nombres son indeclinables, y por consiguiente falta la hermosa variedad que causa la resonancia de sus terminaciones. Los verbos en ellos tenían conjugacion pasiva, sin que en esta ni

en la activa hubieran de valerse de auxiliares y participios con la frecuencia que nosotros.

Ahorran además infinitos adverbios con solo el arbitrio de unir preposiciones á los verbos. Véase entre otros el egemplo que trae J. F. Laharpe (1) de donde son tomadas estas observaciones, y se hallará el verbo *aspicere* de quien se componen *prospicere*, *introspicere*, *susplicere*, *despicere*, *dispicere*, *circumspicere*. Ninguno de estos compuestos podemos nosotros espresar con una sola palabra, y para algunos necesitamos de muchas, como en *dispicere* que significa, mirar de modo que se distinga un objeto entre otros varios.

En cuanto á la sonora cadencia de su pronunciacion muy poco se podrá saber por haberse perdido casi enteramente y mucho mas en el griego (2). Los antiguos para la distinta pronunciacion de sus sílabas usaban de tres acentos, agudo, grave, y circunflejo:

(1) *Ibid. T. 1. c. 6. p. 3.*

(2) *Aunque las gracias particulares de la pronunciacion griega se hayan perdido en parte para nosotros, no puede menos de sorprendernos aquel conjunto de sílabas siempre sonoras, y aquella harmonia siempre imitadora de un rythmo respetable y magestuoso que parece hecho para resonar en el Olimpo. Lahar. loc. cit. tom. 2. c. 7.*

en nuestro idioma solo nos queda el primero; pues el grave no lo conocemos, y del circunflejo solo nos valiamos para la pronunciacion de letras y no sílabas, y acaba ultimamente de abolirse. En ellos eran tan marcados, que en el teatro griego los espectadores, ó no advertían, ó llevaban con paciencia el que un verso tuviera una sílaba mas ó menos; pero no una sílaba falsa; esto es que no tuviera el rytmo correspondiente, porque era silvada con extremo hasta del populacho.

Aun en la prosa debería formar una especie de música sonora, pues cuando un Orador en público iba á tomar la palabra, solía tener á la espalda un músico que con un instrumento le daba el tono. ¡Que lástima haberse perdido estas bellezas, privándonos de tan delicados placeres!

Es preciso, pues, contentarse con lo que nos ha quedado, leyendo á los que procuran en lo posible espresarse en el language de los Dioses, que debe ser el de los poetas, los *divinos Vates* en la épopeya, donde se suponen inspirados por un superior númen.

»*Ó Musa tu che di caduchi allori*
Non circondi la fronte in Elicon.

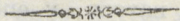
.....
Tu spira al petto mio celesti ardori,
Tu rischiara il mio canto.....”

Despues de esta invocacion, ya no es un hombre, es una deidad quien habla. ¡Cuándo la prosa podrá imitar este divino language! Es cierto que no tenemos otro idioma que el de los hombres: pero el buen poeta épico le realzará cuanto pueda con sus mismas palabras formando de ellas un distinto idioma.

Entre las muchas preciosas bellezas, ésta es una de las que mas han contribuido á hacer inmortal el *Godofredo* de nuestro glorioso Torquato Taso, que hasta ahora es el único digno de colocarse á la par de los Homeros y Virgillos.

LA JERUSALEN RESTAURADA.

CANTO PRIMERO.



Las pias armas canto, y el Caudillo
Que libertó de Cristo el gran sepulcro
Mucho su diestra obró, mucho su mente,
Mucho sufrió en la gloriosa empresa.
En vano se le opuso el mismo infierno
Y se armaron el Asia y Libia juntas;
Que el cielo le amparó, y al fin redujo
Su vagarosa gente al pendon santo.

Ó Musa: tú; á quien laurel cadúco
La sien no ciñe en la Helicon fuente,
Mas en el cielo entre beatos coros
De estrellas mil te adorna aurea corona:
Ardor celeste inspira al pecho mio;
Dá nobleza á mi canto; y tú dispensa
Si en parte mezclo plácidos adornos
Con tus hechos reales en mi obra.
Todo el mundo vá en pos del dulce metro
Que el Parnaso produce lisongero;
Y en muelles versos la verdad oculta
Al mas duro alagando há persuadido:
Así al enfermo niño le endulzamos

Con suave licor de un vaso el borde:
Jugo amargo engañado en tanto bebe,
Y la vida recibe de su engaño.
Tú magnánimo Alfonso que me libras
De ventura cruel, y al puerto llevas
Cuando incierto navego, y entre escollos,
Y entre las ondas sumergido casi:
Con leda frente acoge estos mis versos
Que con tanta razon yo te consagro;
Quizas un dia, cual lo anuncio en este,
Ose escribir de tí grandes hazañas.
Justo será (si en paz á verse llega
El buen pueblo cristiano, y que reclame
Con sus veleras naves y caballos
Al fiero Traz la usurpacion injusta)
Que á ti el cetro en la tierra, ó si te place
Te conceda del mar el alto imperio.
Émulo de Gofredo: á nuestra rima
Pon atencion, y apréstate á la guerra.

Era ya el año sexto, que al oriente
Al alta empresa fue el cristiano campo;
Nicea por asalto ya rendida
Y Antioquía la fuerte por ardides,
Conservádola habia contra tanta
Ynumerable gente de la Persia:
Y éspugnada Tortosa; ya el invierno
Las armas suspendió, y otro año aguarda.
Cerca era el fin de la estacion lluviosa,
Que hizo cesar de Marte las fatigas;
Cuando del alto solio el Padre Eterno

Que está allá en lo mas puro del Olimpo,
Y tanto superior á las estrellas
Cuanto el profundo infierno de ellas dista,
Torna la vista al hondo, y en un punto
Todo descubre cuanto el mundo encierra.
Míralo todo, y en la Asyria sola
Se fija, y en los príncipes cristianos;
Y con la vista suya que penetra
De los humanos la secreta mente;
Vé que arrojar, anhela Godofredo
De la Santa ciudad á los paganos,
Y de la fé, y el santo celo henchido
Desprecia humana gloria, imperios, y oro.
En Baldovino vé, que solo aspira
A la humana grandeza con anhelo:
Vé á Tancredo tener su vida en poco,
¡Tanto un amor le angustia y atormenta!
Mira á Boemundo que su nuevo reino
De Antioquía fundaba sabiamente,
Leyes dictar, introducir costumbres,
En los sagrados dogmas instruirle,
Y estar tan ocupado de esta idéa,
Que de toda otra empresa está olvidado.
En Reynaldo descubre un belicoso
Espíritu marcial que le agitaba;
No el oro es quien le aguija, no el imperio
Si del honor anhelo muy ardiente,
Y pendiendo le vé de la palabra
De Güelfo que le pone ante los ojos,
De los antiguos los heróicos hechos.

Despues que hubo observado el Rey del mundo
De todos estos pechos los arcanos,
Llamó á Gabriel, que del excelso coro
De los ángeles es segundo siempre,
Y el intérprete fiel del Ser supremo
Con los mortales justos en la tierra,
Y el que anuncia de lo alto los mandatos,
Y las súplicas de estos lleva al cielo.
Dijo á su Nuncio Dios: »Á Bullon busca,
Y de mi parte dile: á qué el reposo?
¿Por qué la guerra ya no se renueva,
Y esa Jerusalem no se restaura?
Junta los gefes; mueve al perezoso.
Ya eres su general, que Dios te nombra;
Tus subalternos son los que ayer eran
Tus mismos compañeros: mandar puedes."

Así dijo: y Gabriel en el momento
Apréstase veloz á la embajada.
De aura circunda su invisible forma
Y de mortal figura la reviste;
Humano aspecto finge, humano cuerpo;
Mas de celeste magestad le adorna:
Toma la edad de entre mancebo y niño,
Y orna de rayos su cabello rubio:
Blancas alas vistió con orlas de oro
Ynfatigables, ágiles y prontas;
El viento y nubes hiende, y vá sublime
Sobre la tierra y sobre el mar con ellas.
El Nuncio celestial así vestido
Se lanza hacia la tierra y bajo mundo:

Sobre el Líbano monte se detiene
Primeramente sin batir las alas,
Luego precipitó su raudó vuelo
Al anchuroso llano de Tortosa.

De Océano en las costas se asomaba
El Sol entre sus olas aun sumido,
Y Godofredo, por costumbre antigua
Orando estaba con fervor y celo;
Cuando á la par del Sol y aun mas brillante
Por el oriente el Angel se aparece:

»Godofredo: le dice, ya es llegada
La estacion que aguardais para la guerra.
¿Por qué pues diferís, que la cautiva
Jerusalen al punto se restaure?
A los príncipes tú llama á consejo,
Anímalos á todos á la empresa:
Dios por su general te elige; y todos
Con gusto á tu obediencia han de prestarse.
Enviado de Dios soy; y te revelo
Su mente en nombre suyo. Oh! ¡qué esperanza
Tendrás de alta victoria! qué enerjía
Para tal desempeño te conviene!»

Dijo, y desapareció, y al cielo vuela
Allá á lo mas excelso y trasparente.
Con su voz Godofredo, y sus fulgores
Quedó humillado, atónito y suspenso:
Pero al fin recobrado, ya conoce
Quien fue el que vino, quien mandó, y qué dijo;
Y de ardiente fervor se vé inflamado
Por dar fin á una guerra de que es gese.

No el verse preferido por el Cielo
Á los demas, le inspira orgullo alguno,
Pero su voluntad mas fue inflamada
Por la de Dios, cual chispa en grande hoguera.
Los compañeros héroes, que no lejos
Esparcidos andaban, los reúne
Á fuerza de mensajes repetidos:
Los aconseja, y les suplica á un tiempo.
Cuanto conmueve á un alma generosa;
Cuanto despierta la virtud dormida
A la mano parece que le viene,
Y con tal eficacia lo adornaba,
Que los incita y de placer los llena.
Vinieron, pues, los gefes y otros muchos,
Solo falta Boemundo en esta junta.
Los unos campan fuera, y otros dentro,
Y aun se alojan en casas de Tortosa.
Los grandes del egército ya unidos
¡Gloriosa junta! en tan solemne dia;
El pio Godofredo entre ellos toma
Con augusto semblante la palabra.
»Guerreros del señor; qué el Rey del Cielo
Á restaurar os llama su fé diva,
Y de los riesgos de la tierra y mares
Y de enemigas armas ha librado;
Si en tiempo poco, á su fé rebeldes
Le habeis tantas provincias sometido,
Y entre la gente infiel ya conquistada
Estendisteis su nombre y sus banderas:
No hemos dejado, nó, nuestros hogares

Ni el dulce seno de la esposa y hijos,
Ni esponemos la vida al mar undoso
Y á los peligros de tan larga guerra,
Para adquirir la pasagera gloria;
Ni de un bárbaro suelo hacernos dueños:
Que el premio entonces fuera escaso y corto,
Y un crimen fuera la vertida sangre.
Nuestro proyecto fue; los nobles muros
De Sion expugnar, y del indigno
Yugo de esclavitud á los cristianos
Libertar para siempre á toda costa,
Fundando en Palestina un nuevo reino,
Dó la piedad encuentre fé segura,
Sin que se niegue al peregrino pío
Su voto de adorar el gran Sepulcro.
Cuanto hasta aqui hemos hecho con gran riesgo,
Con mas trabajo, y gloria tan escasa,
Nada hace á nuestro intento, aunque aqui paren
Ó mas alla estendamos las victorias.
¿Que servirá en Europa haber juntado
Fuerzas tantas, y en Asia mover guerra,
Si el resultado al fin de estas acciones
Es arruinar, en vez de fundar reynos?
No imperios edifica aquel que quiere
Con cimientos mundanos erigirlos,
Cuando tan pocos de su patria cuenta
Entre infinitos pueblos de paganos;
Ni auxilios de la Grecia esperar debe
Ni de occidente menos tan distante;
Por que abajo viniendo el edificio

En huesa que él labró se vé enterrado.

»La Turquía, la Persia, la Antioquía
¡Cuánto estos nombres llenan el oído!
Obra nuestra no son; sí, don del cielo
Tan estrañas victorias; mas si acaso
Torciéremos el fin que se llevaba
El mismo que las dió; me temo mucho,
Que á las gentes de fábula sirviendo
Solo su nombre en la memoria quede.

Ah! Por Dios; no se pierda de tan grandes
Dones el fruto, por usar mal de ellos:
Á los altos principios del urdido,
De toda la obra el hilo corresponda.
¡Hora que el paso ya espedito y libre
Y la estacion tenemos favorable,
Á esta ciudad que es fin de la victoria
Por qué ya no corremos? quien lo impide?
Príncipes: os protesto (y mi protesta
Oiranla los presentes, los futuros,
Y hasta en el cielo los celestes coros)
Es ya el crítico tiempo de la empresa:
Cuanto esperemos, tanto es menos apto;
Y aun incierto se hará lo que es seguro.
Presagio es ominoso la tardanza
De que el Egipto al Palesin socorra.”

Dijo: y al dicho se siguió un mormullo:
Mas Pedro el solitario alzose luego,
Que asiento entre los príncipes tenia,
Y era el primer motor de aquella empresa:
»Lo que os dice Gofredo y yo aconsejo

Es tan cierto inconcuso y demostrado
Que no hay dudarlo; y lo aprobais vosotros.
Una cosa tan sola he de añadir:os:
Si recuerdo discordias y rencillas
De intento entre vosotros suscitadas;
Los tardos pareceres, y las obras,
Que ya empezadas se han abandonado;
El venero descubro de dó nace
La causa de omisiones y disputas,
Y es que los pareceres diferentes
De autoridad igual son apoyados.
Si en uno solo el mando no reside;
Si en su mano no están premio y castigo,
Y el poder de elegir y dar empleos,
Errado este gobierno será siempre.
Un cuerpo haced de miembros muy amigos,
Y cabeza elegid que á todos rija:
El cetro y el poder dad á uno solo
Que haga veces de Rey, y lo parezca."

El Anciano calló: ¡Oh ardor divino!
¡Celestial aura; tú se lo inspiraste!
¡Las palabras dictaste al Ermitaño,
Y el corazon heriste á los señores!
Los desprendiste del innato afecto
Al mando independenciam y señorío.
Guillermo y Güelfo que eran los magnates
Nombraron por su gefe á Godofredo.
Todos lo aprueban, y estos así dicen:
»Desde aquí en adelante mande y rija;
A su arbitrio al vencido imponga leyes:

La guerra lleve cuando, y á dó quiera:
Que los que son ahora sus iguales
Ministros sean ya de sus mandatos.”
Desto que se trató corrió la fama,
Y con placer se oyó de boca en boca.
El Rey se deja ver de los soldados:
De tan alto lugar le miran digno;
Y él con ledo semblante y placentero
El militar aplauso recibia.

Despues que contestado hubo á tan grandes
Muestras de amor, ternura y obediencia,
Manda que al otro dia en un gran campo
El egército todo se presente.
Por el oriente el sol ya se asomaba
Mas sereno y brillante que solía
Cuando á la par de sus flagrantes rayos,
Bajo su enseña con marcial donaire
Todo guerrero armado se presenta,
Y vistoso se muestra cuanto puede
Al pio Rey, marchando, y por el prado
Girando el caballero y el infante.

Genio del tiempo, que odias el olvido;
Tú que guardas las cosas sucedidas;
Préstame tu memoria; haz que yo cuente
Todos los cuerpos, y los gefes todos:
Resplandezca su fama, y vuelle rauda
Que se oscurece ya con tantos años.
Mi lengua adorna con tesoros tuyos
Y lo que cuento que jamas perezca.

Los franceses venian los primeros,

Que Ugon los comandó, del Rey hermano,
Y en la Isla de Francia se escogieron,
País pingue que está entre cuatro rios.
Despues de muerto Ugon, siguió la insignia
De las Flores de Lis bajo el comando
Del gran Clotario capitan egregio,
Á quien real prosapia solo falta.
Estos eran mil hombres bien armados;
Y otros mil de á caballo los seguían
En disciplina y armas sus iguales,
Y en la talla, y la faz, normandos todos:
Yba el duque Roberto á su cabeza
Que es príncipe nativo de esta gente.

Guillermo y Ademaro dos pastores
De pueblos en seguida desplegaron
Las tropas escogidas que mandaban.
Uno y otro despues, que largo tiempo
Los divinos oficios egercían,
Con santo celo; yelmo duro calan,
Y danse al úso de las armas fiero.
Cuatrocientos guerreros trajo el uno
De la ciudad de Orange y sus confines,
Y otros tantos de Poggio escogió el otro
Á competencia en armas y caballos.

Despues se vé en revista á Baldovino
Que es de sus boloñeses comandante,
Por que su pio hermano se lo cede
Despues que general fue proclamado.
Sigue detras el conde de Carnuti
Hombre esforzado y de simpar talento.

Cuatrocientos mandando vá; y el triplo
Baldovin, conducia de á caballo.
El inmediato campo Güelfo ocupa,
En quien igualan mérito y riqueza;
Cuenta estirpe latina, pues descende
De los Estenses tan antigua casa,
Aunque aleman en nombre y señorío,
Por que entroncó con los preclaros Güelfos.
Junto al Danubio y Rin reina en Carintia;
La cual Suecos y Retos ocupáran.
A esta herencia que él hubo de su madre
Conquistas grandes le añadió y gloriosas.
De aquí traía gente la cual mira
Con desprecio la vida donde él manda.
Allá en su tierra las estancias templan
Del frio del invierno; y las comidas
Siempre celebran con alegres brindis.
A su salida cinco mil contaba,
Pero perdió en la Persia los dos tercios.

La gente rúbia y blanca en pos seguia
Que entre Alemania y Francia el mar rodéa,
Donde el Mosa y el Rin la tierra inundan:
En cebada y en fieras abundante;
Y sus isleños que con altos diques
De aquel voráz Océano se guardan;
Del Océano aquel que absorbe bienes,
Naves, pueblos enteros, y aun los reinos.
Unos y otros son mil, y van mandados
Por Roberto distinto de aquel otro.

Es mas crecido el escuadron britano:

Guillermo era su gefe, menor hijo
Del Rey. Estos ingleses son flecheros,
Y hay gente entre ellos muy vecina al polo,
Que de las grandes selvas de la Irlanda
Y confines del mundo son salidas.

Viene despues Tancredo, que es de todos,
A excepcion de Reynaldo, el mas valiente,
El mas airoso y bello, y mas excelso,
Y tiene el corazon mas animoso.

Si oscurece sus prendas inefables
Alguna sombra; amor es solamente,
Que en la guerra nació de una mirada
Y de afanes se nutre y fuerzas cobra.

Cuéntase de aquel dia en que glorioso
El egército franco batió al persa;
Que al fin Tancredo de laurel cubierto,
Los fugitivos de seguir cansado,

Entró á dar refrigerio y dar reposo
Al labio seco y fatigados miembros
En un sombrío bosque, dó una fuente
Que está entre fresca yerva le convida.

Aquí se le aparece una doncella,
Sino en el rostro, en lo demas armada.
Era pagana, é iba á aquel parage
Como él, movida del calor estivo.

Mirola, y admiró su aspecto hermoso:
Quedó rendido al verla, y ardió en llamas.

¡Oh maravilla! ¡Amor que apenas nace
Ya es tamaño, ya vuela, y triunfa armado!
Ella el yelmo caló; y á no haber sido

Que vió gente venir, le acometiera.
Fuese la hermosa con su triunfo altiva,
Retírase no mas, por ser preciso;
Mas su imagen marcial y bella, deja
En Tancredo gravada muy profunda,
Y piensa siempre en la actitud y el sitio
En que la vió: ¡yesca continua al fuego!
En su semblante algunos de los suyos
Pudieron conocer su ardor funesto:
¡Tanto es su suspirar! y de tal modo
Sus tristes ojos en la tierra fija!

Ochocientos caballos que le escoltan
Dejan las playas de Campania amenas
Pompa de la natura, y los collados
Que el Tirreno hermosea y fertiliza.
Doscientos hijos de la Grecia vienen
Detras con armadura á la ligera:
Pendiente á un lado traen un corbo alfange
Y á su espalda resuenan goldre y arco:
Caballos tienen en correr muy duchos
Hechos á trabajar y comer poco,
Prontos son en avance y retirada,
Y aun huyendo combaten, y en desorden.
Tatin manda esta tropa, y es la sola
Que de Grecia se unió con la latina.
¡Oh verguenza! Oh maldad! ¿Pues que no era
Grecia, esta guerra próxima á tu casa?
Tú ser quisiste mera espectadora
Y aguardaste en la inercia el fin de todo:
Si aherrojada te vés y en servidumbre,

No te quejes, justicia es y no ultrage.

Viene despues el escuadron postrero,
Mas primero en honor, valor, y ciencia.

Son los aventureros estos héroes,
Terror del Asia y rayo de Mavorte.

Callen Minios y Argivos, y Artus calle,
Que llenan fojas de soñados cuentos;

Y borren estos toda otra memoria.

¿Cual será, pues, el digno gefe suyo?

Dudon de Consa lo es, que no pudiendo
Del esfuerzo juzgarse ni la sangre,

Todos de mancomun convienen, que éste
Es el que ha visto y hecho mas que todos.

En su virilidad grave y madura

Muestra en fresco vigor cano cabéllo;

Y muestra á mas diversas cicatrices

Vestigios dignos de su honor preclaro.

Eustaquio vá despues, de los primeros
Por sus hechos ilustre, y por hermano

Del gran Bullon. Tambien Gernando sigue,
Hijo del Rey Norvego que se jacta

De títulos, y cetros, y coronas.

La antigua fama cuenta entre los grandes
Á Engerlan y Rugier de Balnavila:

Y entre los mas preclaros tambien pone

Un Gentonio, un Rambaldo, y dos Gerardos:

Ubaldo es celebrado, y un Reymundo

Que el gran ducado hereda de Lancaster.

Obizo el de Toscana es muy famoso.

Tres hermanos lombardos tambien nombra

Esforcia Aquiles son y Palamedes,
Ó el fuerte Oton que conquistó el escudo
En que el desnudo niño el monstruo arroja.

Ni á Guasco, ni á Rodulfó detras deja
Ni al uno y otro Guido ambos famosos
Ni á Ebrardo, ni á Gernier pasa en silencio.
¿Mas donde quedan los esposos tiernos
Gildipa y Odoardo, á quien la guerra
No puede separar ni aun con la muerte?
¿Que no enseñará amor en sus lecciones?
Con ellas llegó á ser guerrera osada:
No se separa de él y estan pendientes
De un hado solo la una y la otra vida,
Hiere á uno un golpe, y á los dos ofende,
Y muchas veces descaece el uno
Cuando está el otro herido; y el alma echa
Mientras aquel la sangre por la llaga.

Pero el joven Reynaldo aun es mas que estos,
Y aun mas que cuantos iban en revista.
Dulcemente feroz alzar le vieras
Su regia frente, y ser de todos blanco.
Se anticipó la edad á la esperanza,
Y al brotar de las flores dá ya el fruto:
Si fulminar le miro armado el rostro
Marte le juzgo; Amor, si se descubre.
Fue dado á luz de Adige en las orillas
Por la bella Sofia, y fue su padre
Bertoldo el poderoso: y sin que fuera
Del pecho el tierno infante separado,
Matilde tiró de él, y educar hizo

En todo lo que á un príncipe conviene.
Con ella estuvo, hasta que al fin la trompa
Llegó á su oído, que en oriente suena.
Entonces, que aun tres lustros no contaba,
Se huyó solito por ignotas vias.
El Egéo surcó, cruzó la Grecia
Y en lejanas regiones llegó al campo,
¡Nobilisima fuga! cuánto es digna
De ser seguida por los nietos suyos!
Tres años lleva ya de guerra cruda,
Y el tierno bozo le apuntaba apenas.

Viené á la muestra en pos de los caballos
Todo infante, y Reymundo á la vanguardia,
Este manda en Tolosa; y esta gente
Escogióla por sí entre el Océano
Y entre los Pirineos y el Garona.
Son cuatro mil con armas y aguerridos;
Hechos á los trabajos y fatigas.
Brava es la gente; mas el gefe de ella
No puede ser mas docto ni mas fuerte:
Cinco mil lleva Estéfano de Ambusa
De Blesa y Turs; y aunque se ven cubiertos
Todos de hierro, no es gente robusta;
Su tierra muelle, alegre, y deleitosa
Produce asi los naturales de ella:
Son al entrar en pugna impetuosos
Pero decáen pronto y se reprimen.
Viene el tercero Alcasto, cual en Tebas
Otro Capaneo, con feroz aspecto:
Seis mil elvecios de la fiera plebe

Juntado habia en los Alpinos valles:
Estos que el hierro del arado, y hóces
En militares armas convirtieron;
Y con sus manos de guardar ganado
Desafiar no temen á los Reyes.

Vi luego tremolar el alta enseña
Con la diadema y llaves de San Pedro,
Bajo la cual juntaba el buen Camilo
Peones siete mil de armas pesadas.
Del Cielo á tanta empresa destinado
Alegre caminaba con deseos
De sus abuelos renovar la gloria
Ó demostrar que á la virtud romana
Ó nada falta, ó disciplina solo.
Este escuadron cubrió la retaguardia
Del egército hermoso en su revista;
Cuando á los gefes llama Godofredo
Y así su mente á todos manifiesta:

»Luego que asome el Alva rutilante
Quiero invadir al enemigo; y presto,
Para que llegue á la ciudad sagrada,
Sin que ella lo presuma nuestra gente.
Andad pues; á la marcha estareis prontos
Y al combate tambien, y á la victoria.”

Este atrevido hablar de hombre tan sabio
Á cada cual anima y le dá esfuerzo.
Para el primer albor todos se aprontan
Y hasta la aurora están con impaciencia.
Solo Bullon el pródigo no se halla
Tranquilo en su interior, aunque lo oculta;

Por que tenido había aviso cierto
De que el Soldan de Egipto en marcha estaba
Contra Gaza, ciudad fuerte y famosa,
Que la invasion defiende de la Asiria.
Ni que permaneciera, creer puede,
En la inaccion emprendedor tan grande:
Mas de que está esperando á este enemigo
Á Enrico nuncio fiel solo así habla:

»Quiero que al Griego suelo vayas pronto
En una saetia muy velera:
Allí debe llegar (segun me escribe
Uno cuyos avisos nunca faltan)
Cierto joven real de ánimo grande
Que á guerrear á nuestro lado viene.
Es príncipe Danés, y un gran refuerzo
De los países junto al polo tráe:
Mas por que el Griego Emperador astuto
No úse con él del arte que acostumbra
Para hacerle volver, ó desviarle
Hácia un parage de nosotros lejos;
Tú consejero fiel, tú nuncio mio,
Díle en mi nombre que es interes de ambos
Tanto suyo cual mio su venida,
Y es indigna de sí cualquier demora.
No vengas tu con él; quedate junto
Al Rey de Grecia á procurar que envíe
El auxilio que ha tanto me ha ofrecido,
Y que nos debe dar por los tratados.”

Así le habló. Despues que el mensagero
Las credenciales toma y salvaguardia,

Y á partir se apresura; mas tranquilo
Algun tanto sosiega Godofredo.

Cuando se abrieron al siguiente dia
Del brillador oriente al Sol las puertas,
El viento llena el son de trompa y cajas,
Que á salir al camino los convida.
No en el rigor de dia caluroso
Tan grato el trueno es que el agua anuncia,
Como á los animosos combatientes
Plácido fue tan militar estruendo.
Cada cual presto del ardor movido
Sus miembros viste de ya usadas armas:
Presto estan listos los guerreros todos,
Y presto el capitan su tropa ordena.
Formado ya el egército en buen órden,
Tremola el viento las banderas todas,
Y en el grande imperial pendon se mira
La Cruz triunfante, que se tiende al Cielo.

En tanto el Sol que en el celeste campo
No se detiene y va ascendiendo siempre
Las armas hierre; su reflejo brilla,
Y deslumbra el vibrar de tantos rayos,
Y parece la atmósfera incendiada;
Y el relinchar de los caballos fiero,
Con el ruido de armas ensordece.
El general que de cualquier sorpresa
Su tropa asegurar procura solo;
De ligeros caballos grande escolta
Á descubrir terreno salir manda,
Habiendo antes enviado gastadores

A recorrer muy bien todo el camino
Terraplenando, honduras, y allanando
Los difíciles pasos que encontráran.

No hay de paganos tropa que se oponga,
No de gran foso circundado muro,
Ni hay torrente, montaña ó selva espesa
Que pueda retardar la marcha suya:
Bien así como el padre de otros rios
Cuando soberbio de su álveo sale.
Salta ribazos, y arruinando corre
Sin que obstáculo alguno se le oponga.
Tan solo el Rey de Trípoli que guarda
Tras de sus muros armas gente y oro,
Tal vez la marcha retardar pudiera
Del egército franco, y no se atreve;
Antes parlamentarios con regalos
En su obsequio al camino le dirige,
Y recibió de paz las condiciones
Que á Godofredo de dictarle plugo.

Aquí del monte Seír, que dominante
Por el oriente á la ciudad se acerca,
Desciende al llano multitud de fieles
De todas las edades y ambos sexos,
Y al vencedor cristiano llevan dones.
En conversar se gozan, y en mirarle,
Viendo atónitos tropas tan diversas;
Y dieron á Bullon seguros guias.
Siempre inmediata al mar lleva sus tropas
Sabiendo bien que la cristiana escuadra
Vá á la costa ceñida cuanto puede,

Y que ha de fornecer todo su campo
Con abundancia grande; pues las islas
Vecinas de los griegos, Chio y Creta
Sus mieses y vendimias les ofrecen.

Gime el vecino mar bajo del peso
De naves altas y livianos pinos,
Y asilo ya no tiene el Sarraceno
Seguro en todo el mar Mediterráneo;
Por que ademas de las navales fuerzas
Que Venecia y Liguria armado habian
Se juntaron con éstas las de Francia,
Inglaterra, y Holanda, y la Sicilia.
Estas fuerzas unidas y ligadas
Con lazo estrecho, muy cargadas eran
De cuanto al grande egército haga falta:
El cual, como halle libres y provistos
Los pasos del contrario en las fronteras,
Con carrera veloz se precipita
A dó el Señor sufrió pasion y muerte.

Delante empero vá la fama y cunde
De lo cierto rumores y lo falso:
Cuenta que el campo unido y victorioso
Marchando viene, y no hay que le detenga:
Cuantos y cuales son los cuerpos dice,
Y de los mas valientes hasta el nombre,
Y sus hechos refiere, y con fiereza
De Sion los tiranos amenaza.
El recelo del mal, es mal mas grande
Tal vez que el de sufrir el mal presente;
Al mas pequeño indicio de rumores

Se presta oído, y atención se fija;
Y un confuso mormullo dentro y fuera
El campo corre y la ciudad turbada.
El viejo Rey en el cercano riesgo
Su incierto corazón consultar quiere.
Su nombre es Aladin que de aquel reyno
Tirano siendo, está en continua alarma:
Antes era cruel; mas su fiereza
Se mitigára con la edad madura.
Cuando turbado oyó que los latinos
Querían atacar la ciudad Santa,
Une estos riesgos al temor antiguo,
Y al enemigo teme y al vasallo.

Dentro de la ciudad habitan juntos
Ya paganos, ya fieles: la gran parte
Crée en Mahoma, la menor en Cristo.
Cuando tomó á Sion el Rey, y el trono
En ella establecer quiso y su asiento,
Las pechas minoró de sus infieles
Y agravó tanto mas á los cristianos.
Este pensar, su natural fiereza,
Débil ya con la edad y soporida,
Despierta, y se reanima exasperada
Y sangrienta cual nunca hora se muestra.
Tan fiera á la estación estiva torna
Serpiente que en los hielos era mansa:
Y así el León doméstico se enciende
En su antiguo furor; si se le irrita.
»Observo, dice, de placer señales
En esta turba infiel: solo en el daño

Universal se goza y se deleita:
Y acaso insidias y traicion medita,
Y de darme la muerte acaso el medio,
Ó cómo á mi enemigo y sus parciales
Ocultamente franqueará las puertas.
Mas no lo hará; yo estorvaré su intento:
De este peso resuelvo descargarme;
Los haré perecer; y hasta los hijos
En el materno seno haré degüellen:
Abrasaré sus casas y sus templos,
Y en ellos hallarán su justa pira;
Y aun sobre ese Sepulcro, y en sus votos
Víctimas han de ser sus sacerdotes."

Así el nefario Rey entre sí dice:
Mas no egecuta tan malvado intento;
Y si perdona aquellos inocentes
No es de piedad, efecto es de vileza;
Que si un temor á ser cruel le incita,
Le contiene temor mas poderoso.

Teme cerrar el paso á los tratados
Y al triunfante enemigo irritar teme.
Reprime así el cruel su rabia insana
Y en otra forma usar de ella procura.
Toda casa de campo asolar hace,
Y á las llamas entrega planta y mieses:
Parte alguna no deja donde el franco
Pueda alojarse, ni encontrar sustento:
Fuentes enturbia y rios, y sus aguas
Con tósigo mortífero envenena.
Con impiedad es cauto: mas no olvida

Reforzar la ciudad que por tres lados
Era muy fuerte, y por el boreas solo
Es algun tanto debil ; pero apenas
Oye el primer rumor, la fortifica
Con altos muros por lo menos fuerte,
Y gente mucha encierra en su recinto
Nacional y estrangera mercenaria.

FIN DEL PRIMER CANTO.

CANTO SEGUNDO.

Mientras el Tirano al arma se prepara,
Solo se le presenta Ismeno un día;
Este Ismeno que puede de las huesas
Hacer salir y revivir los muertos:
Éste que al son de versos murmurantes
Á Pluton en su reyno le amedrenta,
Y empléa los demonios á su arbitrio,
Y los ata y desata cuando quiere.
Éste á Mahoma adora y fue cristiano;
Mas no puede dejar su ley primera,
Antes bien en profano úso é impío
Las dos confunde que ninguna sabe;
Y de aquellas cabernas tan remotas,
Donde egerce sus artes ignoradas,
Viene á ver su Señor en tanto riesgo;
Y á socorrer, se junta, el mal de todos
Un peor consejero á un Rey malvado.
»Señor: decia, sin tardanza viene
El vencedor egército temido;
Pero llenemos bien nuestros deberes,
Que auxilio nos darán el cielo y tierra.
Tú eres buen rey y general á un tiempo;
Todo has previsto y prevenido todo:

Si en su parte cada uno hace otro tanto
Será esta tierra tumba á tu enemigo.

Á tomar igual parte que vosotros

En riesgos y trabajos solo vengo:

Cuantos consejos en mi edad anciana

Pudiere dar, te los ofrezco; y cuanto

Á los ángeles pueda, que del cielo

Lanzados fueron, obligar mi magia.

Mas por donde empezar mi encantamento

Y de que modo, voy á contar ántes.

»En el cristiano templo hay muy oculto

Un altar subterráneo con la efígie

De la que adoran como Diosa y madre

De su Dios que nació y fue sepultado:

Ante éste simulacro, de continuo

Arde una antorcha; y á ella oculta un velo;

En torno penden multitud de votos

Que los píos creyentes le consagran.

Arrebatada, pues, de allí esta imagen

Quiero que por tu mano la transfieras

Y en la mezquita tuya la coloques;

Que yo obraré despues tan grande encanto

Que mientras allí esté bien custodiada,

Guarda será inviolable á nuestras puertas,

Y por alto misterio te aseguro

Que entre tanto tu imperio es invencible.”

Dijo así: y persuadióle, é impaciente

Á la casa de Dios fue el Rey corriendo;

Y atropellando los ministros sacros,

El casto simulacro arrebatóles,

Y al templo lo llevó, donde á toda hora
Se irrita al cielo con impío culto:
Sobre la Sacra imagen y en tal sitio
Murmugeó el Mago las blasfemias suyas:
Pero apenas el alva alumbra al Orbe
Cuando el que al templo inmundo está de guardia
No vé la imagen donde estaba puesta
Y en vano la buscó por todas partes.
Al Rey al punto lleva la noticia,
Y se mostró al oír la muy airado,
Creyendo que algun fiel sin duda alguna
El robo egecutára ocultamente.
Ó fue de mano fiel obra furtiva
Ó bien usó de su poder el cielo
Que sufrir no quisiera de su Reyna
Que en un lugar tan vil fuese su efigie;
Incierta es aun la fama de este caso
Si fue obra humana ó fue maravillosa:
Mas la piedad en tan extraño evento
Nos induce á creer que el cielo fuese.
El Rey con importuna diligencia
Registrar hace toda casa y fano;
Y al que ocultare el robo ú le descubra
Grandes penas pública y grandes premios:
El mismo Mago de indagar no cesa
Como fue el hecho; y su arte no es bastante;
Que el cielo le ocultó si es obra suya
Ó de algun otro en mengua de su magia.
Pero apenas vió el Rey que no descubre
Quien fue el autor, á quien cristiano juzga;

De un odio infando y de una rabia insana
Todo se revistió, y ardió al momento:
Olvida su decoro y solo aspira
Á la venganza y desfogar su furia.

»Morirá dice, (mi ira no es en vano)
En el comun estrago el reo ignoto.
Para que no se salve el delincuente
Perezca el justo: mas ninguno hay justo:
Todos culpados son; ni hay en su secta
Hombre que nunca fuera nuestro amigo,
Y el que de esta maldad se hallare esento,
Su antigua culpa, justo es que ahora pague.
Ea vasallos míos: andad pronto,
Que á sangre y fuego con rigor perezcan."

Así á la turba habló, y este decreto
Llegó al punto á noticia de los fieles,
Que atónitos quedaron, y esperando
Ver cada cual llegar su postrer hora.
Ni hay quien defensa busque ni quien huya
Ni quien escusa ó ruegos intentase.
¡Tanto el temor los ha sobrecogido!
Pero á esta gente en medio de su pasmo
Vino el remedio de dó no esperaban.
Una casta doncella hay en los fieles
De ánimo grande y pensamientos regios,
Y una estraña beldad de que no cura
Sino en quanto lo exige la modestia:
Aumenta el precio de sus prendas raras
Ver que en estrecha casa las oculta,
Y á la gran vigilancia de amadores

Se roba, y sus miradas, y requiebros.
No es empero posible que ignorada
Pueda vivir beldad tan admirable,
Ni lo consiente Amor, que la descubre
De un bello joven al ferviente anhelo;
Este Amor, que ora es ciego, y Argos ora
Ya con benda en los ojos, ya sin ella;
Y por entre mil guardas al mas casto
Retrete virginal la vista guia.
Ella Sofronia, Olindo él se llamaba,
De una ciudad, y de una fé son ambos:
Él tan modesto, como hermosa es ella;
Deséa él mucho, y nada solicita,
Declararse quisiera y no se atreve;
Pero ella le desprecia, ó no lo sabe,
Y así hasta entonces la sirvió el cuitado
Sin ser visto su amor, ó no admitido.
Oye ella este rumor, y que se acerca
Un miserando fin al pueblo suyo.
Intenta por sí sola libertarle,
Tan generosa como honesta y linda.
Convoca pues, de su ánimo las fuerzas;
Mas la vergüenza y virginal decoro
La contienen: por fin su valor vence,
Y une al pudor osada compostura.
Sola entre el vulgo la Doncella sale
Sin cubrir su hermosura ni mostrarla;
Los ojos bajos, y en la faz un velo,
Con grata magestad y aspecto grave;
No se puede decir si sus adornos

Con arte están, ó por acaso puestos:
De natura de amor del cielo amigo
Solo artificio son sus negligencias.
Míranla todos al pasar; y en tanto
Sin mirar á ninguno ánte el Rey llega;
Ni atras se vuelve por que airado estaba,
Que el fiero aspecto intrépida sostiene:
»Vengo, Señor, le dice, á suplicarte
Suspendas un momento tus enojos,
Y contengas el pueblo; que yo el réo
Vengo á entregar, que te ha ofendido tanto.”

Herido de improviso el Rey por esta
Belleza erguida y sus flagrantes brillos,
Y su altiva modestia; el grave aspecto
Algo mas apacible le mostraba:
Si el no es tan duro ni ella circumspecta
Le rinde Amor; mas la esquivez en ambos
No es propia nó para encender tal fuego;
Son los halagos del amor la yesca.
Sea estupor, belleza, ó fue su gusto
Si amor no fue quien ablandó su pecho:

»Cuéntalo todo, dice, que ya mando
Que á tu cristiano pueblo no se ofenda.”
Y ella dice: »Presente está ya el réo;
Obra es Señor, el robo de esta mano:
Yo la imágen tomé; yo soy la misma
Que buscas con afán: dame el castigo.”

Así la infausta suerte de su pueblo
Víctima siendo, remediar queria.
¡Magnánima mentira! ¡cuándo puede

Ser la verdad tan bella que te exceda?
Suspendo queda, y no montó el tirano
Tan pronto como suele en su ira innata,
Y la requiere así: »Quiero me digas,
Quien te lo aconsejó, y te dió auxilio."
»Parte no quise dar de aquesta gloria
Á ninguno, ella dice, solamente
Supe yo el hecho; ni tomé consejo,
Y he sido sola yo la egecutora."
»Luegó en tí sola la venganza mia
Deberá recaer." »Eso es muy justo,
Que pues fuí sola quien obró esta hazaña
Goze sola tambien la recompensa."

Aqui el Tirano empieza á enardecerse.
Dónde ocultó la imágen le pregunta.
»No la oculté, responde; la he quemado,
Y el quemarla creí cosa laudable,
Que no podrá ya verse profanada
Por la mano de infieles injuriosa.
¿Mas buscas el ladron, Señor, ó el robo?
Nunca el robo verás: mas ves al réo:
Bien que ni ladron soy, ni es ladronicio;
El recobrar la presa es accion justa."

Oyendo esto el Tirano, en amenazas
Prorrumpe, y al furor las riendas suelta.
»No esperes ya perdon por tu alma grande
Ni tu modestia y hermosura noble."

En vano Amor contra su crudo enojo
Con su rara beldad quiere escudarla.
Presa es la hermosa, y él inexorable

A morir en las llamas la condena.
Ya el velo y casto manto le arrebatan;
Sus delicados brazos, duros hierros
Comprimen : ella calla , y no descáe,
Aunque algo se conmueve el pecho fuerte,
Y se quiebra el color del bello rostro
Sin que pálida quede , si es mas alba.

La noticia corrió del gran suceso.
Se junta el pueblo y hállase alli Olindo
Que sabe el hecho y la persona ignora,
Aunque de ser su amada recelase:
Apenas la descubre entre las manos
De los fieros ministros , que venia
Destellando inocencia en sus prisiones;
Hiende veloz por la apiñada gente,
Al Rey esclama : »No , no es esta el réo;
De ese robo se jacta por locura,
Ni lo pensó , ni osó , ni hacer pudiera
Una sola muger tan grande hazaña.
¿Como engañó los guardas? de la Virgen
Con cual maña sacó la santa imágen?
Si lo hizo que lo diga. Yo , yo he sido.”
¡Tanto pudo su amor aun desdeñado!
»Yo me introduge en la mezquita vuestra
De noche por dó el aura y luz recibe,
Y un camino seguí que impracticable
Á todo otro que á mí le hubiera sido.
Yo hé tenido este honor : yo morir debo
Sin que Sofronia mi castigo usurpe.
Mias son sus prisiones ; y esa pira

Debe encenderse para mí tan solo."

Sofronia el rostro alzó y humanamente
Con compasivos ojos le miraba.

»¿Á que viene esto mísero inocente?
Que designio ó furor aqui te arrastra?
No soy capaz sin tí de sufrir sola
Cuanto invente la cólera de un hombre?
Tengo un pecho tan firme que la muerte
Jamás há de arredrarle aun sola estando.

Así al amante habló; mas no consigue
Que se desdiga ni de intento mude.
¡Oh espectáculo grande, dó á porfía
Brillan amor, y la virtud á un tiempo!
¡Donde es al vencedor premio la muerte
Y por pena el vencido tiene vida!
Irrita al Rey la competencia heróica
Al paso que cada uno se culpaba,
Ya á mengua suya y vituperio tiene
Tanto desprecio de la muerte viendo.

»Ambos serán creídos, dice, y sea
De los dos la victoria y justa palma."
Á sus ministros manda; y al momento
Al gallardo mancebo aherrojaron,
Y á un duro poste espalda con espalda
Á los dos amarraron con crueza.

Mírase en torno ya pronta la pira.
Y el fuelle soplador la iba incitando,
Cuando el joven en ayes lastimosos
Prorrumpe, y dice á la que estaba unido:
»¿Es este el lazo con que yo esperaba

En esta vidā unirme á tí por siempre?
Es este el fuego por el cual creía
Que nuestros corazones se inflamáran?
Ah! ¡Cuan distinto Amor me prometiera
De la mezquina suerte que probamos!
Ella nos separó tiranamente
Y hoy á morir, impía nos reune.
Consuélame á lo menos, si es forzosa
Tu estraña muerte, el ser tu compañero,
Pues no lo fuí del lecho, en esta pira.
Tu suerte, no la mia me dá pena,
Puesto que al lado tuyo morir debo.
Mi muerte venturosa juzgaría
Y afortunados mis martirios dulces,
Si consiguiese almenos, cara á cara
El ánima exhalar junto á tu boca,
Y al tiempo que espiráras yo lanzase
Contigo unido mi postrer aliento."

Así dice llorando; y mansamente
Ella le respondió de esta manera:

»Amigo; otras idéas y otro llanto
Nuestro presente estado hora reclama.
¿Por qué, pues, no pensar en las ofensas
Hechas á Dios, y el premio de los buenos?
Sufre en su santo nombre estos martirios
Y al superno lugar aspira alegre.
Mira el cielo cuan bello, y el Sol mira
Que nos consuela y nos está llamando."

Llora el pagano pueblo que esto escucha,
Y los fieles tambien, pero en voz baja.

Un no sé que de desusado y tierno
En su pecho cruel sintió el Tirano:
Él lo advirtió, y se indignó, y no quiso
Dejarlo ver, y sin mirarlos vase.

Tú sola el comun duelo no acompañas,
Y cuando el llanto causas, tú no lloras.

Estando en riesgo tal, llega un guerrero,
(tal parecia) de elevada esfera,

Que estrangero demuestra en trage y armas
Luengas tierras venir peregrinando:

Un Tigre que es cimera de su yelmo

Llamó de todos la atencion, y es esta

La insigna que en la guerra usa Clorinda.

Todos piensan que es ella, y no se engañan.

Desde su tierna edad despreció siempre
Los femeniles úsos, y costumbres:

Los bordados de Aracne, aguja y huso

No ocuparon jamas su mano erguida:

Los trages muelles dotestó, y los pueblos;

Que honestidad tambien hay en los campos,

De fiereza armó el rostro, y se complace

En darla á conocer; y aun así agrada:

Muy niña siendo, con su tierna mano

De un fogoso domó la fuerte boca:

Lanza y espada manejó; y sus miembros

En la carrera endureció y palestra:

Por el monte acosó Leones y Osos;

Siguió la guerra, y fiera en los combates

Parece, y en el monte, hombre á las fieras.

Viene esta de la Persia con intento



De hacer guerra al cristiano; y varias veces
De sus miembros sembrára las llanuras,
Y enrojeciera el mar con sangre de ellos.
Á su llegada ofrécese á su vista
De aquel suplicio todo el aparato:
Ansiosa de saber cual es la causa
Picó el caballo con gentil denuedo.
La turba se desvia, y ya de cerca
La vista fija en los que estan atados;
La una que calla ve, y el otro gime
Mostrando mas valor el debil sexo:
Llorar le ve como hombre á quien conmueve
Lástima, no dolor, ó el dolor de otro;
Los ojos de ella observa al cielo fijos,
Y que ántes de morir no está en la tierra.
Se enterneció Clorinda, y condolióse
De ambos á dos; sus ojos se arrasaron
Y aun mas pena le dá la que callaba;
Mas que no el llanto muévela el silencio.
Sin detenerse mas tornose pronta
Á uno que estaba allí de pelo cano:
»Ah! dime quien son estos? Y al suplicio
Que desgracia ó delito los conduce?»
Asi le suplicó; y él brevemente
La satisfizo sin dejarse nada:
Pasmóse ella al oirlo, y creyó al punto
Que muy al par los dos son inocentes;
Y de grado ó por fuerza determina
Sus vidas libertar á toda costa.
Corre á la hoguera, y hace que se estinga

Lo que iba ardiendo: y habla á los ministros:

»Ninguno de vosotros sea osado
De pasar adelante en esta empresa
Hasta que yo hable al Rey; y os aseguro
Que cargo no os hará por la demora."

Obedecieron ellos; y los pára
Su grandeza real, y noble aspecto.
Dirígesse hácia el Rey sin detenerse,
Y encuéntrale que hácia ella se encamina.

»Yo soy Clorinda, dice, cuyo nombre
Habrás tal vez oído, y aquí vengo
Para hallarme á tu lado en la defensa
De tu reino y la ley que profesamos:
Á toda empresa estoy pronta; y las grandes
No temo, ni desprecio las pequeñas,
Ora me emplees en el campo raso,
Ú ora en los muros, te obedezco en todo."

Calla; y el Rey responde: »¿Habrás distante
Pais del Asia, ó meridiano clima,
Gloriosa joven, donde no llegára
La fama tuya, ni tu honor volase?
Ahora que tu espada está á mi lado
No habrá temor alguno que me arredre;
Ni un egército grande que tubiera,
Esperanzas mayores me inspirára.
¡Ya que Gofredo tarda me parece!
Me pides que te emplee, y solo creo
Dignas de tí las mas arduas empresas.
Sobre nuestros guerreros doite el mando
Y cual leyes tus órdenes se observen."

Asi decia ; y ella urbanamente
Gracias le daba, y la palabra toma:

»Parecerá por cierto cosa nueva
Que el galardón preceda á los servicios,
Mas tu bondad me abona, y pido en tanto
Por lo que he de servir, gracia á estos réos:
Lo pido por favor, ó de justicia
Si acaso padecieren inocentes.
Mas nada digo de esto, ni las pruebas
Por donde arguyo la inocencia suya;
Solo diré: que todos aqui creen
Que la imágen tomaron los cristianos:
Yo de otro modo pienso, y bien fundada.
Fue irreverencia grande á nuestras leyes
Del Mágico tomar su mal consejo;
Pues no conviene en las mezquitas nuestras
Los ídolos tener que son estraños.
Por tanto es de pensar ; que el gran Mahoma
Este milagro obró sin duda alguna,
Para hacer ver, que religion agena
Sus mezquitas no quiere que profane.
Con sus encantos cuanto quiera que haga
Ismeno cuyas armas son hechizos;
El hierro los guerreros manejemos;
Que esta es nuestra arte, y la esperanza nuestra,”
Dijo y calló: y el Rey aunque á clemencia
Su crudo corazón doblega poco,
Quiso al fin complacerla; y persuadido
Por la razón, y autoridad del ruego:
»Tengan vida, le dice, y queden libres

Que á tal intercesor nada se niega.
Que esto fuere justicia, ó perdon fuere
Los absuelvo, ó concedo plena gracia."

Así quedaron libres. Venturosa
Fue de Olindo la suerte; por que pudo
Mostrar, que al fin en generoso pecho
Es forzoso que amor, amor inspire.
Desde la pira al tálamo pasaron,
Y es ya un esposo amado el réo amante:
Quiso morir con ella; y ella accede,
Pues no murió, á que consigo viva.
Pero recela el Rey desconfiado
De tan rara virtud, si allí subsisten:
Manda por tanto, desterrados salgan
Del último confin de Palestina;
Y siguiendo su genio siempre duro
Unos fieles confina, otros destierra.
¡Qué pena es ver dejar los tiernos hijos,
Y ancianos padres, y los dulces lechos!
Dura separacion! Aquellos echa
Que fuertes son, y de feroz character;
El bello sexo, niños y caducos,
Por que de renes sirvan los detiene.
Unos se ausentan, se revelan otros,
Que aun mas que no el temor obró el despecho.
Éstos á unirse fueron con los francos
El dia mismo que á Emáus tomaron.
Es Emáus ciudad, que un trecho corto
De la real Jerusalem separa;
Y si uno al paso en la mañana sale

Sin mas andar, allá á las nueve llega.
¡Cuanto agrada á los francos oír esto!
Y el ansia de llegar cual los aguija!
Mas ya el Sol descendiendo hácia el ocaso,
Hizo hacer alto el Gefe, y armar tiendas;
Lo cual egecutado, estaba junta
El alma luz del Sol hácia el Océano;
Cuando dos personajes de gran porte
Se ven venir con estrangero trage:
De paz y como amigos que venian
Su pacífico modo demostraba.

Del gran Soldan de Egipto nuncios eran,
Y en pos trahian séquito crecido;
Alete es uno, que de baja estirpe,
De las heces del pueblo procedente,
Á honoríficos puestos le elevaron
Su elocuencia, lisonja, y sus costumbres
Artificiosas, y su gran talento
Para fingir y fascinar las gentes:
De un modo nuevo la calumnia adorna
Que parece alabar cuando deprime.
El otro es el circasiano Argante,
Que á la corte real llegó de Egipto;
Fué del imperio sátrapa, y le dieron
Altos grados tambien en la milicia.
Su genio es impaciente, inexorable,
Feroz, duro en las armas, y valiente,
Impío, irreligioso, y solo funda
Su razon y sus leyes en la espada.
Audiencia demandaron; y los guian

À la presencia de Bullon al punto.
Le hallan con poca corte, en trage llano,
Sentado entre sus gefes principales.
El valor verdadero aunque al desgaire
Adorno es harto claro de sí mismo.

Muy corta reverencia le hizo Argante
Como despreciador de cumplimientos;
Mas la diestra en su seno puso Alete,
La cabeza inclinó, bajó los ojos,
Y toda aquella ceremonia le hizo,
Que úsa en rigor en su pais la gente.
Luego comienza, y vierte por su boca
Cual dulce miel un rio de elocuencia;
Y como saben ya la lengua asiria
Los francos, cuanto dijo le entendieron.

»Ó tú: tan solo digno de ser gefe
De tan grande reunion de héroes famosos,
Que hubo victorias y conquistó reinos
Por tu valor y por la ciencia tuya:
Tu nombre que al de Alcides aventaja
Es conocido há tiempo entre nosotros;
Y del Egipto en todos los confines
Fama de tu valor sonó la trompa:
Uno tan solo no hay que no la escuche
Como suele escuchar las maravillas:
Mi mismo Rey se pasma, y tus hazañas
Las admira y aplaude á un tiempo mismo,
Y á menudo las cuenta y se complace
Amando en tí lo que otro envidia y teme,
Gústale tu valor, y quiere unirse

En la amistad á tí, si en ley no es dable.
De tales sentimientos, pues movido,
La amistad y la paz es lo que pide,
Y lo que ligue al cumplimiento de ello
Virtud sea, pues es la ley distinta.

Pero como haya oído que estás pronto

Un Rey á destronar amigo suyo,

Ántes que pases adelante, quiere

Que te hagamos saber su mente regia.

»Es su intencion; que si contento fueras

Con lo que has conquistado esta campaña,

Sin ir á molestar otros estados

Que protege el favor del reyno suyo;

El por su parte asegurarte ofrece

De cuanto has adquirido el mando incierto:

Y si unidos estais ¿el Turco y Persa

Podrán nunca esperar el recobrase?

Cosas tan grandes ya, Señor, has hecho,

Que no se olvidarán en largos siglos:

Ejércitos vencidos; conquistadas

Ciudades y provincias tan remotas.

Las ya vecinas, ya lejanas tierras

Con tu fama podrás despavorirlas,

Y aun conquistar otros imperios nuevos;

No empero aguardes adquirir mas gloria:

Ésta llega á lo sumo; y de antemano

Conviénete evitar dudosas guerras.

Por mas que venzas no obtendrás mas fama,

Y mucho perderás, sino vencieres:

Es jugar á la suerte sin cordura

Lo mucho y cierto, por lo incierto y poco.

»Pero opondrás acaso á tal consejo,
Que lo que has adquirido has conservado,
Que has sido vencedor en toda empresa:
Y aquel deseo natural que inflama
Con tanto mas ardor las almas grandes
De dominar y subyugar las gentes,
Te apartará tal vez de la paz tanto
Cuanto á otros hace detestar la guerra.
La brillante carrera que el destino
Te depara, querrás tambien seguirla,
Y no envainar la vencedora espada,
Que de victoria es siempre precedida,
Hasta extinguir la ley del gran Mahoma;
Y hasta que el Asia entera á tí se humille.
¡Cosa al oirla dulce! ¡Dulce engaño
De dó emanan despues extremos males!
Mas si un encono grande no te ciega;
Ú oscurece la luz de tu discurso;
Conocerás que en donde guerra hicieres
Temor debes tener mas que esperanzas:
Cansada pues ya la fortuna instable
De acarrearle continuas las victorias,
Y de tanto elevar tu rauda vuelo,
Debe tener cercana tu caída.

»Dime: ¿si contra tí se arma el Egipto
Potente en oro, en armas y consejo:
Y si la guerra acaso renovaren
El Persa y Turco, y de Casano el hijo;
Qué fuerza has de oponer á furia tanta?

¿Dónde auxilio hallarás á tanto riesgo?
¿Piensas que ha de ampararte el Griego falso
Que con solemne pacto á tí está unido?
¿Ocultarse á quien puede su perfidia?
De una traicion podrás inferir otra,
Y de mil, otras mil; pues ya mil lazos
Que te han armado, has visto esos infieles.
¿Y el que intentaba el paso conteneros
Quereis que ora su vida os sacrifique?
¿Quien os negó el camino que es de todos
Podrá su sangre derramar con gusto?

»Tu esperanza tendrás tal vez fundada
En las tropas que ufanas te rodéan;
Y unidas pensarás que vencer puedes
Las fuerzas que venciste divididas:
Si tu egército miras desmenguado
Por la inclemencia y guerras, y se agrega
Al Turco y Persa el poderoso Egipcio,
¿Como vencer podrás? Ah! no lo esperes.
Mas por supuesto demos que no puedas
Ser por armas vencido; y que los cielos,
Cual tu lo juzgas, lo hayan decretado;
El hambre desmayada venceráte:
¿Contra ésta qué refugio, qué defensa?
¿Vibrar querrás contra ella el hierro insano,
Y en tus mientes forjar victorias vanas?
»Está abrasado el campo todo en torno
Por la mano sagaz de sus vecinos;
Y en fuertes muros, y elevadas torres
Cerrado há muchos dias está el fruto.

¿Tú que osado hasta aquí te has dirigido,
Cómo has de alimentar caballos y hombres?
Dirás, que de ello las escuadras curan:
Con que en el viento tu existencia pende.
¿También los vientos tu fortuna manda
Y á tu arbitrio los liga, y les da suelta?
¿El mar; que al ruego es sordo, y los lamentos,
Á tu querer se presta al escucharte?
¿Y no podrán también la escuadra nuestra,
Y la turca, y la persa coligadas
Con tamaño poder batir tus buques?

»Señor: dupla victoria necesitas
Para salir honroso en esta empresa:
Una pérdida sola afrenta grande
Puede causarte, y aun mayores daños;
Y si tu escuadra nuestras naves baten,
Muere de hambre tu egército sin duda;
Y si eres derrotado, ya es en vano
Que tus escuadras victoriosas sean.
En tal estado; si rehusar pretendes
Con el gran Rey de Egipto tregua y paces
(En paz sea dicho) tus virtudes todas
No bien se compadecen con este hecho.
Mas plegue al cielo que de intento mudes
Si apeteces la guerra; ántes en cambio
De tantas lides libre Asia respire,
Y cojas tú de la victoria el fruto.
Ni á vosotros que sois de sus afanes
Y sus riesgos y gloria compañeros
La próspera, fortuna, vos fascine

Hasta haceros entrar en nueva guerra;
Ántes cual navegante que ha salvado
De riesgos mil su nave, y llegó al puerto;
Las anchas velas recoger debierais
Sin mas fiarse en procelosas mares."

Alete calló aquí; y á su hablar sigue
Un bajo murmurar de aquellos héroes,
Y en su desden dan muestras y en su ceño
Del disgusto interior de tal propuesta.
La vista en torno Godofredo gira
Varias veces mirando á sus guerreros;
Y luego se encaró con el enviado
Que la respuesta espera; y así dice:

»En vuestro dulce hablar, ó mensagero,
Mezclado habeis lisonjas y amenazas:
Si me ama el Rey, y aplaude mis proezas,
Me hace merced, y su cariño aprecio;
Por lo que toca á lo que tu declaras
De uniros en la guerra á los paganos
Responderéte así como acostumbro,
Con sencillas razones y franqueza.

»Has de saber, que cuanto hasta hoy sufrimos
En mar y tierra, al Sol, y á la intemperie
Fue por franquear el paso á esos sagrados
Y venerables muros; y eximiendo
De dura esclavitud esos lugares
Hacer esta obra al Ser Supremo grata;
Que por fin menos digno no se espone
El mundanal honor, la vida y reyno.
No de ambicion afecto codicioso

Nos anima á la empresa. ¡Que el Dios justo
Lejos de nuestros pechos tal delito
Si alguien le abriga, para siempre arroje!
Ni que le bañe sufra, ni le infecte
Veneno tan fatal que agrada y mata;
Antes bien con su mano que penetra
Los duros corazones, los ablande.
Ella es quien nos movió y há dirigido
Por entre mil peligros y trabajos:
Ella montes allana, agota rios,
Quita el calor á la estacion estiva,
El hielo á la hiemal; el mar aplaca,
Reprime y suelta á su placer los vientos,
Y altos muros abrasa y los derroca,
Y egércitos destruye, y los dispersa.
»Aquí el valor y la esperanza estrivan,
No en nuestras fuerzas débiles y lasas;
No en las tropas, ni en cuanta gente Grecia
Contiene en sí; ni en nuestra armada y huestes:
Aunque como éstas nunca me abandonen,
Poca pena me dá que otras me falten.
Quien sabe acometer y defenderse,
No aguarda otro socorro en los peligros:
Mas cuando Dios su auxilio nos negase
Por nuestras culpas ó sus altos fines:
¿Quien de nosotros no tendrá á gran dicha,
Donde lo fue el Señor ser sepultado?
Sin envidiar los vivos moriremos
Y nuestras vidas venderemos caras.
De nuestra suerte el Asia no hará mofa,

Ni duelo causará la muerte nuestra.
No creais pues que de la paz huyamos
Cual de guerra mortal, temible siempre:
De tu Rey la amistad me adapta mucho,
Y nunca he de sentir vernos unidos;
Pero si él la Judéa no domina,
¿Á qué es tanto afanar? cuidados tales?
Nadie le impide que conquiste reinos,
Ó en paz y holganza rija sus estados."

Así contesta; y desusada rabia
Inspira la respuesta al fiero Argante:
Sin ocultarla ya; con voz hinchada
Acércase á Bullon, y así le dice:

»Á quien no quiere paz hágase guerra:
Sin que haya aquí motivo de disputa;
Claro demuestras tú que no la quieres
Al despreciar así nuestras razones:"

Y su manto cogiendo por la orilla
En forma de una bolsa lo plegaba;
Preséntaselo al Rey; y así prosigue,
Mucho mas que antes despechado y torvo:

»Ó tú despreciador de todos riesgos:
Aquí traigo la paz y guerra juntas.
Elige ya; resuelve por tí mismo,
Y la que quieras al momento toma."
Su hablar, y aire feroz concitó á todos,
Y guerra guerra en voz acorde claman,
Sin dar lugar á que respuesta diese
Su general magnánimo Gofredo:
Y él muy mas brusco sacudiendo el manto

Guerra á muerte, les dice, yo os intimo,
Y esto en tono exclamó tan fulminante
Que abrirse pareció de Jano el templo.

Y de la bolsa aquella parecia
Lanzar furor insano, audaz discordia;

Y arder mirose en sus terribles ojos

De Megara y Aleto la gran téa.

Tal pareció, como el soberbio un tiempo

Que quiso al cielo erguir el alta torre

Que admiraba Babel; su enhiesta frente

Retando alzarse hasta el ceruleo campo.

»Decid á vuestro Rey, Gofredo añade,

Que á venir se apresure; que la guerra

Con que nos menazais ya la aceptamos;

Ó espere sobre el Nilo, si no viene.»

Despidiolos despues con rostro afable

Y los honró con esquisitos dones:

Un riquísimo yelmo donó á Aleto

Que entre el botin hallaron de Nicéa:

Una selecta espada obtuvo Argante

De oro el puño y de piedras guarnecido;

Y aun esto es nada, que le escede en precio

Del artista el primor y el gran trabajo.

Despues que el temple y su riqueza suma

Examinó con gran cuidado Argante,

Dijo á Bullon: »Verás cuan presto en úso

Este regalo pongo que me has hecho.»

Despidiose despues y á Aleto dice:

»De este campo salir los dos podemos,

Hácia Jerusalem yo, tú hácia Egipto;

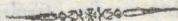
Tú con el nuevo Sol, yo con la noche;
Que ni hago falta, ni escribirse debe
A donde fueres tú. Lleva al Rey nuestro
La respuesta; que yo no he de alejarme
De dó las armas el furor maneja."

Así de embajador se hizo enemigo:
Su precipitacion si es ó no justa;
Si el derecho de gentes se quebranta,
Ó nó, ni en ello piensa, ni le ocurre.
Sin esperar respuesta, partió luego
Con el silencio y luz de las estrellas,
Y sin tardanza llega al alto muro
Que es la tardanza dura á quien aguarda.

Era la noche; y hora que en reposo
Los vientos y ondas son, y el mundo mudo;
Yácen los brutos, y en el mar undoso
Los que el cristal en lo profundo abriga,
Unos en cuevas, en apriscos otros:
El Colorin en un profundo olvido
Con el silencio y pavurosa noche
Sus afanes suspende, y sus conciertos.
Solo en el campo fiel de los cristianos
No hay quien se entregue al sueño ni al reposo
¡Tanto el anhelo es de que ya brille
El alba deseada, el alba alegre
Que el camino les muestre y los dirija
A la ciudad que es fin de su jornada!
Una hora y otra miran si algun rayo
Asóma ó desvanece el manto negro.

FIN DEL SEGUNDO CANTO.

CANTO TERCERO.



Soplaba el aura blanda dulcemente
Que la venida de la aurora, anuncia,
Mientras el cabello de oro ella adornaba
Con la guirnalda de encendidas rosas;
Cuando el campo que al arma ya se apresta
En alta voz formó claro mormullo,
Y las trompas emboca que sonaron
Alegremente con canoros tonos.
El sabio General con dulce maña
De sus soldados el ardor contiene,
Que muy mas facil contener sería
Junto á Caribdis las furiosas olas,
Ó suspender el aquilon impío
Que los bosques destruye de Apenino,
Y los bageles en el mar sumerge.
Ordénalos empero, y los dirige,
Si con paso veloz, mas bien formados.
Calzan alas los pies y corazones,
Y su rápido andar de ver no hechaban,
Cuando el árido campo con ardientes
Rayos bañando el Sol que iba ascendiendo,
Jerusalen ofrécese á su vista,
Y con el dedo mil la señalaron,

Y á un tiempo se escuchaban muchas voces
Que á Sion reverentes acataban.

Así de navegantes audaz turba

Que corre á descubrir playas remotas,

Y en mar desconocido y polo ignoto

La onda falaz con viento vario surca;

Si al fin descubre el anhelado suelo,

De lejos le saluda en ledo grito;

Unos á otros le muestran, olvidando

Del navegar penoso los afanes.

Al gran placer que aquella primer vista

Les inspiró en el pecho dulcemente,

Siguiose una ternura acompañada

De temeroso y reverente afecto.

Osan apenas levantar la vista

Para ver la ciudad que eligió Cristo,

Dó padeció, murió, fué sepultado,

Y al fin, glorioso revistió sus miembros.

Acentos cortos, tácitas palabras,

Sollozos tiernos, débiles suspiros

Que gozo á un tiempo y sentimiento espresan,

De un confuso mormullo hinchén el viento,

Cual en espeso bosque deja oírse

Cuando las verdes hojas bate el boreas,

Ó cual en costa brava entre peñascos

En ronco estruendo silva el mar undoso.

Con pies descalzos el camino huellan

El egemplo imitando del Caudillo.

Despójanse despues de todo adorno

De oro y de seda y de livianas plumas;

Deponen de guerreros la fiereza
Y un mar de ardientes lágrimas derraman;
Que al fin cerradas en el hondo pecho
Se acusaban de un modo semejante.

»En donde tú Ó Señor, con mil arroyos
Del precioso licor regaste el suelo,
De amargo llanto vé dos fuentes vivas
Que en tan cruda memoria te consagro.
¿Helado corazon: no te derrites
Y en lágrimas te exhalas por los ojos?
¿Corazon duro: no te despedazas?
Llorar deberás siempre, si hoy no lloras.»

De la ciudad en tanto un centinela,
De una elevada torre en donde estaba,
Vió de polvo una nube al cielo alzarse,
Y le parece que arde, y luz destella;
Como si de relámpagos y llamas
Henchida fuese: pero luego advierte
De brilladoras armas los reflejos,
Y los hombres distingue y los caballos.

»Ay! ¡cuánto polvo (esclama) por el aire
Estoy mirando! y todo cómo brilla!
Ah! ¿Ciudadanos? Á las armas pronto,
Corred todos, corred á la defensa:
Subid al muro ved los enemigos:
Ya están aquí, que llegan, ya están junto:
Vedlos, que el polvo nos oculta el cielo.»

Los inocentes niños, los ancianos
Inermes, y mugeres desmayadas,
Que ni ofender ni defenderse saben,

Corren tristes á curar á las mezquitas;
Los animosos de fornidos miembros
Presurosos se armaron; y á las puertas
Los unos corren, y otros á los muros:
El Rey vá en torno y lo vigila todo.
Apénas dió las órdenes; se pone
En una torre que hay entre dos puertas;
Y en las urgencias es la mas cercana,
De donde el llano y monte se descubren.
Consigo lleva á la princesa Erminia:
La bella Erminia, que acogió en su Corte
Despues que fue por las cristianas huestes
La ciudad de Antioquía conquistada,
Y al Rey su augusto padre muerte dieron.
Clorinda en busca de los francos sale
Con grande escolta que á su mando lleva,
Y en otra parte que hay salida oculta
Á socorrerla pronto estaba Argante.
Á su tropa concita la animosa
Con su intrépido aspecto y sus palabras:
»Hoy es el día, dice, que conviene
Fundar del Asia la esperanza toda.”
Mientras habla á su gente, vé á lo lejos
Con presa de ganado tropa franca,
Que al batir la campaña, como es uso,
Cogido había, y la llevaba al campo.
Acomete Clorinda al comandante
De los cristianos, y él contra ella corre:
El se llama Gardón, hombre valiente,
Mas tanto nó que resistirla pueda,

Y á tierra fué en el primer encuentro
A vista de los fieles y paganos:
El grito ufanos todos ellos alzan
Felizmente augurando de esta guerra.
Ella á los otros carga, y los arrolla,
Y vá su diestra hiriendo per cien partes:
Su gente la siguió por el camino,
Que abren los que huyen y la espada de ella.

La presa recobró. La tropa franca
En órden se retira hasta que cobra
Una pequeña altura, y se hace firme.
Cual torbellino entonces, ó cual rayo
Que súbito descende hácia la tierra,
Tancredo el bravo, á quien Bullon dá órden
Viene volando, y á la infiel detiene.
Tan bien la lanza enristra y con un aire.
Tan feroz viene, y tan gallardo el joven;
Que conoce Aladin aunque distante
Ser de los mas valientes el guerrero;
Y así le dice á la que tiene junto,
Que ya sentía el pecho palparle:

»Tú que estás hecha á ver estos cristianos
Podrás, aun yendo armados conocerlos:
¿Quien es pues éste que tan bravo viene,
Y tan bien puesto en el caballo y armas?»

Mas en vez de respuesta viene solo
Llanto á sus ojos y un suspiro al labio,
Procura sufocarlos en su pecho,
Mas no lo logra que algo verlos deja;
Pues sus preñados ojos purpureaban,

Y ya en sus labios espiró el suspiro.

Por fin prorrumpe, y ocultar procura
Otros deséos socolor del odio:

»Ay mi! bien le conozco; y cuánto tengo

Por qué poderle conocer entre otros!

Le vi mil veces, campos y profundos

Fosos llenar con sangre de mi gente.

Ay! ¡cuánto es crudo en el herir! La herida

Que el hace es incurable aun á la magia.

El príncipe Tancredo és. Oh! ¡si un día

Fuera mi prisionero! Mas no muerto:

Vivo quiero tenerle, por que pueda

Darme consuelo la venganza dulce.”

Así decía; y á su hablar que es cierto

Otro sentido el que la escucha daba:

Y á su pesar con sus postreros dichos

Un suspiro exhaló que reprimía.

Clorinda en tanto con la lanza enristre

Contra Tancredo vá que la acomete;

Hiérense en las viseras; las dos astas

Volaron á lo alto; y ella queda

Descubierta la cara; pues los lazos

Del yelmo rotos le arrojó de un bote.

El dorado cabello fluctuante

Ser una hermosa joven manifiesta:

Si en la ira sus ojos fulguraban

Dulces miradas ¿qué fuera en la risa?

¿En que piensas Tancredo? No conoces

El rostro de tí amado? Esta es la hermosa

Por quien ardiendo estas en vivas llamas;

Dígallo el corazon do está el retrato.
Esta es aquella que en el bosque viste
Que iba á la umbría fuente á refrescarse.

Él que al pintado escudo ni cimera
Mirado habia; lo repara entonces:
La cabeza ella cubre como puede,
Y á Tancredo envistió que no la ofende,
Antes audaz cargó sobre los otros:
Mas ni por eso se aplacó la altiva,
Que fulminante le persigue y llama,
Y á dos muertes le reta á un tiempo mismo.
Crudos golpes le tira, y el no cura
De repararlos, tanto como pone
La atenciou en mirar sus bellos ojos
Y rosadas megillas dó amor mora;
Y decia entre sí: su armada diestra
Me es bien poco temible; pero el golpe
Del descubierto rostro no dá en vago,
Y siempre al corazon vá dirigido.

Resuelve al fin, aunque piedad no espera
El no morir, su amor callando siempre;
Quiere que sepa que es su prisionero
Y que está ya rendido y desarmado;
Dicele pues:

»Ó tú, que solo tienes
Por contrario á mí solo entre tal turba;
Separémonos de ella, y cuerpo á cuerpo
Cada cual hará alarde de sus fuerzas;
Verás si somos en valor iguales.”

Ella aceptó el partido; y despreciando

Haber perdido el yelmo; parte al punto,
Ella arrogante, y el mustio la sigue.
Ya estaba puesta en forma de batalla
La valiente guerrera, y le habia herido:
Cuando él: »Detente, díce, hagamos pactos
Antes de pelear para el combate."
Ella se para: y á él de temeroso
Osado torna amor en aquel punto.

»Los pactos séan pues, si paz no quieres,
Que el corazon impía me traspases
Que ya no es mio; si es contra tu gusto
Que viva mas, el morirá contento.
Tiempo ha que es tuyo, y tiempo es que dispongas
De él á tu arbitrio sin que yo lo impida:
Ya mi diestra desarmo, y te presento
Sin defensa mi pecho, herirle puedes.
¿Quieres que le descubra?.... De buen grado
El coselete quitaré si gustas."
Espresára tal vez con mas ahinco
Sus dolores el mísero Tancredo;
Mas lo estorvó el rumor que de paganos
Y de los suyos se escuchó de pronto.

Retirábanse huyendo de los fieles
Los palestinos por temor, ó astucia.
Uno de los cristianos, hombre fiero,
Vagando al viento vió la cabellera,
Y al pasar por la espalda alzó la mano
Para en la parte descubierta herirla:
Mas Tancredo le grita se contenga,
Y con su espada la cubrió del golpe:

No empero la libró de que alcanzára
En su hermosa cabeza un tanto á herirla
Aunque muy leve; sus cabellos rubios
Se salpicaron de rosadas gotas,
Que cual rubíes sobre el oro fino
Muy mas brillantes ellas purpureaban.

El Príncipe furioso espada en mano
Corre veloz contra el villano que huye,
Uno y otro cual flecha por el viento
Raudos discurren la árida campaña.
Mirando ella á los dos inmóvil queda,
Y muy lejos los sigue con la vista;
Pero al fin se replega con los suyos
Ora atacando y resistiendo al franco,
Ora huyendo y poniéndolos en fuga;
Mas ni la suya es fuga ni es ataque.
No de otro modo el toro en ancho circo,
Si á los molestos canes torna el asta,
Se paran, y cuando huye le persiguen;
En la fuga Clorinda, hácia atrás diestra
Con el escudo su cabeza cubre;
Como en el juego el jugador se guarda
De pelota que lanza el compañero.

Ya unos y otros siguiendo y persiguiendo
Cerca se hallaban de los altos muros;
Cuando en hórrida grito los paganos
Les acometen dando un gran rodéo
Para tomarles flanco y retaguardia,
Mientras Argante por el monte abajo
Á atacar por el frente se descuelga.

De entre su tropa el Circasiano sale
Por ser quien dé primero á los cristianos.
Al primero que halló, derribó al suelo
Y al caballo tambien; y ántes que el asta
De su lanza quebrase, muchos otros
Siguen su suerte misma en tierra dando.
Á la espada echa mano; y al que alcanza
Le mata, ó le derriba, ó hiere á menos.

Clorinda en competencia dió la muerte
Al fuerte Ardelio, ya de edad madura,
Pero de ancianidad dura y fornida.
En vano iban con él dos hijos suyos;
Por que al mayor Alcandro herida fiera
Le impidió socorrer al triste padre,
Y el que mas cerca estaba, Poliferno
Á duras penas escapó su vida.
Viendo Tancredo que alcanzar no puede
Al villano que monta un veloz bruto,
Vuelve la vista atrás y vé aunque lejos
Que ha rodeado el infiel su ardida gente.
El fogoso revuelve y pica el flanco:
Llega veloz á socorrer su apuro;
Y aun no es él solo porque tambien viene
La formidable tropa de reserva.

La enseña de Dudon y aventureros
Flor de los héroes y vigor del campo:
Reynaldo el mas magnánimo y mas bello,
Con rapidéz de rayo, acuden todos.
Bien pronto su aire Erminia reconoce,
Y en el celeste campo el alba Fenix;

Y dice al Rey que en él fijó la vista:

»Este es el vencedor de los valientes.

A su invencible espada igualan pocos

Ó ninguno tal vez, y aun es un niño.

Si hubiera seis como éste entre los francos

Hoy toda Asiria viérase aherrojada,

Domado hubieran los australes reynos,

Y los que están cercanos á la aurora,

Y en vano acaso el Nilo ocultaría

A su yugo el origen ignorado.

Es su nombre Reynaldo, y á los muros

Es mas que toda máquina temible.

Vuelve ácia acá la vista y á aquel mira

Que armadura dorada y verde lleva;

Ese es Dudon, y el gefe que comanda

Aquel bravo escuadron de aventureros:

Es guerrero muy noble y veterano

Y aunque de edad; no hay otro mas valiente.

Mira aquel colosal de armas pagizas

Es Gernando, del Rey Norvegio hermano:

No hay uno que en soberbia se le iguale.

Y es lo que encubre un tanto sus hazañas.

Aquellos dos que ves ir tan unidos

Todos de blanco en trage y guarniciones;

Dos esposos, Gildipa y Odoardo,

Tanto en valor como en amor famosos."

Así decía; y ya ven mas de cerca

Que el estrago y matanza se aumentaba;

Pues Tancredo y Reynaldo el cerco han roto

Aunque de hombres y de armas está denso;

Y la tropa ademas que Dudon manda
Se allegó y con crueza los hería.
Argante, el mismo Argante fue abatido
Por un bote de lanza de Reynaldo.
Se levantó tal vez porque á tal punto
Cayó el caballo al hijo de Bertoldo,
Y el pié que contra tierra el bruto oprime
Tardó algun tiempo hasta poder sacarlo.

Los paganos en tanto ya en derrota
Huyen á la ciudad á guarecerse;
Solo Argante y Clorinda se hacen firmes
Contra todo el furor que los inunda.
Quédanse atras, y el ímpetu refrenan
Mientras con menos riesgo se salvaban.
Los que huyendo venían y en desorden.
Dudon con la victoria enardecido
Carga á los fugitivos; y á Tigranes
El fiero trastornó con el encuentro
De su alazan soberbio; y con la espada
Al suelo le derriba la cabeza.
Ni le sirve á Algazarre el coselete,
Ni el fuerte yelmo á Corban robusto
Que en la nuca y espalda les descarga
Con fuerza tal, que pasa yelmo y peto.
Por su mano tambien del dulce albergue
De Amurate y Mamerto el alma sale,
Y del crudo Almanzor: ni el Circasiano
De Dudon mal seguro el paso mueve.
Brama Argante entre sí, y en ocasiones
Se pára y se revuelvé, y cede luego.

Por fin, tan de improviso dió una vuelta,
Que de un fiero revés que dió en su flanco
La espada sumergió, y al duro golpe
Rindió su vida el Gefe de los héroes.
Cae, y los ojos que abre á duras penas
Reposo amargo y sueño eterno oprimen:
Tres veces los abrió y la luz del cielo
Quiso gozar, y alzarse tambien quiso
Sobre el lánguido brazo; mas tres veces
Tornó á caer en tierra, y osco velo
Sus ojos enturbió que ya no se abren;
Y un mortal hielo vá de vena en vena.
El cuerpo miró Argante, y al momento
Sin detencion siguió su retirada:
No obstante, sin pararse vuelve el rostro,
Y dijo en alta voz:

»Ó caballeros:

Esta espada que en sangre veis teñida
Es la que ayer me regaló el Rey franco;
Contadle pues el uso que hago de ella,
Que la noticia escuchará gustoso,
Y grato le será que su presente
Se viese con la prueba ser tan bueno.
Decidle mas; que espere todavía
En su persona propia ver mas pruebas,
Y aunque no se apresure por buscarme
Sabré encontrarle donde no me espere."

Los Cristianos se irritan al oírlo,
Y le acometen todos á porfia;
Pero ya estaba el otro en salvo puesto

Bajo la guardia del amigo muro.
Comenzaron de lo alto los infieles
Á despedir infinidad de piedras;
Y de saetas número tan grande
Á los arcos provéen las aljabas
Que fué forzoso al franco detenerse;
Y en la ciudad entraron los paganos.

Mas Reynaldo teniendo el pié ya libre
Del caballo caído, aquí llegaba
Á tomar de Dudon venganza horrible
Por su muerte en el bárbaro homicida;
Y en tono airado esclama entre los suyos:
»¿Que detencion es esta? qué se espera?
Cómo al mirar del Gefe el fin funesto,
No volamos amigos á vengarle?
En tan grave ocasion de enojo y furia
Podrános detener un debil muro?
Aunque de duro hierro, ó diamantina
Esta muralla impenetrable fuese,
No estaría seguro el fiero Argante
Del furor que me anima y vuestro esfuerzo:
¡Ánimo compañeros! al asalto.”

Dijo; y diciendo su caballo pica,
Y á todos se adelanta despreciando
De saéas y piedras la gran lluvia;
Y amenazando alzó su erguida testa
De tan terrible audacia revestida,
Que aun dentro de los muros se sintieron
Los defensores de temor pasmados.

Mientras á unos anima y á otros reta,

Llega quien pone á su ardimiento tasa:
Pues á Sigiero Godofredo envia
Que és quien lleva las órdenes mas graves,
Y en su nombre reprende el temerario
Denuedo, y retirarse les ordena.
»Retiraos decía, que no es tiempo
Ni lugar oportuno á vuestras iras;
Godofredo lo manda." Á esta orden
Reynaldó aunque á despecho se contuvo,
Y en mas de alguna accion daba señales,
Por mas que procuraba reprimirse.
Vuelven todos atrás, y el enemigo
No fue osado turbar su retirada;
Ni al cuerpo de Dudon los funerales
Faltaron por completo, pues le llevan
Sus amigos leales en los brazos.

Bullon en tanto de elevado sitio
La gran ciudad y fortaleza observa.
Sobre dos montecillos desiguales
Está Jerusalem edificada,
Y una quiebra separa ambos collados.
De difícil acceso es por tres partes,
Y un declive suave hay por la otra;
Pero esta parte que hácia el bóreas mira
Fortificada está con altos muros.
Sitios en la ciudad hay dó se junta
Toda el agua que llueve y lagos forma:
En todo lo exterior, ni aun yerva se halla,
Ni una pequeña fuente, ni un arroyo;
Ni un árbol hay que de reparo sirva

Contra los rayos del calor estivo.
Solo á seis millas hay un bosque espeso,
Hórrido, umbrío, y de dañosa sombra.
Tiene hácia el lado donde el dia nace
Del felice Jordan las aguas nobles;
Hácia el ocaso la arenosa playa
Del mar Mediterraneo; y hácia el bóreas
Betel que erigió áras al Buey de oro,
Y tambien la Samaria, y donde el austro
Tiene un suelo lluvioso y de tormentas
Belén, que al divo parto dió acogida.

Mientras mira Gofredo el muro y sitio
De la ciudad y sus vecinos campos;
El campamento elige, y el parage
Mas cómodo al asalto en las murallas;
Erminia le descubre y se le muestra
Al Rey pagano, y habla de este modo:

»Ese que ves de augusto continente
Con el purpureo manto, es Godofredo.
Para el imperio es cierto que ha nacido,
Tanto de gobernar conoce el arte,
Y no menos que gefe es caballero;
Perfecto es á lo sumo en ambas cosas:
Ni hay otro mas guerrero entre ellos todos,
Ni en el saber encuentro quien le esceda.
Reymundo en la prudencia; y en combate
Reynaldos solo iguálale y Tancredo.»

»Noticias tengo de él, el Rey responde,
Y en la corte de Francia llegué á verle
Cuando de émbajador fui del Egipto.

Vile en las justas manejar la lanza;
Y aunque tan jóven, y de pocos años
Que ni siquiera le apuntaba el bozo,
Daba en palabras, y obras, y semblante
Presagios ya de grandes esperanzas.
¡Presagios harto ciertos!...." Y los ojos
Bajó turbado: mas los alza y sigue:
»¿Dime quien es aquel que rojo lleva
El manto militar, y está á su lado?
¡Cómo se le parece en el semblante,
Aunque es algo mas bajo de estatura!"
»Es Baldovin, responde, y se conoce
Que es su hermano en el rostro, y en las obras.
Mira hora aquel que tiene á su derecha
Y consejos parece que está dando."
Ese es Reymundo á quien te alabé mucho:
Es de avanzada edad, pero muy cuerdo;
Ni entre los francos hay ni los latinos
Quien mas ardides en la guerra sepa.
Otro que hay mas allá con aureo yelmo:
Es Guillermo, del Rey britano hijo:
Güelfo con él esta; y en las proezas
Es su competidor y en sangre ilustre;
Bien le conozco en su cuadrada espalda,
Y en aquel pecho lleno y levantado.
¡Pero en todo el egército no véo,
Por mas que miro, á mi mayor contrario!
Á Boemundo digo el homicida,
El fiero destructor de mi real sangre."
Así estaban hablando; y el Caudillo

Despues de haber reconocido todo
Desciende á ver su gente; y por que juzga
Por el lado escabroso todo inutil;
Hácia la puerta de aquilon, y el llano
Que con ella se junta el campo fija;
Y que se extiendan manda hácia la torre
Que llaman Angular, las demás tiendas.
Ocupaba así el campo poco ménos
De la ciudad el tercio en su contorno;
Que ocuparle del todo era imposible
Por que era muy estenso su recinto:
Mas los caminos todos intercepta
Por donde puede recibir socorros;
Y hasta el menor pasage guardar hace
Que á la ciudad de tránsito sirviese.

Manda fortificar el campamento
Con un profundo foso, y con trincheras
Que á cubierto le pongan de salidas
Del sitiado, y ataque de otras tropas.
Despues que dió estas órdenes; el cuerpo
Quiso ver de Dudon; y así dirige
Sus pasos á dó está, y le vé cercado
De un acompañamiento lagrimoso.
De noble pompa ornaron sus amigos
El féretro elevado donde yace.
Al entrar Godofredo, alzaron todos
Los lamentables écos, y los llantos;
Mas con rostro ni ledo ni abatido
Bullon el pío se reprime y calla.
Despues que pensativo hubo fijado

La vista en el cadaver; así dice:

»No por tu fin, dolor ni llanto es justo,
Pues vives en el cielo si acá has muerto,
Y al despojarte del caduco manto
Dejas de inmortal gloria altos vestigios:
Cual guerrero viviste y religioso
Y has muerto como tal: goza y disfruta
La vista del Señor, alma felice,
Y el galardón recibe de tus obras:
Vive á la fin beato: es nuestra suerte
La que hemos de llorar, nó tu desgracia,
Pues faltándonos tú, nos ha faltado
Tan digno compañero y fuerte apoyo.
Pero si ésta que el vulgo llama muerte
Nos ha privado de un terreno auxilio,
Celeste auxilio puedes impetrarnos,
Ya que en el Cielo entre escogidos moras.
Y pues ya te hemos visto usar las armas
Que los mortales úsan en la tierra,
Esperamos ahora ver que emplées
Todo el favor divino en favor nuestro.
Estas súplicas oye, y nuestros males
Acorre: por tu medio haz que obtengamos
Victorias, y en tu nombre tiernas gracias
Yremos á rendir al santo templo."

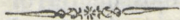
Así decía: y ya la noche oscura
Del Sol los rayos estinguido había:
Y el paliativo de enojosas penas
Treguas concede al sentimiento y llanto.
Mas el Caudillo que espugnar los muros

Sin instrumentos bélicos no puede,
De dónde habrá madera, y con qué arbitrios
Máquinas haga, piensa, y duerme poco.
Á par del Sol levántase, y la pompa
Fúnebre quiere acompañar él mismo.
Á Dudon de olorosos acipreses
Erigieron la tumba al pie de un cerro
Que estaba de allí cerca; y por sobre ella
Sus ramas tiende una elevada palma.
Allí fue colocado; y á este tiempo
Los sacerdotes cantan los sufragios.
De las ramas acá, y alla pendían
Insignias, y mil armas diferentes
Que él apresó en acciones mas felices
Á la persiana gente, y á la asiria:
Su coraza y arnes cubren el tronco:
Aquí yace Dudon, despues escriben,
Todos honrad á Campeon tan grande.
Despues que hubo asistido Godofredo
Á tan piadosa obra; al bosque envia
Del egército todos los obreros
Con una escolta de soldados buena.
Oculto entre unas quiebras está el bosque,
Y á los cristianos lo enseñó un asirio.
Allí á cortar los materiales fueron
De máquinas que el muro no resiste.
Al trabajo unos á otros se animaban,
Y á hacer al bosque desusado ultrage
Por el cortante acero caén truncados.
La sacra Palma y el silvestre Fresno,

El fúnebre Cipres, y el Pino, y Roble;
La hojosa Encina, el Haya, el Abeto alto,
Y el Olmo esposo, á quien la vid se enlaza
Y con tortuoso pie se eleva al Cielo.
Otros cortan Carrascas, Tejos otros
Que el vestido mudáran ya mil veces,
Y el embate mil veces de los vientos
Han resistido, y domeñado su ira;
Y en rechinantes ruedas otros cargan
De Enebro y Cedro copas olorosas.
Al rumor de armas y de voces dejan
Las fieras y las aves cueva y nido.

FIN DEL TERCER CANTO.

CANTO CUARTO.



Mientras que en obras tales se afanaban
Por que úso pronto de ellas debe hacerse,
El comun enemigo de los hombres
Con cárdeno ojo los cristianos mira;
Y al ver que están alegres y contentos
Sus labios de furor y rabia muerde,
Y cual herido Toro, el dolor suyo
Mugiendo y suspirando lanza fuera.
En su negro pensar está forjando
Medios de destruir los fieles todos;
Así; manda á su pueblo que se junte
Y un consejo celebre en su palacio,
¡Como si fuera tan pequeña empresa
Resistir del Altísimo la mente!
Necio! ¡que al igualarse al cielo, olvida
El terrible tronar de Dios airado!
Llama á los habitantes de tinieblas
El ruido ronco de tartarea trompa:
Retiemblan las cavernas denegridas,
Y el aire opaco á tal rumor retumba
Con mas fragor que en la superna esfera
Flagrante rayo que despide el cielo.
Presto en tropel los Dioses del abismo

A sus puertas concurren elevadas.
Ay! Cuán horribles y disformes vienen!
Cuánto en sus ojos de terror y muerte!
Estampan unos su pisar cual fieras,
Y en frente humana cabellera ruda
De enroscadas serpientes vedijada:
Batiendo ván atrás inmensa cola
Que cual látigo mueven y la anudan.
Mil inmundas Arpias allí vieraís,
Mil Centauros, Gorgónidas y Esfinges;
Y voraces Escilas ladrar muchas,
Y ahullar las Hidras y silvar Pythones;
Quimeras vomitando fuego oscuro,
Geriones, y horrendos Polifemos;
Y de no vistos, é inauditos monstruos
Con fiero aspecto multitud estraña.

Unos á izquierda, á la derecha otros
Asiento toman ante el Rey impío.
Pluton en medio se sentó, y su diestra
El áspero y pesado cetro empuña.
No háy escollo en el mar; ni alpestre roca,
Ni aun el Calpe, ni Atlante el elevado
Que ante él parezca mas que un bajo risco:
¡Tanto descuellan su cabeza y astas!
Hórrida magestad en faz adusta
Con mas terror le torna mas soberbio:
Sus encendidos venenosos ojos
La vista tienden cual cometa infausto:
Su barba cubre y el belloso pecho
Áspera y enredada cabellera;

Y cual profundo y sucio sumidero
De negra sangre llena abre la boca.
Como sulfúreos é inflamados rios
Que arroja el Mongibelo en trueno hediondo;
Tal de la horrible boca, eruptos negros
Salían y pestíferas centellas.
El Can Cervero mientras él hablaba
Sus ladridos suspende, y la Hidra calla:
Todo queda en reposo, hasta el Cocyto:
Y estas palabras retumbar se oyeron:
«Númenes infernales: muy mas dignos
De morar sobre el Sol dó es vuestro origen,
Que aquí conmigo dó el horrible caso
Arrojó á estas cavernas tenebrosas:
La fiera indignacion, y otros recelos
Sábense bien, y nuestra gran empresa:
Él á su arbitrio las estrellas rige,
Y por rebeldes álmás se nos juzga.
En vez del dia puro y despejado,
Del aureo Sol, del círculo de estrellas;
Por este oscuro abismo circunscritos
Ni á nuestro antiguo honor tornar podrémos:
Y ademas: oh! cuán dura es su memoria!
Esto es lo que acrecienta mi martirio!
Al hombre vil, de vil fango formado
Á los bellos asientos le convida:
Y aun no se contentó, que á cruda muerte
Por causarnos mas daño entregó el Hijo.
¡Vino, y rompió del Tártaro las puertas!
Y en nuestro reyno osó sentar la planta,

Y almas tantas ya nuestras arrancando
Al cielo se llevó presa tan rica,
Triunfando vencedor; y á mas afrenta
La enseña tremoló del vencimiento.

»¿Mas á qué renovar estos dolores?
Habrá quien no haya oído nuestra injuria?
Ni cuándo, ó en qué forma cesado haya
Ni por solo un instante de ultrajarnos?
Pero en lo ya pasado no pensemos;
Pensemos solo en la presente ofensa.
He! ¿qué no veis como es su intento ahora
Convertir á su culto el mundo todo?
¿Y qué; en el ocio el tiempo pasarémos
Sin que tan digna causa nos conmueva?
Sufrirémos pacíficos que aumente
Su pueblo fiel las fuerzas en el Asia?
Que á Judéa subyugue, y que su nombre
Se propague y estienda entre estas gèntes?
Que otras lenguas le alaben, y otros versos,
Y en bronce y nuevos mármoles se grave?
Que arrojen nuestros ídolos por tierra;
Que nuestras áras cambien por las suyas?
Que á él solo se le rindan holocaustos
Y el incienso, y el oro, y mirra ofrezcan?
¿Donde un templo jamás se nos cerraba,
No halle camino nuestra industria abierto?
Que de almas tantas el tributo usado
Falte, y mi reyno despoblado quede?

»Nó: no será esto así: aun conservamos
Aquel valor y espíritu primero.

Cuando inundados entre fuego y sangre
Contra el celeste imperio combatimos
Vencidos, es verdad, fuimos entonces;
Mas fue virtud el pensamiento solo:
Fue del mas venturoso la victoria,
Nos quedó, empero, del intento el lauro.
»¿Mas en qué nos paramos? Compañeros
Marchad; pues sois mi apoyo y brazo fuerte.
A oprimir á los reos id veloces,
Antes que cobre su poder mas fuerzas;
Antes que del ebréo el reyno abraze
Esta creciente llama se amortigüe.
Entrad entre ellos, y en su extremo daño
Engaños ni trabajo se perdone.
Mi voluntad se cumpla: únos dispersos
Vaguen errantes; muertos queden otros:
Otro herido de amor con honda llaga,
Una mirada, una sonrisa adore.
El hierro tórne contra sí el rebelde
Ejército que en bandos se divida:
Destruýase y perezca el campo todo,
Y que ni rastro de él quede siquiera.”
No esperan los espíritus rebeldes
Que el fin de estas palabras pronunciase:
Antes volando á ver van las estrellas
Saliendo de la oscura y negra noche.
Cual retumbosas torvas tempestades
Que las grutas dejando dó nacióron,
A oscurecer el cielo, á hacer la guerra
Vienen de tierra y mar al grande reyno;

Presto abriendo las álas de ambos lados
Por el mundo se vieron esparcidos,
Y á fabricar engaños comenzaron
De mil especies, y á egercer sus ártes.

¿Mas dime Musa tú, cuales los daños
Primeros son que hicieron á los fieles?
Tú bien lo sabes, cuando aquí no llega
Mas que un leve rumor de hazañas tales.

En Damasco reinaba y sus contornos
Idróate famoso y noble mago,
Que desde tierna edad al arte magia
Dedicádose habia nada en balde:

No empero adivinar con su gran ciencia
De aquella guerra pudo el fin incierto,
Por mas que consultó todos los astros,
Y hasta el infierno mismo, y nada supo.
Juzgó pues éste (oh! ¡ciega humana mente,
Cuan vanos son tus juicios y fallidos!)

Que al invencible egército de francos
Le preparaba el Cielo un fin funesto,
Y al Egipcio creyó que destinaba
La victoriosa palma de la empresa.

Quiso por tanto, que su pueblo entrase
A la parte con él de tanta gloria:

Mas por que el valor franco conocía,
De sangrienta victoria el daño teme,
Y vá pensando el arte con que pueda
Enervar el poder de los cristianos,
Para que á menos costa de su gente
Y de la egipcia puedan ser vencidos.

Pensando estaba en esto, cuando llega
Con el fin de aguijarle el Ángel malo:
Éste le dá consejos, y aun los medios
De hacer fácil la empresa que intentaba.

La mas rara beldad de oriente todo
Es sobrina del Rey; y á sus hechizos
Y naturales gracias agregaba
Del árte de la magia el saber todo:
Llámalas pues el Tío, y le confía
Su intento, y quiere que ella tome parte.

»Sobrina amada, dice, tú que escondes
Bajo rubio cabello y tierno rostro
En sabio pecho corazon de un héroe,
Y en la magia me escedes á mí mismo;
Sabe, que á un gran proyecto has de ayudarme
Que si te empeñas tú, lo doy por hecho.
La tela has de teger que está ya urdida
Por este viejo astuto. Al caso vamos:
Vete al campo enemigo, y allí empléa
Todo árte femenino que amor inspire:
Mezcla á los ruegos un meloso llanto,
É interrumpen tu hablar suspiros tiernos.
La hermosura llorosa y desgraciada
Gana los corazones mas feroces:
Con la vergüenza la osadía encubre,
Y haz que la astucia sencillez parezca:
Puede que prenda en Godofredo el fuego
De tus miradas dulces y palabras,
Y enamorado llegue á fastidiarle
La comenzada guerra, y que desista:

Pero si nó; seduce á los mas bravos
Y á dó nunca mas vuelvan los conduce.
Diole consejos mil; y al fin le dice:
"Todo es lícito hacer por la fé y patria."

Soberbia Armida con su gran belleza
Y con las gracias de la edad y el sexo,
Acomete la empresa; y una tarde
Por senda poco hollada salió sola,
Confiada en vencer armadas gentes
Con su atractivo y femenino ropage.
Varias voces de intento se esparcieron
Sobre la causa ó fin de su partida.
Pocos dias despues, la hermosa llega
Á donde están las tiendas de los francos.
Al ver llegar beldad tan estremada
Se oyó un mormullo, y la miraban todos
Cual de no vista estrella, ó de un cometa
Que brilla su fulgor en noche oscura.
Por verla se apresuran, inquiriendo
Quien podrá ser, y el fin de su venida.
Argos no vió jamas, Chipre, ni Delos
Belleza igual ni adornos con mas arte:
Su cabellera es de oro, y blanco velo
Transparente la muestra, ó no la cubre,
Como en sereno cielo el Sol se mira,
Ó por cándida nube se trasluce,
Y al verse de ella libre, con mas brillo
Despliega en torno sus flagrantés rayos.

Riza el cabello suelto el aura blanda
Que ya con gracia ensortijó natura:

Miradas no prodiga, por que quiere
Tener de amor ocultos los tesoros:
Fino color de rosa en sus megillas
Entre el marfil se esparce y se confunde;
Pero en la boca donde Amor respira
Sola se ostenta y mora allí la rosa.
La descubierta nieve el pecho muestra
Donde el fuego de amor se nutre y prende;
Deja una parte ver, y la otra encubre
Como envidioso el delicado trage,
Y aunque á la vista estorva de celoso,
Vuela amoroso el pensamiento libre,
Que no bien satisfecho en lo que mira,
Los ocultos secretos considera.
No de otro modo que el cristal ó el agua
La luz penetra sin causarles daño;
Por entre el manto, osado el pensamiento
En la vedada parte se introduce:
Por ella se difunde; allí contempla
Todas las maravillas una á una,
Y el corazon se inflama y el deseo
Cuando lo que allí ha visto le describe.

Entre aplausos Armida y entre obsequios
Penetrar por la turba se veía,
Y en su interior celebra aunque lo oculta,
Los felices anuncios de su empresa:
Cuando el paso suspende; y quien la guíe
Procura, al General; Eustaquio viene,
Que de Bullon el príncipe es hermano:
Cual mariposa incauta vueltas daba

En derredor de la beldad que brilla,
Y mirarla quería mas de cerca,
Mientras modesta baja ella los ojos.
Como en la yesca el fuego prende al punto
Que se le arrima, en él prendió la llama,
Y atrevido le dice; pues le alientan
Lozana juventud y amor ardiente.

»Ó tú muger, ó ángel; pues en nada
Á lo que hay en la tierra te pareces:
Ni hay una hija de Adán á quien el Cielo
Con tan fulgente luz haya adornado;
¿Que buscas por aquí? de donde vienes?
Cuál venturosa suerte aquí te guía?
Hazme saber quien eres, no equivoque
Los honores; sabré si he de postrarme.»

Ella responde: »Mucho tú exageras
El mérito de prendas que no tengo.
Mortal, Señor, no solo es la que miras,
Sino es viva al penar, al placer muerta:
Á este lugar me trae mi desventura.
Doncella fugitiva y peregrina
Recurro á Godofredo; en él confío:
¡Tanto la fama su bondad ensalza!
Haz que yo hable á Bullon, si cual parece
Tienes un alma noble y compasiva.»
Y él le dice: »Razon es que un hermano
Te presente al hermano y te proteja.
Vienes bien dirigida bella jóven;
Tengo con él favor no muy escaso:
Contar podrás con cuanto pueda, y valgan

Ya el cetro suyo y ya la espada mia."

Calla; y á dó Bullon entre los héroes
Se oculta un tanto al vulgo, la conduce:
Reverente le acata; y despues queda
Como cortada sin decir palabra;
Pero el rubor le quita y los recelos
El Guerrero, y la ánima y la consuela.
Entonces ella cuenta mil engaños
En tan dulce decir que el alma roba.

»Príncipe invicto, dice, cuyo nombre
Vuela adornado con hazañas tantas,
Que las naciones todas, y los reyes
Tienen á gloria el ser por tí vencidos,
Y hasta tus enemigos te suplican,
Y te aman, y se acogen á tu amparo.
Yo pues nacida en religion distinta,
Que has abatido y destruir intentas,
Espero recobrar mi fé y el cetro
De mis mayores por la mano tuya.
Ásí como otros el socorro imploran
Contra el extraño á los parientes propios,
Yo por que en estos la piedad no encuentro
Contra mi sangre apelo al enemigo.
Á tí clamo, en tí espero; sí: tú solo
En la altura de donde fí arrojada
Colocarme podrás: tu fuerte diestra
Sabe unos elevar y aterrar otros:
Ni el lauro de piedad se aprecia menos
Que el brillante triunfar de los contrarios;
Y si has podido destronar á muchos;

Reponerme en mi reino es igual gloria.
Mas si mi fé diversa te moviere
Á despreciar mis súplicas humildes,
La justa causa por que á tí me acojo
Tampoco es justo abandonada quede,
Testigo es aquel Dios que á todos rige,
De que obra mas laudable no ha de hacerse:
Mas por que sepas todo; estame atento,
Oirás mi desventura y maldad de otro.

»Hija soy de Arbilan rey de Damasco,
Que de Cariclia bella, como esposo,
Heredó el reino; pues la suerte suya
Nacer no le hizo de tan alta esfera.
La muerte de mi madre al nacer mio
Casí le precedió; porque en el punto
Que ví la luz primera, fue el postrero
En que ella respiró sobre la tierra.
Pero apenas un lustro era pasado
Desde que la perdí, cuando mi padre
Tambien voló á buscarla al alto Cielo.
Al cuidado dejome y la tutela
De un hermano que amó con celo extraño,
Y si un humano pecho fiel se hallára
De esta eleccion pudiera ir satisfecho.

»Éste pues gobernaba el reino mio
Con tanto esmero, por mi bien mirando,
Que de íntegro en extremo cobró fama,
Y de que amor paterno me tenía.
Ora ocultase su intencion perversa
Bajo la capa de un fingido celo,

Ora que ingenuo su cariño fuese
Por querer con su hijo desposarme.

Crecimos á la par, y él nunca quiso
Urbanidad saber ni arte ninguna.

Cosa nueva no había ó estrangera

Que la viese jamas ni aun la escuchára:

Á un féo aspecto un alma baja unía

Y un corazon soberbio y ambicioso;

En sus maneras y costumbres todas

No hay otro tan grosero que le iguale.

Con este extraño monstruo en matrimonio

Mi buen Tutor resuelto había unirme,

Y el reino y lecho que con él partiese.

Mas de una vez bien claro me lo dijo:

Procuró persuadirme con palabras,

Con maña seducirme y con engaños;

Pero jamas oyó un sí de mi boca,

Ántes lo repugné muy á las claras.

»Salióse un dia al fin con fiero ceño

Que el corazon perverso descubría:

Bien la futura historia de mis males

Me pareció en su frente escrita verla.

Mi nocturno reposo desde entonces

Siempre turbado fue de horribles sueños,

Y un terror ominoso impreso en mi alma

Presagio infausto de mis daños era.

»Mi Madre en yerta sombra de continuo

Pálida y triste á mí se presentaba.

Ay! cuán distinta ya de la que un tiempo

Del retrato que he visto fuera el tipo!

Huye hija, me decia, muerte acerba
Te amenaza; de aquí vete al instante;
Tósiglo y hierro en daño tuyo solo
Véo aprontar al pérfido Tirano.
¿Mas qué importa, ay de mí! que del peligro
Cercano el corazon me previniese,
Si indecisa al tomar este consejo
Ligábame el temor en mi edad tierna?
Vivir del patrio suelo desterrada,
Abandonar mi reino sin amparo,
Tan duro me era, que sentía ménos
Cerrar los ojos donde vine á abrirlos.
Bien temía la muerte; mas no osaba
¡Quien lo creyera! huir para librarme:
Ni descubrir queria mis temores
Por que fuera acortar mis tristes dias.
Inquieta de este modo y turbulenta
Arrastraba mi vida en tal martirio,
Cual réo que en su cuello por instantes
Que el cuchillo descargue está esperando.
»En tal estado; ó bien benigna suerte;
Ó que á mas padecer me reservase;
Uno de los ministros de la corte
Á quien mi Padre el Rey criado había,
Me reveló que la hora de mi muerte
Por órden del Tirano era llegada,
Y que al cruel él mismo había ofrecido
Darme en el dia aquel, mortal veneno.
Díjome luego que alargar mi vida
Tan solo con la fuga era posible;

Y pues que auxilio alguno yo no hallaba;
Él por sí se ofrecia á socorrerme:
Y tanto me alentó, que ya animosa
Depuse del temor las fuertes trabas
De modo que dispuse mi partida
Para con él huir de patria y Tío.

»Llegó la noche, mas que otras oscura
Para encubrirnos con sus negras sombras,
Así oculta salí con dos doncellas
Que en mi adversa fortuna me seguían,
Tornando en pos á los paternos muros
Bañados del llorar mis tristes ojos,
Que apenas al partir saciarlos pude
De mi natal terreno con la vista.
Andaban una via el pensamiento
Y los ojos; y el pie mal de su grado
Iba adelante; así como la nave
Que improvisa tormenta la arrebató
De la querida playa.

»Aquella noche
Anduvimos y todo el otro día
Por donde humanas huellas no se hallaban:
Llegamos á la fin á un gran castillo
Que á los confines se halla de mi reino;
De Aronte es el castillo, y es Aronte
Quien me libró del riesgo y me dió auxilio.

»Apenas el traidor con nuestra fuga
Sus perversas idéas vió frustradas,
Que con nosotros dos enfurecido
La misma culpa suya nos imputa,

Y hacernos réos quiso de aquel crimen
Que egecutar conmigo él intentaba.
»Dijo, que sobornar atentó Aronte
Á quien mezclase en su manjar veneno,
Á fin de no tener por muerte suya
Quien sobre mi conducta vigilase,
Para dejar correr á rienda suelta
Mis lascivas pasiones y deseos.
Oh! sacra honestidad! ¡que ardiente rayo
Antes que á tu ley falte me consuma!
Que ambicion de oro, y sed tuviese á un tiempo
De mi inocente sangre, me es muy duro;
Pero mi honor que mancillar quisiera,
Mas que otra cosa me es insoportable.
Cobarde! que temiendo al pueblo junto,
Justificarse con calumnias quiere,
Para que la ciudad en tales dudas
Contra él no se arme y en defensa mia.
Ni por verse en mi trono, y que su frente
La ciña ufano mi real corona,
Fin pone á mi deshónra y á mis daños,
Que aun mas allá le lleva su fiereza.
Abrasar amenaza en su castillo
Si entregarse no quiere al triste Aronte;
Y á mí ay mezquina! y compañeras mias
Guerra declara y muerte y mil estragos.
Dice que lavar quiere con mi sangre
La afrenta que he causado á su persona,
Y reponer en el honor antiguo
Mi familia real, y el mismo solio.

Pero este es el temor de que no pierda
El cetro que tirano me ha usurpado;
Pues sobre mi ruina erigir quiere
Firme de su reinado el edificio.

»Este fin, sí, tendrán los insidiosos
Intentos que el tirano se ha propuesto:
Su fiera saña saciará en mi sangre
Sin que ablandarla pueda el llanto mio,
Si no lo impides: Gran Señor; acorre
Á esta huérfana jóven sin ventura:
Y estas lágrimas que hoy tus plantas riegan
De derramar mi sangre me preserven.
Por estos piés que huellan los soberbios,
Por esta mano que al caído ampara,
Por tus victorias, y los templos sacros
Que has auxiliado y auxiliar procuras,
Mi causa no abandones, te suplico:
Que tu piedad mi reino y vida guarden;
Y aun tu piedad en vano es implorarla
Cuando el derecho y la razon me asisten.

»Tú á quien el cielo concedió la gracia
De desear lo justo, y poder tanto;
Salvar mi vida; y para tí mi reino,
Pues te lo cedo, conquistar pudieras.
Concédeme de un número tan grande
Diez de tus fuertes héroes que me sigan;
Teniendo de mi padre los amigos
Y el pueblo fiel, con solos ellos basta.
Uno de aquellos que en secreta puerta
Está encargado franquearla ofrece,

É introducirnos en palacio mismo
Al favor de la noche, y solo pide
Que de tí solicite algun socorro
Por pequeño que séa, que en el fía
Mas que en un gran refuerzo de otra parte.
¡Tanto tu gente estima y nombre tuyo!”

Dijo y calló: y la respuesta espera
En actitud de suplicar callando.
Sumergido en mil dudas Godofredo
Por corto rato se quedó indeciso.
De bárbaros engaños recelaba
Que quien á un Dios le falta, falte á un hombre:
Su innata compasion por otra parte
Le conmovía el generoso pecho.
Ni sola la piedad que le es tan propia
Movíale á acceder á sus instancias,
Si no es el interés: pues le está á cuenta
Que en el imperio de Damasco reine
Quien dependiendo de él les diera paso,
Facilitára el curso á sus designios,
Y de armas gente, y oro proveyera
Contra el egipcio, y liga que formára.

Mientras dudoso está, y fijos al suelo
Los ojos tiene; la Doncella hermosa
Observándole estaba de hito en hito:
Y al ver que mucho en contestarle tarda,
Angustiada suspira y temerosa.
Nególe al fin Bullon lo que ella pide,
Y con cortesania le responde:

“Si en servicio de Dios que así le plugo,

Nuestras armas aquí no se empleasen,
Fundáras bien en ellas tu esperanza.
De hallar mas que piedad socorro fijo:
Pero si ésta su grey, y aquesos muros
En libertad primero no ponemos,
Desmembrar nuestro egército no es justo
Para alcanzar mas cierta la victoria:
Mas bajo mi palabra te prometo,
Y está segura de que nunca falta,
Que apénas de vil yugo substraigamos
Esta santa ciudad de Dios querida,
Á reponerte en tu perdido solio,
Como la piedad dicta, volaremos;
Porque impiedad sería, si mis armas
De este servicio á Dios hora apartase."

La Doncella bajó sus bellos ojos,
Y conmovida los fijó en la tierra;
Luego arrasados los levanta y dice,
A las quejas uniendo el tierno llanto:

»Mísera! ¿Á quién el cielo habrá prescrito
Vida mas infeliz, ni mas constante,
Que hasta natura trueca y mente en otro
Por no mudarse en mí mi infausta suerte?
No hay esperanza! ya me quejo en vano.
¡Á un pecho tierno mi gemir no mueve!
¿Podré esperar tal vez que mis lamentos
Que tú desprecias al Tirano ablanden?
Mas no te acuso á tí de impío y duro,
Por que me niegas tan pequeño auxilio;
Al cielo sí, que de él mi mal descende;

Pues tu piedad inexorable torna.
No tú, Señor, no es este tu carácter,
No niegas tú el socorro, es mi destino;
Crudo destino! ¡Suerte infausta y dura,
Acaba ya esta vida que aborrezco!
¿Aun no estabas contenta con robarme
Mis dulces padres en su edad lozana,
Si no que despojada de mi reino
Cual víctima al cuchillo me destinas?
Y pues ley del decoro me prohíbe
Que aquí mas largo tiempo permanezca;
¿A donde iré entre tanto? ¿dó ocultarme?
Contra el Tirano qué refugio busco?
Lugar cerrado no hay bajo del cielo
Que á él no esté abierto: ¿pero en que me paro?
Si es imposible el evitar la muerte
Yo iré á buscarla por mi mano propia.”

Asi dijo; y en regias nobles íras
Su altiva vista pareció encenderse.
El pié volviendo, de partir dá muestras
Con aire de tristeza y de despecho:
No interrumpido llanto la agitaba
Cual de ira nace y de dolor mezclado,
É hiriendo el Sol sus lágrimas hermosas
Ser de cristal ó perlas parecían;
Sus mejillas del vivo humor bañadas
Que hasta el fin del ropage iba corriendo,
Rojas y blancas flores asemejan
Que rociador turbion las ha regado
Cuando el albor primero las saluda,

Despliegan ellas su encogido caliz,
Y el alba que las mira, y que con ellas
Su cabellera prende, ufana sale,
Pero este claro humor que gota á gota
Su bella cara adorna, y albo seno,
Cual fuego obraba, pues saltando oculto
De pecho en pecho rápido prendía.
¡Oh prodigios de Amor! que las centellas
Del llanto nazcan, y agua siendo abrasen!
Su poder siempre ostenta sobrehumano
Pero es mayor valiéndose de Armida.

El fingido dolor, lágrimas ciertas
Derriamar hace, y enternece á todos:
Á par de ella se afligen, y exclamaban:
De una Tigre preciso es que mamase;
Le engendrará en los Alpes dura peña,
Ú onda fria del mar que espumas forma.
Cruel! que á tal beldad no oye y disgusta!
Pero el jóven Eustaquio, en quien el fuego
De amor y compasion es mas ardiente,
Mientras dura el mormullo de unos y otros,
Pasa adelante, y habla con denuedo:
»Ó tú hermano y Señor; tan arrimado
Á la primera idéa de tus mientes,
Que á la opinion comun que ruega y clama
Algun tanto mas blando no te muestras:
No digo que los príncipes que tienen
El cargo de regir la gente suya
Vuelvan atras el pié, sin que los muros
De esta ciudad sitiada se conquisten;

¿Mas de nosotros siendo aventureros
Sin propia obligacion que aqui nos ligue,
Por qué no has de poder diez defensores
Nombrar de la razon y la justicia?
Del servicio de Dios no es apartarlos
Si la inocencia virginal defienden;
Y al cielo gratos son unos despojos
Que se ofrecen por muerte de un tirano.
Cuándo la utilidad no nos moviese
Que de esta empresa deberá seguirse,
Es una obligacion de la órden nuestra
Amparar las doncellas desvalidas.
Ah! ¡No permita Dios, se diga en Francia,
Donde el valor y cortesía reinan,
Que trabajo y fátiga hemos huido
En ocasion tan justa y tan piadosa!
Yo por mi parte de loriga y yelmo
Me despojo; no quiero indignamente
Ceñir la espada, ni montar caballo
Ni ya el nombre usurpar de caballero."

Así decía: y á una voz clamaron
Los caballeros todos de la órden,
Aprobando su dicho; y suplicaban
Rodeando á Bullon, que lo conceda.

«Cedo, dijo él entonces: me convence
La multitud de tántos que lo exigen:
Lleve el poco socorro que ha pedido
No por mi voto, por el vuestro solo.
Pero si Godofredo de fé os debe
Algun tanto: enfrenad vuestros afectos."

Solo esto dijo; y fue lo muy bastante
Para que le tomasen la palabra.
¿De una hermosa el llorar que no consigue?
Y en amorosa voz palabras dulces?
Cadena es de oro que de bellos labios
Se desliza y las almas aprisiona.

Llámalas Eustaquio, y dícele: suspende,
Jóven hermosa, todo sentimiento;
El socorro tendrás en el instante
Cual lo has pedido, y tu temor deséa.
Serena entonces sus turbados ojos
Armida, y tan risueña dejó verse,
Que enamoró con su belleza al cielo
Y con el rico velo se enjugaba.
Luego les dió las gracias con dulzura
Por la merced que habian alcanzado:
Que la haría saber al mundo entero
Les dijo, y que jamas la olvidaría.
De lo mas que espresar no puede el habla
Muda elocuencia fue su grato aspecto;
Y así ocultó bajo semblante falso
Otras idéas que ninguno advierte.

Viendo ésta de su engaño que al principio
Favorable fortuna se le muestra,
Antes que cambie de semblante, quiere
Llevar al fin su depravado intento,
Y hacer con faz risueña y dulce modo
Mas que Circe y Medéa con sus artes;
Y con voz de Sirena á sus acentos
Adormecer las mas insomnes mientes.

De todo ardid se vale la Princesa
Para en su red prender amantes nuevos;
Ni con todos, ni siempre de un semblante
Se mantiene, ántes bien mucho varía:
Ya con rubor sujeta sus miradas,
Ya con vivacidad vagar las deja;
Las fija en uno, las retira de otro
Segun los vé en amor túbios, ó ardientes.

Si advierte alguno que su amor reprime
Por timidez ó ser desconfiado,
Una mirada muelle le dirige
Con semblante festivo y halagüeno;
Sus tímidos deseos fortifica
De este modo, y alienta su esperanza,
É inflama su pasion, y desvanece
La nieve que engendraban sus recelos.
Á otro mas atrevido y que se escede
De amor descomedido concitado,
Economiza dichos y miradas,
Para infundir respeto y reverencia;
Pero por entre el ceño de su frente
Traslucir deja de piedad vislumbres,
Para que su esperanza no fenezca,
Ántes mas se apasione al verla altiva.

Tal vez á un lado separada y sola
Con la actitud demuestra y el semblante
Pena y dolor; y de continuo el llanto
Á sus ojos asoma y le reprime;
Y con astucias tales, á que lloren
Mil simplecillas álmás las obliga,

Empapando en piedad de amor las flechas
Para de muerte herir los corazones.
Tal vez como apartando estas idéas,
Cual si esperanza nueva la animára,
Torna y habla otra vez á los amantes,
Y su faz de alegría adorna y viste,
Brillar haciendo cual radiante Febo
Su festivo mirar, y risa hermosa
Por nubes del dolor densas y oscuras,
Que dentro de su pecho alimentaba.

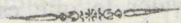
Mientras con habla dulce, y dulce risa
Los sentidos embarga de ambos modos;
De todo pecho el ánima arrebatá
Que en placeres tamaños no está ducha.
Oh! ¡Crudo Amor: tú abrigas igualmente
Agenjo y miel que pródigo repartes!
É igualmente mortal en todo tiempo,
La medicina y males nos envías.
Con tan contrarias cosas; red y fuego
Risa y llanto, temores y esperanza,
Estiende su dominio, y en sus lazos
La engañadora jóven coge á muchos;
Y cuando alguno en balbucientes voces
Una declaracion se atreve á hacerla,
El language de amor no entender finge
Y aparenta el candor de una zagala:
Ó en sus ojos mostrando avergonzarse,
De honestidad se adorna y se reviste,
Ocultando la nieve frescas rosas
Que por su cara vienen á sembrarse;

Cual se muestra la aurora en la mañana
Al despuntar sus encendidos rayos;
Pues de la indignacion y la vergüenza
Sale junto el color y es mas subido:
Pero si la intencion ántes conoce
De aquel que su pasion decirle quiere,
Ya se aparta; de él huye, y ya procura
Tiempo de hacerle hablar, ya se le quita:
Con mentida esperanza le entretiene
Un dia entero, y á la fin le deja,
Cual cazador que de la fiera el rastro
Que en el dia siguió, pierde á la tarde.

Este fue el arte dó furtivamente
Mil y mil álmás atraerse pudo:
Estas las armas son con que vencía,
Y en fuerza del amor esclavizaba.
¿Será pues de admirar que al fiero Aquiles
Prendiese Amor, y á Alcides, y á Teséo,
Si á los que por Jesus la espada ciñen
Aprisiona en sus lazos el impío?

FIN DEL CANTO CUARTO.

CANTO QUINTO.



Mientras empeña así los caballeros
 En su engañoso amor la astuta Armida;
 Ni el número ofrecido solo espera
 Si no furtivamente otros llevarse;
 Godofredo se encuentra embarazado
 Para nombrar los diez de aquella empresa,
 Por que en la multitud de aventureros
 El mérito y deseos son iguales:
 Pero mas cuerdamente al fin dispone
 Que entre sí mismos uno ellos elijan,
 Que al gran Dudon suceda en el comando,
 El cual los diez guerreros nombrar deba.
 De este modo evitaba que ninguno
 Pueda quejarse de él, y al mismo tiempo
 Hacerles ver que en grande estima tiene
 El egregio escuadron de aquellos héroes.
 Júntalos pues á todos, y les dice:

»Oido habeis mi parecer vosotros;
 Que era, no el de negar á la Princesa
 El socorro; si es darle á mejor tiempo:
 De nuevo lo propongo, y tal vez hora
 De vosotros será tambien seguido,
 Que en este mundo vario é inconstante,

Constancia puede ser mudar de idéa:
Mas si juzgais aun que se degrada
El honor vuestro huyendo de ese riesgo,
Ó si á menos valer lo que es prudencia
Tiene vuestro valor; jamas séa dicho
Que aquí os detengo contra el gusto vuestro,
Ni de lo concedido me retracto:
El mando que me dais sobre vosotros
No ha de ser duro si no blando y dulce.
Que os vayais ú os quedeis estoy contento
Con tal que en ello hagais lo que os agrade;
Mas quiero que ántes del difunto Gefe
Nombreis un sucesor que os mande y rija,
Y que los diez elija á su albedrío;
Con tal que de este número no esceda,
Que así lo mando, y que se cumpla quiero
Sin que escederse de ello esté en su arbitrio."

Así dice Gofredo, y el hermano
Consintiéndolo todos le responde:

»Invicto General: cual te conviene,
Esta prudencia lenta y previsiva,
Así en nosotros el valor y esfuerzo
Prendas deberán ser indispensables,
Y la madura reflexion sería
Lo que en uno virtud, vileza en otros.
Ya pues que en ello poco se aventura
Y ganarse, sin duda, puede mucho,
Con tu permiso irán diez elejidos
Con la Doncella á tan honrosa empresa."

Así concluye, y con tan falso engaño

Procuraba encubrir su llama ardiente;
Y los otros tambien bajo la capa
Del honor su pasion tienen oculta.
Pero el jóven Bullon que está mirando
Celoso un tanto de Sofía al hijo,
Cuyo valor en delicado rostro
Conoce bien, y con envidia admira;
No le quiere tener por compañero,
Y sus celos inspíranle una idéa
Del modo como puede separarle;
Y así le habló con lisongero tono:

»Ó tú de un grande padre el mayor hijo,
Que tanto esfuerzo á tierna edad allegas:
¿Del valeroso cuerpo de quien parte
Nosotros somos, quien será Gefe hora?
Yo que á solo Dudon famoso y bravo
Por respeto á su edad viví sujeto:
Yo de Gofredo hermano, ¿á quien mi voto
Deberé dar si en tu favor no fuere?
Tú á quien ninguno escede en la nobleza,
Y aun en la gloria y hechos me aventajas,
Ni en las batallas inferior creerse
Desdeñara el mayor de los Bullones;
Solo á tí en fin por gefe es á quien quiero.
Ni ser campeon debes de esta Dama,
Ni créo que tú cures de una gloria
Cuyos hechos verá la oscura noche,
No faltará ocasion, dó aqui se emplée
Con mas brillante fama el valor tuyo;
Yo me encargo de hacer que al alto puesto

Te eleven los demas, si tú accedieres:
Mas no habiendo resuelto todavía
Ir yo á la empresa, ó bien quedar contigo,
Cuando lo pida quiero me concedas
Con Armida marchar, ó bien quedarme."

Eustaquio dijo; y las postreras voces
Con bastante rubor las profería,
No pudiendo ocultar su llama ardiente.
Sonriose Reynaldo, y como apénas
Le habían penetrado el debil cutis
Las saetas de Amor, cuidaba poco
De que siguieran otros la Doncella,
Ni de ser él nombrado, ó de no serlo.
La muerte acerba de Dudon gravada
En su idéa le ocupa solamente,
Y de vengarla el insaciable anhelo
En el audaz Argante: mas con todo,
Aquel hablar en que al honor brillante
Y al elevado puesto le convida,
Al jóven corazon agrada un tanto;
Oír sus alabanzas le complace
Y así responde:

»Yo los altos grados

Quiero mas merecer que conseguirlos;
Y aunque ni solicite ni pretenda
Del mando el vano incienso; no por ello
Deja de serme en gran manera grato
El honor que me dás, y en mucha estima
Tengo el que juzgues, soy del primer puesto
Por mi valor y mis virtudes digno.

Así es que ni lo pido, ni rehusó;
Mas si soy gefe irás con la Princesa."

Eustaquio le dejó, y se fue volando
A preparar el ánimo de todos.
Pretendía Gernando aquel empléo,
Y aunque de amor herido se sintiera,
Muy mas fuerte el orgullo le aguijaba
En su gran vanidad y mente altiva,
Del gran Rey de Norvegia es descendiente
Que de muchas provincias tuvo el mando;
Tantas coronas pues, y regios cetros
Del padre y los abuelos le engreían.
Sus propios hechos solo aprecio el otro,
No los que hicieran los mayores suyos,
Aunque fueron muy grandes en la guerra
Sin que en la paz ménos ilustres fuesen.

Gernando empero, bárbaro, que mide
Por la estension de sus dominios, y oro
De la virtud el precio, y la desdena
Cuando de regia estirpe no dimana,
Sufrir no puede que en lo que el desea
Se ponga á la par suya al jóven héroe,
Y estas idéas le atormentan tanto,
Que el gran furor de la razon le priva.
Tal del Aberno espíritu maligno
Que espacioso camino abrir procura,
Se introduce en su pecho ocultamente,
Le adula en su pensar, y le exaspera
Mas y mas la ira que le tiene, y odio;
Y en su interior á todas horas hace

Una voz resonar que así le dice:

»¡Reynaldo en competencia entra contigo!

¿Dó los héroes están de quien descende?

Contar podrá, cuando á igualarte aspira

Tributarios ó esclavos por mayores.

¿Cuales sus cetros son? he! que compare

Sus ya finados con los vivos tuyos:

Es mucho atrevimiento en quien se mira

En Italia la esclava haber nacido.

Que él lo consiga, ó nó, ganará siempre

Por solo entrar contigo en competencia.

¿Qué dirá el mundo al ver que el orgulloso

Quiere igualarse con Gernando ilustre?

Si podía tal vez engrandecerte

El noble grado que Dudon tenía,

Ahora es ya mengua tuya el obtenerle,

Pues le degrada estotro con pedirle

Y aunque hay quien de esto ni habla ni respira

No faltará por tanto quien lo sienta.

¿Cómo creer que allá en el alto cielo,

Al ver esto Dudon esté tranquilo?

Mira al soberbio, temerario y vano

Que despreciando está su edad madura,

Y su mérito grande; y que inesperto

Con él quiere igualarse siendo un niño.

Sí: lo intenta y pretende; y aun obtiene

Elogios mil en vez de su castigo,

Y hay quien se lo aconseja y quien le anima,

Oh vergüenza comun! y quien lo aplaude.

Pero si Godofredo consintiese

Que lo que á tí es debido el te usurpára
Jamás debes sufrirlo; ántes bien véa
Cuánto tu poder es, y quien tú eres."

Al grito de esta voz se enciende en ira
Como el hachon que al viento se sacude:
Mas no cabiendo en su preñado pecho
Por los ojos rebienta y audaz lengua.
Vitupera en Reynaldo cuanto juzga
Digno de reprension, y lo publica.
Soberbio y vano le figura, y llama
Loca temeridad al valor suyo.

Cuanto en él de magnánimo y erguido
Y de ilustre y escelso se ostentaba;
Todo con maña y artificio tuerce
Y lo convierte en reprensibles vicios:
Mas con tanto descaro lo decía
Que el Caballero su rival lo sabe;
Ni por esto Gernando se contiene
En el infausto hablar contra Reynaldo,
Que el espíritu malo que le influye
Y una por una sus palabras dicta,
Hácele renovar á cada paso
Los injustos ultrages, y le aumenta
Pábulo mas al encendido pecho.

En el campo un distrito hay espacioso
Dó á los torneós júntase y la lucha
De guerreros un número escogido;
En medio pues, allí, de un gran concurso
Por su desgracia, al jóven insultaba,
Y cual aguda envenenada flecha

Con su lengua infernal le zahería;
Cuando Reynaldo, que lo estaba oyendo,
Sin poder reprimir mas la ira suya:
Mientes, grita, y se arroja hácia él furioso
En su diestra blandiendo el limpio acero:
Su voz un trueno pareció; y su espada
Relámpago que anuncia el rayo ardiente.
Tembló estotro mirando inevitable
La cruda muerte de que huir es mengua
En la presencia de tan gran concurso;
Ántes haciendo de esforzado alarde,
Espada en mano á su enemigo aguarda
En actitud osada de defensa.

Mil espadas se ven brillar á un tiempo
De los que alli se hallaban, y querían
Contener su furor cerrando el paso.
Un confuso rumor el aire puebla,
Como resuena en las algosas playas
De las óndas y el viento el son mezclado.

Nada de esto contiene del Guerrero
Tan injuriado el ímpetu y las íras;
Desprecia airado obstáculos y voces,
Y arrojado aspirando á la venganza,
Por hombres y por armas penetrando,
Su fulminante espada abre camino,
Y arrollando á dos mil llegó al contrario.
Con diestra mano en medio de su furia
En la cabeza y pecho, y otras partes
Con ligereza tal intenta herirle,
Que la vista y el arte no alcanzando,

Descubierto le encuentra, y cruda herida
Dió al mísero Gernan de una estocada.
Otra vez y otra sumergió el acero
En el pecho infeliz de aquel cuitado,
Que al fin cayó sobre la acerba llaga
Lanzando el alma por diversas bocas.

Á la vaina tornó la enrojecida
Espada, y más allí no se detiene,
Partiendo ya tranquilo y sosegado,
Puesto que á su placer tomó venganza.
El bullicio á Gofredo atrajo al punto
Que vió el triste espectáculo de pronto:
Vió á Gernando tendido, y sangre mucha
Destilando el cabello; el manto sucio,
Sudado y cadavérico el semblante:
Los suspiros oyó, quejas y llanto
Que por la muerte del Guerrero había.
Atónito pregunta, quien osado
Á las leyes del campo faltar pudo.
Arnaldo del difunto íntimo amigo
El caso cuenta, y le agravó al contarle.
Que le mató Reynaldos, éste dice,
Mas del furor que de razon movido;
Y que la espada que por Cristo ciñe
Contra un campeon suyo ha profanado,
La autoridad ajando de Gofredo,
Menospreciando el público decreto,
Y que es réo de muerte por las leyes
Debiendo por las mismas castigarse;
Ya porque es grave de por sí el delito,

Y ya por cometido allí en el campo;
Que si indultado de este crimen fuera,
Otros su egemplo audaces seguirían
La venganza tomando por su mano
Que á los jueces tan solo es reservada;
Y partidos brotáran y discordias.
Del difunto los méritos recuerda,
Y á mover tira á lástima y encono.
Mas Tancredo se opuso y contradijo
Haciendo de su causa ver lo justo.
Gofredo le oye, y con su serio aspecto
Mas que esperanza inspira mil temores;
Pero añade Tancredo:

»Ten presente,
Sabio Señor, quien es Reynaldo, y cuales
Son sus hazañas que de honor le cubren,
Cual es su clara estirpe, que es de reyes;
Que de Güelfo es sobrino: ah! los que reinan
No han de juzgar con igualdad á todos:
Segun la graduacion varía el yerro;
La igualdad solo es justa con iguales."

»Desde el mas alto, el General responde,
La ley hasta el mas bajo le comprende.
Mal consejo es: Tancredo, tú procuras
Que en plena independenciam el grande viva.
¿Cual mi imperio sería, si á la plebe
Mi autoridad tan solo se estendiera?
Tan impotente y vergonzoso mando,
Si con tal ley me es dado, no le quiero:
Mas libre se me dió, y ha de observarse

Sin que sus facultades nadie acorte.
Yo sé muy bien como se debe, y cuando
Las penas imponer y dar los premios,
Y en qué casos tampoco será justo
La menor distincion hacer de nadie."

Asi decía; y este no responde

Sus dichos acatando reverente:

Reymundo imitador de la severa

Rígida antigüedad los aplaudía.

»De este modo, prosigue, el que bien manda

Se ha de hacer respetar de sus vasallos;

Que es contra toda disciplina buena,

Que el delincuente en vez de su castigo

Perdon hallar de su delito espere:

Sin el temor ruinosa es la clemencia."

Estas palabras pronunció, y Tancredo

Sin mas oír ni detenerse un punto,

Sobre un bruto que al viento mismo escede

Vuela ligero á dó Reinaldo estaba;

El cual despues que á su enemigo fiero

Quitó la vida, se marchó á su tienda,

Donde Tancredo le encontró; y de todo

Cuanto pasó le informa por estenso

Y aun dijo mas:

»Si yo por el semblante,

Del hombre la intencion sacar debiera,

Que de su pecho en lo interior existe,

Me atreviera á afirmar, que Godofredo

Cual un réo comun prenderte quiere."

Sonrióse Reynaldo; y con el rostro

En que la indignacion siguió á la risa:
»Entre prisiones su razon defienda
Quien fuere esclavo, dice, ó deba serlo:
Libre nací, viví, y moriré libre
Antes que á un lazo pié, ni mano entregue.
Solo á la espada y palma acostumbrada
Nudos no admite viles esta diestra.
Sí recompensa tal á mis servicios
Piensa darme Bullon, y aprisionarme
Como si hombre del vulgo fuera; y quiere
Á una pública carcel conducirme,
Venga él, ó envíe; aqui esperarle quiero,
Decidirán las armas y la suerte.
Una horrible tragedia ofrecer piensa
Para su diversion al enemigo.”

Dijo: y pidió las armas; y de acero
Finísimo adornó cabeza y busto.
Del gran escudo el fuerte brazo carga,
La vencedora espada al flanco ciñe;
Y el semblante magnánimo y augusto
Brilla cual suele en las lucidas armas;
Como cuando del quinto cielo Marte
De hierro armado y de furor descende.

Tancredo en tanto su feroz enojo
Calmar con todo empeño procuraba.
»Jóven invicto, dice, al valor tuyo
Empresa no hay que pueda ser difícil:
Entre las armas siempre y los horrores
Mas seguro tu espíritu se encuentra;
Pero no plegue á Dios que en daño nuestro

Con tanta crueldad hoy se egercite.
¿Que intentarás hacer? querrás tus armas
Amancillar con sangre de los fieles?
¿Y con heridas criminales suyas
Á Jesus ofender, pues son sus miembros?
¿De un pasagero honor respetos vanos
Que cual ólas del mar vienen y espiran
Podrian mas en tí que la fé y ansia
De la gloria del cielo sempiterna?
Ah! nó por Dios, nó; véncete á tí mismo;
De tu mente feroz quita esa idéa:
Cede, nó por temor, por celo santo
Que en esto estriva tu suprema gloria;
Y si en mi poca edad tomar egemplo
Quisieres, yo tambien fuí provocado,
Y me contuve, y no quise contienda
Por haber de tenerla con los fieles.

»Habiendo yo tomado la Cilicia,
Y de Cristo arbolado el estandarte;
Llegado Baldovin, con modo indigno
Este Reyno ocupó, y se hizo dueño;
Pues que al mostrarse verdadero amigo
No pude maliciar su ambicion ciega.
No empero con las armas recobrarle
Quise jamas, aunque tal vez pudiese.
Mas si aherrojado verte rehusares
Y tienes por bageza las prisiones,
Del mundo la opinion siguiendo en ello,
Que en las leyes de honor esto reprueba;
Déjame aquí que ante Bullon te escuse

Y con Boemundo á Antioquía vete,
Donde estarás sin duda bien seguro
Mientras que pasa el ímpetu primero.
Presto veras (en cuanto del Egipto
Ó de otra parte armas paganas vengan)
Que muy mas claro tu valor extremo
Se mostrará mientras estes lejano.
Tan enervado el campo ha de mirarse
Cual de una mano ó brazo falto un cuerpo."

En esto, Güelfo llega; y aprobando
Esta opinion, quiere que al punto parta.
A sus consejos la altivez esquivada
Del atrevido jóven se doblega;
Y á dejar se conviene en el momento
El egército. Estándose aprontando
Júntase allí de amigos grande turba
Que acompañarle quieren con empeño:
El lo agradece, y toma solamente
Dos escuderos, y á caballo monta.
Parte: y consigo de alma gloria lleva
Un ardiente deséo que le aguija
Á magnánimos hechos desusados:
Entre enemigos, ó Cipres ó Palma
Por la fé que milita lograr quiere;
Recorrer el Egipto, y llegar donde
Fuera de ignoto origen corre el Nilo.

Pero Güelfo, despues que el bravo jóven
Pronto á partir le dió su despedida;
Sin detenerse allí, se fue volando
Á donde piensa hallar á Godofredo;

El cual, como le vió dijo en voz alta:

»Preguntaba por tí, Güelfo, ahora mismo,
Y en este instante de mandar acabo
Que á varias partes á buscarte fueran."
Hace en seguida retirar á todos
Y continúa así con tono grave:

»Ó Güelfo; tu sobrino ciertamente
Se ha dejado arrastrar de ira escesiva;
Y en mi concepto no podrá disculpa
De tal hecho encontrar que le indemnice:
Plácido á mí me fuera que la hallase;
Mas Godofredo es juez igual con todos,
Y del derecho justo en todos casos
El primer defensor, guardando siempre
El corazon esento de pasiones.
Reynaldo empero si á violar el bando,
Que honra en lo mas la disciplina nuestra,
Se vió obligado, como algunos dicen,
Á disculparse ante nosotros venga;
Que venga libre, y esto es cuanto puedo
Por su mérito hacer que esté en mi mano.
Mas si tal vez su condicion altiva
Que conozco muy bien le detuviere,
Tú conducirle debes, procurando
Que no se empeñe en precisar á un genio
Pacífico y tranquilo á que las leyes
Haya de vindicar hasta el extremo."

Así decía; y Güelfo le responde:
»Cuando de infamia esenta se halla un alma
Y escucha sus ultrages, no es posible

Que á sangre fría esté sin rechazarle;
Y si por ello el injuriante muere,
¿Quien puede á la ira justa poner tasa?
¿Quien con la ofensa medirá los golpes
Mientras de la reyerta el ardor dura?

»Mas lo que quieres, que á tu arbitrio venga
A someterse el jóven y escusarse,
Siento que ser no pueda; que muy lejos,
Sin detenerse aquí, se fue del campo:
Pero á probar me ofrezco y con la espada,
Que es injusto cualquiera que le acuse,
Ó si de lengua alguno hay tan maligna
Que diga no haber sido justamente
Castigado el insulto y los denuestos.
Con razon digo, que al erguido Hernando
La cima holló de su soberbio orgullo,
Solo, si erró, fue en olvidar el bando:
Esto es lo que me pesa y que no apruebo.”
Calló y Gofredo dice:

»Errante vaya
A suscitar pendencias á otra parte,
Que yo no quiero aquí que tú armes otras:
Acábase por Dios toda disputa.”

De procurar en tanto su socorro
La engañadora pérfida no cesa
De dia suplicaba y se valía
De todo su árte, ingenio, y hermosura;
Mas cuando ya estendiendo el manto negro
Cerraba en el ócaso al Sol la noche,
Con sus dos dueñas y escuderos ambos

Se retiraba éntonces á su tienda.
En sus maneras diestra es y en astucias,
Y en gentileza artificiosa mucho;
Bella en extremo, y tanto, que no puede
Otra el cielo formar que á ella le esceda.
Ásí del campo á los guerreros héroes
Prendido había en lazo indisoluble.

No empero á Godofredo con sus artes
Pudo ligar en sus amantes lazos:
En vano pues le ataca, y con mil gracias
Quiere atraerle á la amorosa vida,
Que cual Alcon que estando satisfecho
No abate el vuelo aunque comida véa;
Él desprecia placeres mundanales,
Por áustero camino al cielo sube,
Y cuantas asechanzas cauteloso
Árma Amor, inútiles son todas.
Ni hay obstáculo alguno que ser pueda
De lo que Dios mandado le tenía
Bastante á distraerle un solo punto.
Probó en mil modos, y distintas formas
Cual Protéo ofrecérsele á la vista,
Y amor despierto dó tranquilo él duerme
Sus gestos son en vano y sus maneras.

La hermosa que pensó los corazones
Mas castos abrasar de una mirada
Oh! ¡cuánto de altivez y orgullo pierde!
¡Y cuánto en vista de esto padecía!
Sus fuerzas revolver al fin resuelve
Donde halle resistencia ménos dura;

Cual general que inespugnable plaza
Deja cansado y pónelo á otra sitio.
Pero á las armas de ella, de Tancredo
El corazon no es ménos invencible;
Y es que en su pecho otra pasion domina
Que á otro deséo alguno no dá entrada;
Pues como de un veneno otro preserva
De otro amor un amor liberta á veces.
Solo estos dos resisten, que en los otros
Poco ó mucho prendió su ardiente fuego.

Aunque ella siente que el designio suyo
Á su placer del todo no saliera;
Tan noble presa al fin habiendo hecho
De tantos héroes, se consuela en parte;
Y ántes que de sus fraudes se aperciban
Piensa á parte llevarlos mas segura
Dó con otras cadenas los sugete
De las que hora los tienen, bien diversas.
Como el término ya fuese llegado
De darle algun socorro Godofredo,
Se le presenta reverente y dice:

»Pasó el dia, Señor, que señalaste;
Si el pérfido Tirano acaso oyese
Que había recurrido yo á tus armas,
Sus fuerzas preparára á la defensa
Y la empresa sería ménos fácil:
Ántes que esta noticia, pues, le lleve
Bién de la fama voz, ó algun espía,
Escoja tu piedad de los mas bravos
Algunos pocos que conmigo vengan.

Si mira el cielo con benignos ojos
De los mortales la inocencia pura,
En mi trono seré restituida
Y mis tierras seran tus tributarias.”
Así decía, y á los dichos suyos
Lo que otorgó Gofredo le concede;
Aunque instando ella tanto en su partida
A la eleccion veíase obligado,
Y de los diez cada uno con instancias
Ymportunas nombrado ser quería;
Con cuya emulacion que había entre ellos
El nombramiento mas difícil era.
Viendo sus corazones á las claras,
De nuevo ardid intenta ella valerse.
De celos quiso por el flanco entrarles,
Temores y sospechas inspirando;
Pues sin tal aliciente bien sabía
Que es tibio y lento amor andando el tiempo;
Cual corredor fogoso que es mas tardo
Si otro no le acompaña en la carrera.
En modo tal sus dichos y miradas
Halagüenas dirige y dulces risas,
Que apenas hay quien de otro no recele;
Mas vá el temor á la esperanza unido.
La delirante turba de amadores
Por una hermosa astuta fascinados,
Ya sin reparo á su pasion dan rienda,
Y en vano el General los reprendía.
Deséa á todos contentar á un tiempo
Sin demostrar parcialidad alguna;

Aunque algun tanto de ira y de vergüenza
Al ver sus devanéos se reviste;
Mas viendo al fin que estan tan obstinados,
Muda de parecer con mas cordura

»Pónganse, dice, todos vuestros nombres
En un vaso y decidalo la suerte.»
Al punto se egecuta, y en una úrna
Escritos los encierran y los mezclan.
Sacose uno á la suerte, y fue el primero
Artemidoro el conde de Pembrozia;
Leyóse luego de Gernando el nombre;
Y salió despues de este Vencesláo,
Que si ántes grave y sabio; hora canoso
Quiere ser niño, y es anciano amante.

!Cuánto el placer en el semblante y ojos
Resalta de estos tres; pues la fortuna
Tan propicia á su amor se manifiesta!
Temor se vé, y aun celos en los otros
Cuyos nombres quedaban en el vaso,
Y están pendientes todos de la boca
De aquel que vá sacando y vá leyendo.
El cuarto salió Guasco, y en seguida
Rodulfo y Olderico, y á estos siguen
Guillermo, Roncillon, el bravo Ebrardo
El bávaro, y despues el franco Enrico:
El último de todos fue Rambaldo
Que enémigo de Cristo vino á hacerse,
¡Tanto pudo el amor! y completó éste
El número de diez que es prefijado.

De envidia, celos, é ira enardecidos

De injusta y cruda á la fortuna acusan;
Y acusan al Amor por que consiente
Que ésta séa el juez árbitro en su imperio.
Mas de la humana mente por instinto
Lo que se priva incita mas al hombre,
Y así á pesar de la fortuna misma
Seguir á Armida aquella noche intentan:
Resuelven no dejarla á Sol ni sombra,
Y por ella esponer sus propias vidas.
Con sus maneras ella y sus palabras
Y con suspiros tiernos los empeña;
Y se queja con unos y con otros
De que es fuerza partir y ellos quedarse.

En este tiempo ya los diez guerreros
De Godofredo armados se despiden;
Él amonesta de por sí á cada uno,
Y que es la fé pagana les advierte
Muy poco de fiar: tambien les dice,
Cómo librarse de asechanzas deben;
Mas sus palabras las llevaba el viento
Despídelos al fin; y la Doncella
Partió sin esperar la nueva aurora.
Marcha la vencedora, y los rivales
Cual prisioneros que al triunfar preceden
Consigo lleva, y entre penas deja
Á los demas amantes sumergidos:
Mas llegada la noche, que en sus alas
El silencio y el sueño conducía,
Por el amor guiados con sigilo
Muchos de Armida las pisadas siguen.

Sale Eustaquio el primero, y puede apénas
Las sombras esperar que tráe la noche,
Cuando vá presuroso á dó le guía
Un ciego conductor por ciegas sombras.
Errante anduvo en la serena noche;
Mas luego que alumbrando alma luz sale,
De Armida el pavellon junto á sí mira,
Dó una aldéa les dió nocturno alvergue.
Veloz hacia la enseña se dirige;
Pero apénas Rambaldo le conoce
Que en alta voz pregúntale á qué viene.

»Vengo á seguir á Armida, le responde,
Y en mi tendrá, si acaso no le enfada,
El mas pronto socorro y fiel servicio.”
»¿Y á tanto honor; replica el otro, dime,
Quien te nombró?” y el dice: » Amor tan solo:
Amor me eligió á mí, y á tí fortuna;
¿Qué elector es legítimo de entrambos?”
Dice Rambaldo entonces: »No te valen
Ni ese título falso ni tus mañas.
De la real Doncella nunca puedes
Con guerreros legítimos mezclarte.”
»?Y quien, replica ya enfadado el jóven,
Me lo podrá impedir?” Yo, dice el otro,
Y al decirle se avanza algunos pasos;
Y con aire no ménos iracundo
Tambien se mueve Eustaquio y de atrevido:
Pero estiende la mano y se interpone
La Tirana entremedias de sus íras;
Y al uno dice: »Ah! ¿Sientes se aumente

Un camarada á tí y á mí un guerrero?
¿Si tú mi bien quisieras, me priváras,
En indigencia tanta de este auxilio?"
Y volviéndose al otro: »Á tiempo llegas
De poder defender mi fama y vida;
Ni exijo yo razon, ni es bien desdeñe
Compañía tan noble y de tal fama."
Mientras estaba hablando; uno tras otro
Iban llegando nuevos campeones,
Que por distintas vías se juntaban
Sin saber uno de otro: él con gran ceño,
Y ella con gozo grande los recibe,
Y que en ellos confia les demuestra.

Al descubrir el Sol su primer brillo,
Bullon de su partida es informado;
Y su ominosa mente parecía
De algun futuro mal mucho afanarse.
Presentase á este tiempo un mensajero
En polvo envuelto, y sin aliento y triste,
Y como portador de amargas nuevas,
Que en su semblante su dolor explica,
Y así dice:

»Señor; presto en las mares
La grande escuadra se verá de Egipto.
Este aviso Guillermo el comandante
De las ligurias naves te dirige;
Y aun hay mas, añadió, que de la escuadra
Vituallas al campo conduciendo,
Los camellos cargados, y caballos
Interceptados fueron en su ruta,

Muertos sus defensores, ó cautivos
Todos peleando sin salvarse alguno;
Que por frente en un valle, y retaguardia
Los asaltaron Árabes bandidos;
Cuya osadía y número es tan grande
De esos errantes bárbaros, que inundan
Como un diluvio la campaña toda
Sin que obstáculo alguno los contenga.
Conviene, pues, que á intimidarlos vaya
Un buen destacamento; y que asegure
El camino muy bien, que de la orilla
Del mar de Palestina al campo viene."

De boca en boca en un momento corre
Esta noticia y se divulga mucho;
Y un gran temor en los soldados todos
Difúndese en virtud de estos rumores.
El sabio General, que el ardimiento
De otras veces en ellos no descubre,
Con su alegre semblante y sus palabras
Darles firmeza, y consolarlos quiere.

»Ó vosotros que afanes, dice, y riesgos
Connigo habeis acá y allá pasado,
Guerreros del Señor, que en su fé santa
Á reparar el daño habeis nacido:
Vosotros que á la astucia griega, al persa
Montes y mares, y en invierno lluvias
Del hambre el padecer, y de las sedes
Todo vencisteis; ¿y temeis ahora?
¿Con que el Señor que nos dirige y mueve,
Como en casos mas árdulos ya se ha visto,

No os tranquiliza? Acaso os ha dejado
De su potente mano y vista pía?
Cerca está el dia, en que habéis gozosos
De estos afanes, dando á Dios las gracias.
Mostráos, pues, magnánimos os ruego
Y á prósperos sucesos reserváos."

Con razones como estas consolaba
Y leda faz las tímidas idéas:
Mil cuidados empero allá en su pecho
Le oprimen en extremo y martirizan.
Cómo alimentar pueda sus soldados
En la escasez y carestía piensa,
Cómo batir la escuadra; y cómo freno
Pueda poner al árabe bandido.

FIN DEL CANTO QUINTO.

No es transmutar? Acaso os ha debido
 De su potente mano y vista pias
 Cerca está el día, en que habéis porcos
 De estos almes, dando á Dios las gracias
 Mostrados, pues, magnánimos os ruego
 Y á propósitos serios reconvos.
 Con razones como estas consolaba
 Y leda las las finidas libas:
 Mil cuidados empero allá en su pecho
 Le oponen en castano y maritimo.
 Como alimentar pueda sus soldados
 En la casa y en la cocina
 Como hallar la escudera y como hacerlo
 Pueda poner al mundo al mundo.

FIN DEL CUARTO QUINTO

CANTO SEXTO.

Por otra parte á la sitiada gente
 Esperanza mejor guia y conforta,
 Que amas de las vituallas acopiadas
 Al favor de la noche otras llevaron;
 Y de armas fornecieron, é instrumentos
 De guerra las murallas hácia el norte,
 Que ya mas altas, solidas y espesas
 No mostraban temer golpes ni embates.
 El Rey por todas partes de continuo
 Hace elevar y reforzar los flancos:
 Bien que el sol los alumbre; ó las estrellas
 Blanquéen con la luna el cielo oscuro
 En constituir se afanan armas nuevas,
 Y sudan los artífices cansados.

Mientras están en esto; al Rey, Argante
 Preséntase impaciente, y así le habla:

»¿Hasta cuándo estaremos tras los muros
 En vil asedio y lento recludos?
 Sobre el ayunque repetidos golpes
 Oyendo estoy, dó forjan á porfía
 Escudos, y corazas, y viseras;
 Mas no las véo usár; y los bandidos,
 Campos y pueblos á su salvo talan;

Ni entre nosotros hay quien los contenga,
Ni hay trompa nuestra que su sueño turbe:
Nadie al comer perturba su sosiego
Ni en sus alegres cenas los molesta,
Y así los dias y las noches pasan
Con gran tranquilidad, y sin temores.
Por la escasez sereis y hambre forzados
Á entregaros al fin andando el tiempo,
Ó á perecer aquí como cobardes
Si de Egipto el socorro un tanto tarda.
Yo en cuanto á mí, no quiero que una muerte
Ignominiosa mi memoria cubra;
Ni de puertas adentro que otro dia
Con su alma luz el nuevo Sol me alumbre.
Haga la suerte de la vida mía
Lo que está decretado allá en el cielo;
Nunca será que sin obrar mi espada,
Sin gloria ni venganza yo perezca,
Mas cuando al fin vuestro valor antiguo
De tal modo se viese amortiguado,
Que de morir pugnando no hagais cuenta;
Querreis la vida alménos, y aun la palma.
En busca del contrario, y nuestra suerte
Salgámos pues unidos y resueltos;
Que casi siempre en el mayor peligro
Es el mejor partido el mas osado,
Pero si en el valor tal vez no fias
Ni aventurar la guarnicion te atreves,
Procura alménos que entre dos guerreros
De este asedio la suerte se decida;

Y para hacer que mas gustoso acepte
El Gefe de los francos nuestro duelo,
Dejar que elija á su placer las armas,
Y que á su arbitrio condiciones dicte;
Que si dos manos mi enemigo tiene,
Y una alma sola, aunque atrevida y fiera,
Temer no debes que si yo desiendo
De tu razon la causa se perdiese;
Porque ni el hado, ni fortuna misma
De una entera victoria han de privarme:
Y esta diestra que ves, es signo cierto
De estar tu reino en salvo, si en mí fias."

Calla; y responde el Rey: »Jóven fogoso;
Aunque en edad me ves grave y anciana,
Ni al hierro se rehusan estas manos,
Ni alma tengo tan baja y perezosa
Que quisiera morir infamemente,
Sino es muerte obtener gloriosa y grande,
Cuando tuviese yo el menor recelo
De esos males y el hambre que tu anuncias;
Pero Dios no permita tal infamia.
Lo que con arte pues á otros oculto
Quiero á tí revelar, y hacer patente.
Soliman de Nicea, que anelando
Sus ofensas vengar, reunidas tiene
Desde el pais de Libia árabes tropas
Que andaban vagarosas y esparcidas;
En la noche asaltando al enemigo,
Darnos socorro espera y provisiones;
Puede que llegue pronto; y si entre tanto

Subyugadas se ven nuestras aldeas
Caro les estará mientras mi imperio
Y mi real palacio yo conserve.
Mitiga tu hora en parte esa osadía,
Y otra ocasión mas oportuna aguarda
En que consigas gloria y que me vengues."

Indígnase el altivo Sarraceno
Que era de Soliman émulo antiguo,
Y mucho se incomoda, porque tanto
El Rey su amigo de él se prometía.

»Á tu arbitrio, responde, ó guerra, ó paces
Puedes hacer, que yo á nada me opongo,
Yá estés pasivo, ó al Niceno esperes:
Defienda el tuyo quien perdió su reino.
Mírale tú como del cielo enviado
A libertar esta pagana gente,
Que yo por mí, bastar pienso á mí mismo,
Y esta mano no mas ha de librarme.
Reposen los demas; que yo pretendo
Bajar al llano á singular batalla
Como un particular no á causa tuya."

»Aunque la ira y la espada, el Rey replica,
Á mejor úso reservar debieras;
Sin embargo, á que retes si te place,
Algun guerrero franco no me opongo."

Así le dijo: y él sin detenerse,
Dicele á un mensajero: »Al campo baja,
Y á presencia de todos dile al Gefe;
Que un caballero, el cual tiene á gran mengua
Tras de este fuerte muro estar oculto,

Con las armas desea hacer patente
Cuan superior la fuerza es de su diestra;
Y que está pronto á presentarse á un duelo
En el llano qué está entre el muro y campo,
Para allí hacer de su valor alarde,
Y al mas valiente franco desafia:
Ni que solo con uno está contento,
Que á otro emplaza despues, y aun otros muchos,
Séan de baja estirpe, ó de alta esfera.
Que dé, si acepta, salvaguardia; y sirva
Al vencedor el que vencido quede
Segun la antigua usanza de la guerra."

Así le manda; y vístese éste al punto
De su dorada purpurante cota;
Y así que á la presencia hubo llegado
Del príncipe Gofredo y otros héroes:
»¿Dais, pregunta, señor, á un mensagero
Licencia para hablar publicamente?"
Y Bullon le responde: »Concedido,
Y sin temor declara tu embajada."

»Ahora, replica el otro, bien se puede,
Ya os séa grata, ó formidable os séa."

Y en seguida relata el desafío
Con palabras magníficas y altivas,
Bramaban de corage al escucharle
Los feroces guerreros que allí estaban;
Y en el momento el pío Bullon dice:
»Muy árdua empresa intenta el Caballero;
Pronto causa tendrá de arrepentirse
Con el primero que á batirse salga.

Venga seguro pues de todo insulto
Que libre yo le ofrezco todo el campo,
Y de mis campeones sin ventaja
Saldrá alguno á reñir: así lo juro."

Calla: y vuelve el Heraldo á su viage,
De su venida hollando las pisadas,
Y hasta dar la respuesta al Circasiano
El paso acelerado no detiene.

»Ármate, dice, gran Señor, ¿que esperas?
El desafío aceptan los cristianos;
No solo el mas valiente, si no el ménos
Animoso deséa ya batirse.

Yo ví miradas mil amenazantes
Y mil espadas empuñar á un tiempo:
Te ofrece el General campo seguro,
Y en honor de sus armas lo ha jurado."

Ármase en el momento, é impaciente
Á bajar se apresura á la campaña.

Dijo á Clorinda el Rey, que estaba junto:

»No es justo salga él, y tú te quedes,

Y así, contigo mil de nuestras tropas

Puedes llevar para resguardo suyo;

Pero á reñir, que él solo se adelante,

Y tu gente contén algo apartada."

Calló esto dicho: y luego que se armaron,
De lo cerrado al campo abierto salen.

Argante los precede, y del usado

Arnés todo el caballo vá cubierto.

Entre el muro y trinchera hay un parage
Sin que alto alguno, ni hondonada tenga

Ancho y capaz, y cual de intento hecho,
Á imitacion del gran campo de Marte.
Allí, solo bajó, y aperebióse
Á la vista del campo el fiero Argante,
Que en alma grande, en cuerpo, y en pujanza
Soberbio y fulminante el rostro muestra,
Cual Encelado en Flegra, ó bien cual vióse
El colosal Sanson en Terebinto.

Muchos hay sin embargo, que ignorando
Su estremado poder nada le temen.

El pío Godofredo todavía

No há elegido el mejor en tantos buenos;
Aunque en Tancredo todos de hito en hito

Fijado habían con afan la vista,

Declarando ser él el mas perfecto,

Aun entre los mejores que allí estaban;

Confírmalo el mormullo que se oía,

Y el General lo aprueba con sus ojos.

Cede el mas esforzado, y no se oculta

Cual el ánimo es de Godofredo:

»Marcha, le dice, á tí salir permito,

Y de ese audaz reprime la jactancia.”

Él con cara de júbilo, y gozoso

Por verse el campeon de tal empresa,

Caballo y armas pide á su escudero:

Con séquito muy grande sale al campo

Y cerca del gran llano, donde Argante

Le espera, todavía no llegaba;

Cuando de rostro hermoso y peregrino.

La gran Guerrera ofrécese á su vista:

Blanco muy mas que nieve en cumbre de Alpes,
Era su arnes, yalzada la visera
De su rostro tenía, y en un alto
Todo el gallardo cuerpo se veía.

Ya Tancredo ni vé dó el fiero Argante
Al cielo enhiesta su espantosa frente,
Mueve sí su caballo á paso lento,
Los ojos vueltos donde está ella en lo alto:
Luego cual peña se mantiene inmobile
Por fuera hielo, en lo interior hirbiendo:
Solo en verla se goza, y la peléa
Muestras dá de que poco le ocupaba.
No viendo Argante alguno que en su modo
Señales de batirse descubriese:

»El ansia de reñir acá me trajo,
Dijo en voz alta, ¿quién aquí se acerca?»
El otro que está atónito y suspenso,
Ni pára la atencion, ni oirlo indica,
Oton picando su caballo entonces
Quiso entrar el primero en la peléa
Sin poder contener su ardiente anelo
De sus fuerzas probar contra el Pagano.
Á Tancredo cedió; pero venía
Entre los muchos que en su pos salieron,
Y al verle en otra cosa entretenido,
Y estar él al combate preparado,
Quiere impaciente el atrevido jóven
Aprovechar una ocasion tan linda;
Y mas veloz que Tigre, ó que Leopardo,
Que rápido discurre la floresta,

A herir al bravo Sarraceno corre
Que en la otra parte enristra su gran lanza.

En si vuelve Tancredo, y cual de un sueño,
De aquella distraccion al fin despierta,
Y á voces grita: »Tente que yo riño.»
Mas ya el jóven Oton distaba mucho.

Párase al fin, y de íra y de despecho
Dentro se abrasa, y fuera el color sale
Al ver su falta, y por que á mengua tiene
Que otro en la lid primero que él entrára.

En tanto en la carrera, sobre el yelmo
Dió al Sarraceno un bote el fuerte Jóven:
El otro en el encuentro con su lanza
Roto el escudo, horada el coselete.

Cáe el Cristiano; pues el golpe acerbo
Tan recio fué que del arzon le saca:

Pero el Pagano mas membrudo y fuerte
Ni un leve movimiento hace en la silla,

Y con soberbio tono y arrogante
Sobre el caido caballero hablaba:

»Date vencido; y ten á gloria mucha
Que conmigo lidiaste decir puedes.»

Nó: dice Oton, no se úsa entre nosotros
El ánimo rendir tan pronto y armas:

No faltará quien mi caida escuse;

Yo aquí quiero morir, ó he de vengarla.

Á manera de Aleto, ó de Medusa

Llamas lanzar parece el Circasiano.

»Prueba pues, dice, mi pujanza ahora

Ya que la urbanidad despreciar sabes.»



Pica en esto el caballo y todo olvida
Cuanto la ley caballeresca exige;
Huye el Franco el encuentro hurtando el cuerpo,
Y aun le hiere al pasar en el costado,
Pues tan duro fué el golpe, y con tal furia,
Que llegó á ensangrentar el limpio acero:
¿Mas qué: si al vencedor aquesta herida
Fuerza no quita, y su furor aumenta?
Refrena Argante el corredor fogoso,
Y le revuelve con presteza tanta,
Que advirtiéndolo apénas su contrario
De un gran salto sorpréndele de pronto.
Temblar las piernas, decaer las fuerzas,
Perder color, y desmayar el alma,
Causa es todo del golpe, y sin aliento
Dió con su cuerpo sobre el suelo duro.
Encarnizado Argante; sobre el pecho
Del vencido, arrojando su caballo;
»El que es soberbio, grita, así perezca
Como este que á mis pies vencido yace.»

No espera mas Tancredo el invencible,
Que tanta crueldad sufrir no puede,
Y quiere, su valor, con clara enmienda
Que brille mas, y así su falta encubra.
Abanza, pues, gritando: »Alma villana!
Que eres infame en la victoria misma.
¿Qué título de lauro ó de alabanza
De tan inicuo proceder esperas?
Entre los bandoleros del Arabia,
Ó bárbaros así te habras criado.

Huye á ocultarte, y vé allá entre los brutos
Á ensangrentarte en los espesos bosques."

Calla: y poco sufrido aquel Pagano
Los labios muerde y de furor se abrasa:
Responder quiere y suena allá en confuso
Cual bronca voz de un animal que ruge;
Ó cual la nube hiende dó se encierra
El fulminante impetuoso rayo;
No de otro modo sus palabras todas
Tronando salen desde el hondo pecho,
Cuando este amenazar feroz y altivo
En ambos concitó la ira y orgullo;
Rápido el uno, cuan veloz el otro
Los caballos revuelven, y se apartan
Para tomar distancia en la carrera.

Mi voz refuerza aquí, divina Musa;
Inspirame un furor que al suyo iguale,
Versos me dicta de sus hechos dignos,
Y haz resonar las armas en mi canto.

En ristre y direccion los dos guerreros
Ponen los grandes mástiles pesados.
Ni hubo carrera igual jamas, ni bote,
Ni raudo vuelo de liviana pluma,
Ni furia tal, que iguale su investidura
Tanto en Tancredo como el fiero Argante.
Quebráronse en los yelmos ambas astas,
Y astillas mil volaron y centellas.
De aquel golpe al estrépito tan solo
Tembló la tierra, y retumbaba el monte:
Pero el empuje de furor tan grande

Nada conmueve sus erguidas frentes:
Ménos fuertes, empero, los caballos
Á un tiempo caen; aun tiempo se levantan
Los Dioses de la Guerra espada en mano
Abandonando estrivos, y pié á tierra.
Cada cual cautamente al golpe mueve
La diestra; vista al ojo, y al pié el paso
Varias posturas toma en guardias nuevas.
Se revuelven, avanzan, retroceden,
Ya citan á una parte, y á otra tiran;
Y herir se vé donde llamada no hubo:
Ya alguna parte sin cubrir se expone
Queriendo así burlar el árte al árte.
De la espada Tancredo, y del escudo
Mal cubierto al Pagano el lado muestra:
Corre él á herirle, y sin algun reparo
Un costado descuida incautamente:
Tancredo con un golpe el hierro crudo
Del contrario rebate, y aun le hiere,
Reponiéndose en guardia en el momento.
El fiero Argante que se vé empapado,
Y enrojecido con su propia sangre;
Con desusado horror brama y suspira,
De pena y de dolor turbado y loco;
Y del furor y el ímpetu movido,
La espada y voz resuenan juntamente;
Otra vez quiere herirle; y él recibe
Entre brazo y espalda una estocada.
Como en fragosa selva Osa que lleva
Crudo dardo en el flanco, mas se irrita,

Y contra el arma arrójase con furia,
Sin ver el riesgo ni advertir su muerte:
Tal ya indómito y ciego el Circasiano
Á dupla herida allega dupla afrenta,
Y con tal ansia anhela la venganza,
Que no vé el riesgo, y la defensa olvida;
Y añadiendo á un arrojo temerario
Fuerza estremada, é incansable aliento,
Impetuoso tanto el arma esgrime,
Que la tierra y el cielo retemblaban:
No dá lugar al otro á que le tire,
Ni á que se cubra; ni respirar puede,
Ni hay reparo que baste á asegurarle
De la priesa de Argante, y la pujanza.
Siempre en defensa, en vano aguarda el Franco
Que la tormenta de los golpes pase;
Ora acude á los quites; ora diestro
Con cuerdos pasos lejos se retira;
Pero como el Pagano nunca afloja,
Fuerza es que á transportarse por fin llegue;
Y aun mas que el otro enfurecido esgrime
Con mayor violencia el duro acero:
Ya la razon y el árte se abandonan,
Y fuerzas muchas mas el furor presta.
Siempre que el hierro baja, ó parte, ó hiende,
Ó magulla, ó abolla; y golpe en vano
Jamás se tira, y sin terrible efecto.
De armas la tierra llena se veía,
Y de sangre y sudor las armas llenas.
Relámpago en flagrar, trueno en el ruido,

Y rayo en el herir son las espadas.

El un pueblo y el otro estan pendientes
De espectáculo tal, atroz y nuevo;
Y entre esperanza y susto el fin esperan,
Las ventajas y daños observando,
Sin que se deje vér, ni oír se deje
Una accion, ni una voz en gente tanta;
Ni movimiento más hay entre todos
Sino el de palpar los corazones.
Ya cansados estaban: y lidiando
Un prematuro fin los dos tubieran;
Mas cerraba la noche, y tan oscura,
Que hasta lo mas cercano se ocultaba.
Cuando dos reyes de armas, de ambas partes
A separarlos corren, y lo logran,
El franco es Aridéo, Pindoro el otro
Que llevó la embajada, y hombre astuto,
Osan interponer sus caducéos
Entre las dos espadas de los héroes
Con la seguridad que les prestaba
El derecho antiquísimo de gentes.

»Basta, Guerreros, díjoles Pindoro,
De alta gloria los dos quedais cubiertos:
Cese pues la peléa, y no se impida
La quietud de la noche y el reposo;
Tiempo hay de trabajar cuando el Sol luce,
Que paz todo animal tiene en la noche;
Y un corazon guerrero cuida poco
De nocturna victoria que se oculta.”
Responde Argante' »Yo por sombras negras

De abandonar no gusto la batalla;
Pero vereis mas clara mi victoria
Si éste jura tornar mañana al campo."
Dijo entonces el otro: »Si prometes
Volver y conducir tu prisionero,
Me resuelvo á esperar; pues de otro modo
No accedo á dilatar nuestra pelea."
Júranlo así: y eligen los heraldos,
Para la lid seguir, del dia sexto
La mañana, queriendo que tuvieran
Tiempo para curarse las heridas.

Dejó en el corazon de los infieles
La horrible lid gravado, y de los francos
Un asombro y horror que en largo tiempo
De su memoria á separar no aciertan.
Cual de entrambos, discuten de continuo,
Anteponerse deba, y no se avienen,
Y agitados se quedan aguardando
Cual será el fin de la feroz peléa;
Si vencerá el furor al valor mismo,
Ó á la osadía cederá el denuedo:
Pero mas que otro alguno está agitada
La bella Erminia que pendiente mira
Del juicio de Marte al que mas ama.
Ésta pues hija fue del rey Casano,
Cuyo glorioso imperio de Antioquía
Del vencedor cristiano fue despojo;
Y ella quedó cautiva entre otros muchos;
Mas fue tan generoso el buen Tancredo
Que la trató con miramiento grande;

Y en la ruina de la patria suya
Hizo acatarla cual si reina fuera.
La obsequió, la sirvió, y le dió luego
La libertad el Caballero ilustre,
Y le dejó sus joyas oro y plata,
Y todo cuanto tiene en mas estima.
Viendo ella en jóven de tan pocos años
Un bello rostro y prendas de un monarca,
Prendióla amor con lazo indisoluble;
Y aunque quedára en libertad su cuerpo,
Mas y mas queda el ánima cautiva;
Y abandonar la fé muy mas sensible
Al señor caro, y la prision amada.
Pero el real decoro, que no debe
Ser despreciado de muger ilustre;
Á que partiera con su anciana madre
La obligó y refugiarse en tierra amiga.
Vino á Jerusalem, y allí acogiola
Aquel Tirano del pais hebreo,
Donde lloró bien pronto en negros lutos
De la que el ser le dió la suerte infausta:
Pero ni el duelo que causó su muerte,
Ni el destierro infeliz, jamas pudieron
Del corazon quitar su pasion ciega,
Ni una chispa apagar de fuego tanto.
Ama y arde la mísera; y tan poco
En tal estado que esperar le queda,
Que alimenta en su pecho llama oculta
Mucho mas de memoria que esperanza;
Y cuanto mas secreto está y cerrado

Tanto este incendio tiene mayor fuerza.

Á dar color á su esperanza fria

Sobre Jerusalem Tancredo vino.

Desmayan los demas cuando aparecen

Tantas naciones fieras é invencibles;

Ella sereno ya el semblante torvo

Y alegre, recorrió las fuertes tropas,

Con codiciosa vista, al caro amante

Buscando entre las huestes enemigas;

Búscale en vano, y á buscarle torna,

Reconócele al fin, y *allí está!* esclama.

En el real palacio alta descuella

Antigua torre cerca de los muros,

De cuya altura se descubre todo

El egército y monte, y la llanura:

Allí desde que el Sol su luz despliega,

Hasta que ya la noche el manto tiende

Sentada está, sus ojos en el campo,

Y con su pensamiento habla y suspira.

Desde allí vió la lid, y palpitaba

En momento tan crudo el albo pecho;

Como diciendo; aquel es tu adorado

Que en peligro estás viendo de la vida.

Así de angustia llena y sobresaltos

Los sucesos miró de incierta suerte;

Y siempre que el infiel movió su espada

En el alma sintió la herida y golpe.

Cuando oyó al fin lo cierto, y que debía

Esa cruel peléa renovarse,

Desusado temor la agita tanto,

Que en sus venas la sangre helarse siente.
Ora secretas lágrimas derrama,
Y ora suspiros lanza sufocados:
Pálida exangüe, y desmayado el rostro,
Era un retrato del dolor y susto.
Su pensamiento con horrible imagen
Cada instante la turba y desalienta,
Y aun mas que muerte duro le es el sueño,
Que espectros le presenta lastimosos:
Vér, le parece, al Caballero amado
De heridas lleno, ensangrentado, y que oye
Pedirle auxilio; y hállese despierta,
Y en llanto el pecho y ojos empapados.
Ni el temor solo del futuro daño
Es lo que el corazon le martiriza,
Las heridas que él tiene la atormentan,
Y no reposa el ánima agitada;
Pues las noticias falsas que se esparcen
Con la distancia aumentan cuanto dicen,
Y refieren que está casi á la muerte
Por la falta de sangre, y las heridas.

Ella que de su madre hubo aprendido
La secreta virtud de todas plantas,
Y con qué jugo en los heridos miembros
Se curan llagas, y el dolor se temple;
Arte que por usanza allá en su patria
Egércenla las hijas de los reyes;
Quería por su mano las heridas
De su caro Señor que fueran sanas.
Medicinar su amado ella deséa,

Y oblíganla á curar á su enemigo.
De yervas piensa alguna vez malignas
Derramándole el zumo envenenarle;
Pero su mano virginal rehuye
De hacer esta maldad y se contiene.
Deséa alménos que para él las yervas
No tengan la virtud que ella conoce.
Ni entre enemiga gente, andar temía
Que peregrina en otro tiempo anduvo,
Y guerras visto había y mil estragos,
Y pasado una vida incierta y dura,
Tanto que sus temores femeniles
En ánimo viril trocado había,
Y así de pocas cosas ni se turba,
Ni la amedrenta del temor la imágen;
Pero del tierno pecho, sobre todo
El temerario amor le quita el miedo;
Y se creyera entre el veneno y garras
De fieras africanas muy segura.
Pero si no la pone ya en cuidado
La vida suya; pónela el decoro,
Y dentro de su pecho se combaten
Honor y amor, afectos tan contrarios.
Háblale el uno así:

»Ó tú Doncella:
Que mis leyes guardaste hasta este punto;
Yo, mientras eras sierva de enemigos
Puras guardé tu mente y tu persona;
¿Y ahora libre perder quieres el casto
Pudor que conservaste prisionera?

Ah! ¿Quien podrá de corazon tan tierno
Esta idéa arrancar? Ay mí! qué aguardas?
¿Con que el título tú de ser honesta
Has de tener en tan pequeña estima,
Que á nacion enemiga te irás sola
De noche, amante en busca de un desprecio?
¿Á que el soberbio vencedor te diga:
Perdiste el reino, y á una el alma regia?
No eres digna de mí: ¿y te despida
Como muger vulgar no agradeciendo
Ni siquiera el auxilio que le ofrezcas?"
Por otra parte el consejero falso
Con tal lisonja á su placer la ánima:
»Tú, tierna jóven; de una voraz Osa
No eres nacida, ni peñasco duro
Para que así al amor resistir debas,
Ni de lo amable huír con tanto empeño;
Ni de hierro es tu pecho, ó de diamante
Para que así de amor tengas vergüenza.
He! anda á dó el deséo ahora te llama.
¿Por que cruel al vencedor figuras?
¿No sabes que tus penas compadece?
¿Que tu llanto acompaña y tus querellas?
Tú sí cruel; que estás tan perezosa
Para ir á dar salud al que te és fino.
Postrado está Tancredo, oh fiera ingrata!
Y le descuidas por la vida de otro.
Cura por fin á Argante; nada importa
Que á tú libertador perecer deges:
De ese modo saldrás de obligaciones,

Y así debes premiar sus beneficios.
¿Será posible pues, que no te enfade
El ministerio impío que aquí ejerces?
Pero que es enfadar? el horror solo
Huir te debe hacer de aquí volando.
Vé por humanidad en busca suya,
Que tendrás un placer, y gozo grande,
En que tu mano médica piadosa
Al valeroso pecho se aproxime;
Y que por tí, de tu Señor ya sano,
Tornen al rostro pálido las rosas,
Y sus gracias ahora amortiguadas
Como dadas por tí verás que brillan:
Parte tendrás aun en los aplausos,
Y en las hazañas que hizo tan preclaras;
Venturosa te hará casto himenéo
Y en sus honestos brazos gozaraste:
Ensalzada irás luego y distinguida
A su latina patria entre las Damas,
Allá á la hermosa Italia, dó residen
El valor verdadero y fé constante."

Con esperanzas tales lisongeada
Felicidades grandes le figura:
Pero en mil dudas se halla sumergida
No viendo de salir oculta el modo;
Porque velan las guardias; y el palacio
Rondan por fuera, y muros de continuo;
Ni puerta alguna en ocasion de guerra
Se abre jamas sin muy urgente causa.

Con la Guerrera, Erminia, muy frecuente

Largos ratos allí pasar solía:
Juntas las dejó el sol en el ocaso,
Juntas las encontró la nueva aurora,
Y cuando el Sol oscureció sus luces
Tal vez un solo lecho las sostuvo,
Y entre las dos doncellas no hay árcano
Sin revelarse como amor no séa;
Esto no mas Erminia le callaba;
Y si tal vez quejarse acaso la oye,
Busca disculpa á su amorosa pena,
Y muestra de su suerte lamentarse.
Con tanta amistad pues no hay quien le estorve
Salir siempre que quiera á la campaña;
Por que no hay puerta que al llegar Clorinda
Venga de guerra ó paz no se le abriese.
Llegó un dia á su casa, y la Guerrera
Salido había; y ésta pensativa
Se paró discurriendo de qué forma
Egecutar su deseada fuga.
Mientras vacila en pensamientos varios
Su incierta idéa que reposo no halla;
Suspendidas en alto de Clorinda
Las armas y el arnes vé; y suspirando
Dice entre sí:

»¡Oh cuánto venturosa

Es esta fuerte y valerosa jóven!

Cuanto la envidio! y no le envidio el lauro,

Ó gloria femenil de ser tan bella.

Largo manto sus pasos no embaraza,

Ni su valor recluye estancia angosta:

Viste las armas; y si salir quiere
No la detienen miedo ni vergüenza.
¿Por qué el Cielo, ó natura un cuerpo duro
No me habrá dado, y valeroso pecho?
Pudiera el velo así, y este ropage
Por el yelmo trocar y la coraza;
Ni mi inflamado afecto temería
Hielo, calor, ni tempestad ni lluvia,
Y el Sol me encontraría, ó las estrellas
Acompañada, ó sola en la campaña:
No habrías tú primero, impío Argante,
Reñido en esta hora con mi dueño;
Que ántes volado yo á encontrarle habría,
Y prisionero acaso le tuviera,
Sufriendo él de su enemiga amante
Yugo de esclavitud dulce y ligero,
Y la coyunda suave que le unciese
Mas benigna mi suerte tornaría.
Ó si el pecho me hiriera con su diestra,
Y el corazon me abriera al duro golpe,
La herida que amor hizo me sanára:
Mi mente entonces, y el cansado cuerpo
Reposáran en paz; y á bien tendría
Honrar el vencedor tal vez mi huesa
Vertiendo algunas lágrimas hermosas.
»Pero, necia de mí! ansio imposibles,
Y el tiempo en vano entre locuras pierdo.
¿Debo yo estarme aquí tímida y triste
Como una vil muger del pueblo bajo?
Ah! no estaré: sí; corazon, alienta,

¿Por qué una vez no he de tomar las armas?
¿Por qué no hé de poder por breve tiempo,
Sostenerlas por mas que sea endeble?
Sí, podré, sí que fuerzas ha de darme
Amor que á los mas débiles las presta,
Y aun los aguija, y se árman, y guerra hacen.
Pero no es guerrear lo que yo quiero,
Quiero solo engañar con estas armas,
Y fingirme Clorinda, que encubierta
Bajo la imágen suya salir puedo.
No ha de atreverse, nó ninguna guardia
De cualquier puerta hacerle resistencia.
Otro arbitrio no encuentro aunque mas pienso,
Ni hay mas camino abierto que éste solo.
Amor: tú que me inspiras este engaño,
Favoréceme en él; y tú fortuna,
Hazme que salir pueda en feliz hora
Mientras que al Rey hablando está Clorinda.²
Así resuelve, é inflamada mucho
De la llama de amor, ya nada espera;
Y a llevar se apresura hasta su estancia,
Que cerca está de allí, las armas todas,
Lo cual egecutar pudo á su salvo
Por que al llegar se retiraron todos,
Y la piadosa noche el robo encubre
De ladrones amiga y de amadores.
Viendo ella ya en el Cielo alguna estrella,
Y que las negras sombras le oscurecen,
En el momento llama con sigilo
Á un escudero fiel que ella tenia,

Y una leal doncella á quien amaba,
Y parte les descubre de su intento:
Les confía no mas la fuga, y finge
Que á partir otra causa la precisa.
El escudero fiel alista al punto
Cuanto convenir crée para el caso.
Herminia en tanto del pomposo trage
Se despoja que al pié mismo le llega,
Y hermosa tanto en ropas interiores
Y ligera quedó, que es increíble.
Díceles, que los dos tan solamente
Deben hacer la escolta que la siga.

El durísimo acero ofende y carga
Su tierno pecho, y cabellera rúbia;
Toma su mano fina el grande escudo,
De enorme peso carga insoportable.
Así toda de acero en torno brilla
Y al aparato militar se amaña.
Búrlase Amor, que allí está, y se sonríe,
Y de Alcides hilando hace memoria.
¡Con qué trabajo ella sostiene el peso
Tan desigual, y el paso lento mueve!
En su fiel compañera vá afirmada
Que á este fin ante sí la lleva cerca;
Mas la esperanza y el amor la animan,
Y fuerzas dán á sus cansados miembros.
Luego que al puesto llegan donde aguarda
El escudero, montan á caballo,
Y disfrazados el camino toman
Mas escusado; pero al fin se mezclan

Entre la multitud, y ven que brillan
Ármas muchas en medio de las sombras;
Nadie, empero, se atreve á detenerlos,
Antes el paso todos les franquéan,
Que aquel cándido arnes, y la temida
Insignia aun en la noche se conoce.
Esto la ánima un tanto; mas recela
Que descubierta ser á la fin puede,
Y de su arrojo mismo se intimida.
Llega á la puerta; su temor reprime
Y á la guardia engañó que es su custodia.
»Yo soi Clorinda, dice, abrid la puerta
Que á una importante empresa el Rey me envia.”
Una voz femenil, y semejante
Á la de la Guerrera hace el engaño.
¿Quien con ármes gineta ver creyera
Á ninguna otra, sin saber usarlas?
Ábrenle, pues, y al punto veloz sale
Con los dos compañeros que llevaba,
Y por el hondo valle van tomando
Por mas seguridad oblicuas sendas.

Cuando se vió en parage solitario
La carrera contiene y se complace
De haber vencido los primeros riesgos,
Ni de ser detenida ya recela:
Piensa tan solo en lo que no ha pensado
Con la priesa y el ansia de fugarse.
Difícil le parece ahora la entrada
Y en el cristiano campo introducirse
Disfrazada con trage de guerrero;

Ni descubrirse quiere á otro ninguno
Sin que ántes su Señor á ver llegase;
Y oculta, de improviso, amante fina
Le quiere sorprender honestamente;
Por lo cual se detiene, y con cordura
Mejor lo piensa, y dice á su escudero:

»Es necesario, amigo, que tú seas
Mi precursor; pero sagáz y pronto.
Vé al campamento, y haz que alguien te guíe
É introduzca en la tienda de Tancredo;
Á quien dirás, que una pagana viene
Á darle la salud, y pedir paces.
(Paces ya que el amor me mueve guerra
Donde él salud encuentre, y yo consuelo),
Dile que es tanto lo que en él confía,
Que injuria en su poder ni agravio teme.
Díselo á solas; ni aunque te pregunten
Lo descubras á nadie y vuelve pronto.
Yo que en este parage estoy segura,
Aquí en medio me quedo hasta que vuelvas.»

Dijo así la Princesa: y él volando
Como si álas tubiese al punto sale;
Y tal maña se dió, que como amigo
Dentro de las trincheras se le admite,
Y es conducido al Caballero en cama,
Quien la embajada oyó con faz risueña:
Y dejando mil dudas que á la mente
Le vienen de tropel contesta afable,
Que puede entrar oculta cuando guste.
Pero ella en tanto que impaciente estaba

Sin poder esperar mas largo tiempo,
Los pasos, entre sí, del otro cuenta,
Y piensa, que hora llega, que habla y torna;
Y se lamenta, y ya se le figura
Que es ménos diligente que otras veces.
Adelántase al fin, y á un alto sube
De donde llega á descubrir las tiendas.

Era la noche, y su estrellado velo
Claro brillaba y sin celage alguno,
Y ya rayos de luz y vivas perlas
Iba esparciendo la naciente Luna;
Cuando la Enamorada, con el cielo
Sus penas de una en una mitigaba,
Y confidentes de su amor antiguo
Á los campos hacía y al silencio.
Luego al campo mirando, así decía:
» ¡Tiendas latinas á mis ojos bellas;
El aura que exhalais cuánto me es grata
Y me conforta! al fin de cerca os miro!
El Cielo quiera á mi agitada vida
Algun reposo honesto concederle
Cual en vosotras busco; y me persuado
Que la paz he de hallar entre las armas:
Acogedme por fin, y en vos encuentre
Todo aquel bien que amor me ha prometido,
Y que gozé otro tiempo prisionera
Con mi caro Señor afable y dulce:
Ni ya el deséo de adquirir me mueve
Mi real lustre con auxilio vuestro,
Que aunque esto no suceda, harto felice

Me juzgare si obtengo ser su esclava."

Así vá hablando; y es porque no advierte
La próxima desgracia que la aguarda.
En parte estaba, que directos hieren
Sus armas tersas los celestes rayos.
Y fulgurar de lejos se perciben
Por la blancura del arnes lucido;
Y el gran Tigre que está gravado en plata
Decía en su brillar ser la Guerrera.
Por su desgracia de enemigos muchos
Una guardia de escucha cerca estaba,
Y eran los gefes de ella dos hermanos
Alcandro y Poliferno; y tambien era
Su objeto, el impedir que al Sarraceno,
Ganado alguno ni socorro entrase;
Y pasó el escudero, por que anduvo
Por rodéo mas largo y fue corriendo.
Del jóven Poliferno, á cuyo padre
Mató Clorinda ante sus ojos mismos,
Vistas las albas y lucientes armas,
Ver creyó la Guerrera valerosa.
Alarmó al punto la emboscada guardia,
Y sin ser dueño del primer impulso,
Por ser de natural arrebatado,
Muere, exclamó, y lanzóle en vano el asta.

Como sedienta Cierva que sus pasos
Mueve en busca del agua cristalina
De una fuente que vió manar de un risco,
Ó entre frondosa yerva un claro arroyo;
Si los Canes encuentra al mismo tiempo

Que la sed mitigar creyó en las aguas,
Y el cuerpo solazar en sombra estiva,
Vuelve acia atras huyendo, y la pavora
El cansacio y calor olvidar hace:
No de otro modo Erminia, que sediento
De amor el corazon y ardiendo siempre;
En la acogida honesta amortiguarle
Creía, y reposar su mente débil:
Al verse sorprendida y asaltada
La azagaya silvar y oír las voces;
Sus deséos olvida, y á sí misma;
Y temerosa pica el veloz bruto.
Huye Erminia infelice, y su caballo
Con muy ligeros pies el suelo huella:
Huye la otra tambien; y el otro ciego
Con mucha gente armada las persigue.
Del campo, el Escudero al tiempo mismo
Con su tarda noticia iba llegando;
Pónese en fuga aunque la causa ignora,
Y auyéntale el temor por la llanura.
Pero Alcandro mas cuerdo, aunque hubo visto
La aparente Clorinda, como estaba
Mas apartado no quiso ir tras ella;
En su emboscada firme se mantuvo,
Y un parte al Gefe envia sin demora:
Que ganado lanar ni otro ninguno
Parecido no había, y que Clorinda
De su hermano iba huyendo amedrentada;
Y que él no cree, ni razon parece,
Que teniendo ella el mando de otras tropas,

En una ocasion tal, salir debiera
Por una leve causa: mas que juzgue,
Y mande lo que al pío Bullon plazga
Que él está pronto á obedecerle en todo.
Llega al campo la nueva, y se difunde
Erte rumor por las latinas tiendas.
Tancredo que ya estaba de antemano
Por el aviso sospechoso; oye esto
Piensa y dice: »Ah! tal vez por mí venía!
Por mí en peligro astá! Y sin detenerse
Parte toma no mas del arnes grave,
Monta á caballo, sale sin ser visto,
Y por indicios y pisadas frescas
Rápidamente á rienda suelta corre.

FIN DEL CANTO SEXTO.

En una ocasión tal, esta debida
 Por una vez causa; mas que lo que
 Y mundo lo que al río Ballón
 Que el está pronto a obedecerle en todo.
 Llegó al campo la nueva y se dijo
 Este campo por las latas nuevas
 Tancado que ya estaba de antemano
 Por el aviso sospechoso; oye esto
 Heos y dice y así el vez por un
 Por mi en peligro está Y sin detenerse
 Parte toma no más del arroyo
 Monta a caballo, sale sin ser visto
 Y por indicios y pistas frescas
 Repidiendo la rinda acorta corto.

Huye otro y; mandando al otro
 Con mucha gente armada al campo
 Del campo al campo al campo
 Con una gran fuerza.

Para el campo al campo al campo
 Y suénde el campo al campo
 Para el campo al campo al campo
 La apacible Christi
 Mas apacible al campo al campo
 Por el campo al campo al campo
 Que el campo al campo al campo
 Por el campo al campo al campo
 De el campo al campo al campo
 Y por el campo al campo al campo
 Que el campo al campo al campo

CANTO SÉPTIMO.



A Erminia en tanto entre sombrías plantas
De selva antigua llévala el caballo
Que su trémula mano no gobierna,
Y medio viva y muerta parecía.
Por tantas sendas se revuelve y tantas
El corredor que á discrecion la lleva,
Que al fin de vista la perdieron todos,
Y tanto se alejó que no la siguen.
Cual de carrera fatigosa y larga
Jadeando y tristes los lebreles tornan,
Perdido el fresco rastro de la fiera
Que al bosque se acogió del campo raso:
Asi de íra, y de vergüenza llenos
Cansados los cristianos se volvían.
Ella huye siempre, y del temor y el susto
Ni atrás osa mirar si alguien la sigue.
Huyó toda la noche; y todo el dia
Sin guía errante anduvo y sin consejo,
No viendo ni escuchando mas en torno
Que su llorar continuo y tristes quejas.

Cuando ya el Sol, de su dorado carro
Desunce los fogosos corredores,
Y en el regazo de la mar se acuesta,

Ella llega al Jordan de claras aguas:
En su orilla se apéa y se reclina.
Manjares no apetece, que sus penas
La alimentan, ni mas que llorar quiere.
Pero el sueño que sirve á los mortales
De reposo y quietud, con dulce olvido,
Sus sentidos suspende y sus dolores
Estendiendo sobre ella alegres álas;
No empero cesa Amor con varias formas
De perturbar su paz mientras que duerme.

Al gorgéo de pájaros festivo
Que el alba saludaban despertóse,
Y al murmurar del río y los arbustos,
Y con las flores jugar el aura.
Los tristes ojos abre, y cerca mira
Un solitario albergue de pastores
Y entre las ramas cree oír y el agua
Voz que á llorar y á suspirar la escita:
Mas fueron mientras llora, sus lamentos
Dé un claro son que escucha, interrumpidos
De acentos pastoriles que acompaña
La rústica zampoña al mismo tiempo.
Levántase, vá allá con lentos pasos,
Y vé á un hombre ya cano, que á la sombra
Tege un cestillo, su ganado junto,
Y oyendo de tres niños los cantares.

Las desusadas armas los asustan;
Mas los saluda Erminia, y dulcemente
Los asegura, y sus hermosos ojos
Descubre y la dorada cabellera.

»Seguid, les dice, gente venturosa,
Del cielo amada, ese trabajo bello,
Que las armas que veis la guerra no hacen
Á esos cantares ni á las obras vuestras."
Y acercándose mas: »Ó Padre: dice,
¿Ahora que este país en guerras árde,
Como aqui estais en plácido sosiego,
Y sin temer los militares daños?"

»Hijo, responde, mi familia siempre
Con mi ganado aquí se vieron libres
De esas injurias: ni el furor de Marte
Llegó jamas á tan remoto sitio:
Ó la humildad tal vez, gracias al cielo,
De inocentes pastores nos exime;
Ó que así como el rayo nunca cae
En hondo valle, y sí en el alta cima,
Así el furor de peregrina espada
Solo de un rey la testa erguida oprime:
Ni del soldado la codicia ceba
Nuestra baja pobreza despreciable:
Despreciable para otros; de mí amada
Que real cetro no ansio ni tesoros.
Ni ambicion, ni avaricia, ni cuidados
En mi tranquilo corazon se anidan.
Mi sed el agua cristalina apaga
Que el veneno jamas temo emponzoñe;
Y un huertecillo y mi ganado prestan
No comprado manjar á frugal plato;
Que ni el deséo es grande, ni tampoco
Nuestras necesidades de esta vida.

Estos que ves mis hijos son, y guardan
El ganado, y me ahorro de sirvientes.
En esta soledad mi vida paso
Triscar viendo á la cabra y cervatillo,
En el rio colear peces diversos,
Y al cielo el jilguerillo alzar las álas.

»Un tiempo fue cuando delira el hombre,
Que en otra edad mantuve otros deseos,
Y de guardar ganado desdeñeme,
Y me ausenté de mi país nativo.
Viví en Memphis un dia, y en palacio,
Y al lado de ministros y de grandes;
Que aunque era guarda allí de los jardines
Ví y conocí lo inicuo de las cortes,
Y con alta esperanza fascinado
Disgustos mil sufrí por largo tiempo;
Pero despues que con la edad florida
Pasó mi gallardia y mi esperanza,
Volví al reposo de esta vida humilde
Mi paz pérdida suspirando siempre;
Y digo: *Oh corte! á Dios.* Así á mis caros
Bosques tornando paso horas felices.”

Mientras así está hablando, Erminia pende
Con atencion estrema de su boca,
Y aquella sabia voz que al alma llega
Su procelosa mente en parte calma.
Pensando despues mucho; al fin resuelve
En ese albergue oculto y solitario
Detenerse hasta ver si la fortuna
Mas benigna su vuelta proporciona.

Dice pues al buen viejo: »Oh venturoso!
¿Que un tiempo conociste el mal de véras!
Si el cielo no te envidia tanta dicha,
Déte piedad para los males míos,
Y acógeme á tu lado en este grato
Albergue que contigo habitar quiero:
Quizás mi corazon bajo esta sombra
De su peso mortal descansa en parte,
Ó si oro y piedras que ambiciona el vulgo
Deseares acaso, muy bien puedes
Satisfacerte con las que yo traigo.»

Aquí vertiendo sus hermosos ojos
Humor doliente cristalino y bello,
Refirió parte de su mal, y en tanto
Llora el pastor con ella enternecido.
Acógela benigno, y la consuela
Su pecho henchido de paterno celo,
Y la conduce á donde está la esposa
Que de igual corazon le dió la suerte.

La princesa real de duras armas
Se despoja, y sayal rústico viste;
Pero al mover sus ojos y sus miembros
Del monte abitadora no parece:
Su nobleza al mirar no encubre el trage
Ni cuanto en ella de elegancia existe;
Y al egercer los mas humildes actos
Siempre la magestad brillar se advierte.
Lleva el ganado al pasto, y le conduce
Al cerrado redil con su cayado:
La leche ordeña de pelosas tetas

Y con el ya encerrado le reune.

Cuando á las horas del calor estivo
Á la sombra yacían las ovejas,
Ella en los troncos del laurel ó el haya
Selló en mil partes de su amado el nombre;
Y de su amor gravó en mas de mil partes
Los estraños sucesos infelices,
Y volviendo á leer sus propias letras
Bañó con bellas lágrimas su rostro.

»Guardad siempre, decía sollozando,
Esta doliente historia, amigas plantas,
Porque si acaso á vuestra grata sombra
Llega algun fiel amante á guarecerse,
Tenga piedad su corazon sensible
De tantas, y tan varias desventuras,
Y ¡cuán injusta recompensa, diga,
Amor dió y la fortuna á fé tan rara!
Sucederá quizás, si escucha el cielo
De algun mortal los votos mas fervientes,
Que llegue alguna vez por estos bosques
El que de mí al presente no se acuerda;
Y los ojos tornando á dó inhumados
Yacerán estos débiles despojos,
Tardo premio conceda á mis martirios
De algun suspiro y lágrima piadosa:
Que ya que en vida el corazon padezca
Séa feliz mi espíritu en la muerte,
Y la ceniza de sus llamas fría,
Gózela aquel á quien gozar no puedo.»
Así habla al tronco sordo: y sendas fuentes

Copiosas corren de sus bellos ojos.

Tancredo en tanto, á quien la suerte guía,
Lejos de ella al seguirla se apartaba;
Las estampadas huellas vá siguiendo,
Y hácia el cercano bosque se encamina;
Pero allí por la sombra hórrida y negra
Divisarlas no puede, y entre dudas
No quiere mas correr, y se detiene,
Prestando atento oído á todas partes
Por si oye algun rumor ó suenan armas;
Y si el aura nocturna tal vez mueve
Tiernas hojas de un Haya ó algun Olmo
Corre veloz hácia el menor ruido.
Sale al fin de la selva; y por ignotas
Veredas con la Luna se dirige
Hácia un rumor que lejos se escuchaba,
Y de correr no pára, hasta que llega
Á donde salen de un peñasco vivo
En copia mucha cristalinas aguas,
Que un río forman, y con grande estruendo
Despéñanse á correr por verde yerva.
Allí suspende dolorido el paso,
Y grita, y solo el éco le responde:
Y en tanto vé por el sereno oriente
Cándida y roja amanecer la aurora.
Gime angustiado, y se querella al cielo
De que le niegue su esperada dicha:
Pero á su amada, que ofendida juzga,
Jura vengar cuando volviere á verla.
Restituirse al campo al fin resuelve,

Aunque conoce aquel terreno poco,
Por que se acuerda ahora que está cerca
El día señalado para el duelo.

Toma el camino; y mientras vá dudando
Correr oye un caballo que hácia el viene;
Cuando de angosto valle al fin descubre
Un hombre que corréo parecía,
El látigo chasquiendo, y por la espalda
Pende á un lado un clarín á nuestro estilo;
Pregúntale Tancredo por la ruta
Que al campo de los francos se dirige.
»Allá voy, dice en italiano el posta,
Por Boemundo enviado á toda prisa."
Sigue en pos de él Tancredo, que le juzga
De su gran Tío enviado al que es fingido.

Llegan por fin á donde un sucio lago
Un gran castillo inunda y ciñe en torno
Á tiempo que ya el Sol á sumergirse
Iba al gran nido dó la noche pasa.
La trompa el posta cuando llega suena
Y un puente levadizó baja al punto.

»Si eres latino, dícele, hasta tanto
Que el Sol saliere aquí descansar puedes:
Tres dias no ha que el conde de Cosenza
Este fuerte tomó de los paganos."

Mira el sitio el Guerrero, y le parece
Inespugnable por natura y arte:
Suspenso duda de que algun engaño
En posada tan fuerte no se encierre:
Pero él acostumbrado á grandes riesgos

Ni se inmuta, ni el rostro lo demuestra,
Que á dó quier que la suerte le llevára
Libre piensa le hará la diestra suva:
La obligacion empero con Argante,
No le permite entrar en nueva empresa.

Así: junto al castillo y en un prado
Donde descansa el puente levadizo
Detiene un poco el paso, y convidado
Por su engañoso guía no le sigue.
Un caballero armado sobre el puente
Con semblante muy fiero se presenta,
Que en su diestra blandiendo el limpio acero
En tono amenazante habla y altivo:

»Ó tú: que por fortuna, ó por tu gusto
Á este pais fatal llegas de Armida:
Huir piensas en vano: de tus armas
Despójate, y cautivo á ella te entrega,
Entra acá dentro al solio custodiado
Con esta ley que ella prescribe á todos.
Ni esperes mas volver á ver el cielo
Aunque los años pasen y encanezcas,
Si con su gente unirte no jurares
Contra el que sigue de Jesus el bando."

Fija Tancredo en él la atencion toda,
Y las armas conoce, y el acento.
Este era aquel Rambaldo de Gascuña
Que se fue con Armida, y por amarla
Pagano se hizo y defensor infame
De aquella vida vil que allí se tiene.
Lleno de santa indignacion el pio

Guerrero, le responde:

»Impío falso:

Tancredo soy; el que ciñó su espada
Por Cristo siempre, y fue campeón suyo;
Y vencí con su auxilio á sus rebeldes,
Cuyo egemplar verás en tí bien pronto,
Por que ésta diestra el cielo airado elige
Para en tí egecutar venganza justa.”
Túrbase oyendo aquel glorioso nombre
El impío Guerrero, y color pierde;
Mas el temor oculta, y dice: »¿Cómo
Mísero, en busca de tu muerte vienes?
Aquí tus fuerzas han de ser domadas
Y tu altiva cabeza caera á tierra,
Y al Gefe de los francos he de enviarla,
Si mi valor es hoy cual siempre ha sido.”
Así dice el Pagano: y como el día
Tan poco fuese, que alumbraba apénas,
Tantas luces en torno aparecieron
Que aquel recinto claro iluminaron:
Cual teatro adornado con gran pompa
En la noche, el castillo así lucía,
Y en lo alto de él Armida está sentada,
De donde mira sin ser vista, y oye.
El magnánimo héroe se apercibe
Con armas y valor al choque fiero;
Ni en el caballo débil se mantiene
Viendo que á pié venía su enemigo,
Cubierto del broquel, calado el yelmo
Espada en mano en actitud de herirle.

El Príncipe feroz, contra él se lanza
Con torvos ojos, y con voz terrible.
Aquel se iba acercando con rodéos
Recogido en sus armas y amagando:
Este aunque enfermo y débil vá resuelto;
Sobre él se tira, estrechale, le oprime,
Y hácia donde Rambaldo se retira
Velocísimamente allá se arroja,
Se adelanta, le incita, y fulminando
La espada al rostro siempre le dirige,
Y á herirle impetuoso siempre tira
Donde natura el hilo vital puso,
Al golpe la amenaza furibunda
Allegando, y al daño un terror grande.

Á un lado y otro sus ligeros miembros
Mueve el Gascaño hurtándole los golpes:
Con el escudo quiere y con la espada
Todo el furor frustrar de su enemigo;
Pero á parar los golpes no es tan pronto
Como veloz Tancredo es al tirarle.
Roto el escudo ya, bollado el yelmo
Y agugereado, y el arnes con sangre
Mancillado tenía, y ningun golpe
En vano le tiraba su contrario:
Teme, y en su interior le remordían
La conciencia, el amor, afrenta, y furia.
Con un despecho temerario quiere
La última prueba hacer de su fortuna:
Tira el escudo, y ase con dos manos
La espada que de sangre aun no ha teñido:

Á su contrario acércase en extremo,
Tira un gran golpe, y halla resistencia
En la fina armadura, y se acongoja,
Pues creyó henderle de un costado al otro.
Segunda vez vá á herirle el ancha frente,
Y cual campana resonó en el yelmo;
Mas ni le rompe, pero con tal fuerza
Le descargó que balancear le hace.
Enciende en ira el Príncipe su rostro,
Centelléan sus ojos, y por fuera
De la visera sus miradas salen
Ardiendo, y se oyen rechinar los dientes.

Ya no sostiene el pérfido Pagano
La vista mas de tan feroz aspecto:
Oye crugir el hierro, y en las venas
Sentirle y en el pecho le parece;
Huye del golpe, y viene á descargarle
Sobre un pilar que junto al puente estaba:
Al cielo astillas y centellas suben,
Y del traidor el corazon se hiela,
Al puente se refugia; y la esperanza
De su salud solo en la fuga pone.
Mas le sigue Tancredo, y ya á la espalda
La mano tiende, y el talon le pisa,
Cuando de pronto, en bien del fugitivo,
Las hachas desaparecen y las luces,
Y no le queda á la enlutada noche
Ni el triste relucir de opaca Luna.

De la noche y de encantos entre sombras
Ni le vé el vencedor ni ya le sigue;

Ni vé siquiera lo que está á su lado
Y mal seguro el pié sienta en la tierra.
De una puerta al umbral con paso incierto
Llega sin advertir; y en aquel punto
De cerrarse en pos de él siente el estruendo,
Y en sitio se halla lóbrego y oscuro.
No de otro modo el pez que acá en los mares
De Comaquia la nuestra y su ensenada
Huye de la óla impetuosa y cruda,
Queriendo en agua mansa hallar abrigo,
Llega á encallar en playa cenagosa,
Y dó se metió él mismo queda preso,
Que hay alli una estacada con tal arte
Que al entrar está franca, y no hay salida.

Así Tancredo, cual si parte fuera
De la máquina aquella tan estraña,
Entró por su virtud, y se halló luego
Donde por sí salir no puede un hombre.
Con su robusta mano romper quiere
La puerta: pero, ah! Se cansa en vano.
Oye una fuerte voz que dice: »En balde
Quieres salir: cautivo eres de Armida.
Has de pasar aquí (no el morir temas)
En vida sepultado dias y años."
Sin responder reprime el fuerte Jóven
Las ansias y suspiros en el pecho
Y al amor y su suerte entre sí acusa,
Su imprecaucion, y engaños de los otros,
Y tal vez dice en tácitas palabras:
»¡Perder la luz del Sol leve me fuera!

De un Sol mucho mas bello la luz dulce
Mísero! pierdo, y no sé ya si nunca
A parte tornaré, dó el alma triste
Reposo logre en amorosos rayos."

Más se contrista al ocurrirle Argante.

»Ah! Yo he faltado, dice, á mis deberes!

Tendrá razon si me desprecia y mofa:

La culpa tengo yo: ah! me avergüenzo!

Así de amor y honor mortal fatiga

Royendo está en el ánimo al Guerrero.

Mientras éste se aflige, el fiero Argante

Las muelles plumas oprimir no gusta:

Tanto su crudo pecho la paz odia,

Y es tal de gloria el ánsia, y sangre humana,

Que no bien sano de las llagas era,

La aurora anhela ver del sexto dia.

El Pagano feroz, la noche ántes

Su frente apénas á dormir recuesta;

Salta del lecho cuando el cielo en sombras

Ni aun del monte alumbraba el alta cima.

Dame las armas grita á su Escudero,

Y preparadas las tenía éste;

Mas no las suyas; que del Rey regalo

Son esquisito, y dádiva preciosa.

Sin pararse á mirarlas se las pone;

Su persona cargó de este gran peso,

Y el acero ya usado al flanco ciñe

Que es de temple finísimo y antiguo.

Cual sanguinosa horrenda cabellera

Tiende el cometa por el viento vago,

Que reinos muda, y acarrea fiebres
Luz ominosa á púrpuras tiranas:
Tal fulgura el armado, y de reojo
La vista gira airada y sanguinaria;
Su postura feroz horror inspira
Y amenaza de muerte el fiero aspecto.
Alma de tal firmeza no se encuentra
Que no se asuste á donde pone el ojo;
La espada esgrime que desnuda empuña,
Y cual loco voceando el viento azota.

»Bien pronto, dice, el baladí Cristiano
Que audaz es tanto que igualarme quiere
Vencido, ensangrentado caerá á tierra,
En el polvo arrastrando sus cabellos,
Y ha de ver por mi mano ántes que espire,
Á pesar de su Dios, ser desarmado:
Ni muriendo podrá impetrar con ruegos
Que á los perros de pasto no les sirva."

No de otro modo el toro á quien zeloso
Amor irrita horriblemente muge,
Y con mugidos mas se encoleriza,
Y sus ardientes íras mas inflama:
El asta aguza, y provocar parece
Con golpes vanos á batalla al viento;
La arena escarba, y su rival lejano
Reta á guerra mortal áspera y cruda.
Enfurecido así; llama al Herald.
Y con adusto hablar esto le ordena:
»Vé pronto al campo, y á la atroz batalla
Luego de Cristo al Campeon convoca."

No espera mas Argante: monta al punto
Y hace llevar delante á su cautivo.
Sale fuera del muro, y por el monte
Precipitado cual demente baja.
La trompa suena y se oye el son tremendo
Que en el contorno, resonaba horrible,
Y á manera de trueno estrepitoso
El corazon ofende y los oidos.

Ya los cristianos príncipes estaban
En la tienda mayor de todas juntos.
Hizo el Rey de armas su embajada en ella,
Y á nadie escluye aunque á Tancredo nombra.
Sus circunspectos ojos Godofredo
En torno gira con dudosa mente;
Pero por mas que piensa y mas que mira,
Apto no vé ninguno á tanta empresa.
Falta la flor de los guerreros bravos,
Del buen Tancredo nada se sabía,
Boemundo está lejos: y está ausente
El matador invicto de Gernando:
Y ademas de los diez que dió la suerte,
Los mejores del campo y mas famosos,
De Armida el falso bando aquella noche
Siguieron encubiertos con silencio.
Otros de ánimo y mano menos fuertes
Callados con rubor se mantenían,
Ni hay á quien en tal riesgo honor le aguije
Que la pavura á la vergüenza vence.

El silencio, el aspecto, y todas señas
De su temor al General informan;

Y generosamente ya picado
De su asiento de pronto se levanta,
Y dice: »Indigno de vivir sería
Si aventurar mi vida rehusase,
Dejando que un Pagano tan vilmente
De nuestra gente hollase la alta gloria.
Tranquilo esté mi campo, y de segura
Parte, en el ocio, mi peligro mire. »
Ea! Vengan las armas;" y al momento
Se las dieron en solo un un cerrar de ojos.
Pero Reymundo que en edad madura
Es maduro tambien en sus consejos,
Y es en sus fuerzas verde á par de cuantos
Están allí; haciéndose adelante:

»Ah! No es justo, le dice á Godofredo,
Que en uno el campo á perecer se esponga;
Tú eres un gefe, y no un guerrero simple,
Y si te pierdes son todos perdidos;
La fé y el santo imperio en tí se apoyan
Y el reyno de Babel destruir debes;
Solo el juicio á tí conviene y cetro,
Que otro su esfuerzo ponga y hierro esgrima.
Yo aunque agoviado por mi edad pesada,
No rehusó por cierto ir á batirme.
Que la marcial fatiga rehuyan otros,
Yo no la huyo aunque mi edad me exima.
Oh! Si me hallase en el vigor de un tiempo
Cual vosotros ahora, que temblando
Estais sin que os concite ira ó vergüenza
Contra ese que os insulta y escarnece!

Ó fuese hora cual fuí, cuando á la vista
De la Alemania toda, en la gran corte
De Conrado Segundo, pasé el pecho
Á Leopoldo el feroz, y le di muerte,
Y fue de alto valor mas clara prueba
Los despojos llevar de hombre tan bravo,
Que si alguno ahuyentase inerme y solo
De esa cobarde turba una caterva.
¡Si aquella fuerza hubiese! Aquella sangre!
Ya no existiera ese orgulloso altivo:
Mas tal cual me hallo, no esta desmayado
Mi corazon, ni temo aunque soy viejo:
Y si mi sangre el campo enrojeciere
Cara estará al Pagano la victoria.
Á armarme voy: Ah! Ilustre yo este dia
Con nuevo honor mis ya pasados lustros!"

Habla así el gran Anciano: y sus palabras
Son aguijon con que el valor despierta.
Los que ántes eran tímidos y mudos
Hablan con arrogancia y con baldones.
Ni uno solo es quien sale á la demanda,
Que lo pretenden muchos á porfía;
De ellos es Baldovino, y con Rugero,
Güelfo, Gerniero, Estéfano, y los Guidos,
Y Pirro autor del alabado engaño
Dando á Boemundo en presa la Antioquía:
Y aun hacen sobre todos grande empeño
Eberardo, Rodulfo, y Rosimundo,
Escoces, Irlandes, y otro Britano,
Tierra que el mar de nuestro mundo aparta:

Y se muestran no ménos deseosos
Gildipa y Odoardo esposos tiernos.
Sobre todos empero el bravo Anciano
Mas anhelante muéstrase y fogoso.
Ya estaba armado; y solo le faltaba
Del arnés todo, el yelmo reluciente;
Cuando dice Bullon:

»Oh! Espejo vivo
Del antiguo valor! En tí los nuestros
Leccion tomen de esfuerzo; en tí de Marte
Brillan honor, el arte y disciplina.
Oh! Si de edad lozana yo tubiese
Otros diez como tú de tanto aliento!
La soberbia Babel se conquistára;
Se estendiera la cruz de oriente á ocaso.
Mas que cedas te pido y te reserves
Para obras de tu edad propias y grandes;
Y de los otros deja que en un vaso
Sus nombres puestos suerte lo decida.
Así será el juez Dios, de quien dependen
La fortuna y el hado, y son sus siervos.
Mas no por eso el buen Reymundo cede
Que hace incluir su nombre entre los otros.

Las cédulas Bullon pone en su yelmo
Y habiéndolas mezclado y sacudido,
De la primera lo que oyó leerse
El nombre fue del conde de Tolosa.
Con general aplauso fue escuchado;
Ni hay quien se atreva á motejar la suerte.
Él de un fresco vigor su frente y rostro

Adorna, y remozado parecía,
Cual fiera Sierpe que mudó su sayo
Y al Sol despide rayos diamantinos.
El General lo aplaude mas que todos,
Y dále el parabien de la victoria;
Y su espada del lado desciñendo
Y ciñendola al de él, así le dice:

»Esta es la espada que en campaña al franco
Rebelde de Sajonia le servía,
Á quien ya ha tiempo le arranqué á la fuerza
Y aquella vida atroz y criminosa.
Esta que vencedora fue conmigo
Tómala, y tan feliz contigo séa.»

De la tardanza aquella está impaciente
El Sarraceno, y amenaza y grita:
»Gente invencible: pueblo el mas guerrero
De Europa; un hombre solo os desafía.
Venga Tancredo ya si es tan valiente,
Y si en su esfuerzo tanto esta fiado;
Ó entre plumas querrá esperar acaso
Que en su auxilio otra vez llegue la noche.
Que otro salga si él teme ó salgan muchos
Contra mí juntos, bien á pié ó montados,
Ya que á batirse solo, y cuerpo á cuerpo
No hay entre tantos miles quien se atreva.
Ved allí ese sepulcro donde yace
El Hijo de María: Qué os detiene?
Este el camino es; cumplid el voto.
¿Á qué tanto guardar esas espadas?»
El Sarraceno con insultos tales

Cual con un duro azote los aguija;
Y mas que otro Reymundo al oír sus voces
Se irrita sin poder sufrir la afrenta;
Su valor concitado es mas terrible,
Y en tanto grado su ira se provoca,
Que sin mas detencion la espalda oprime
De su Aquilino, al cual se dió este nombre
Por su velocidad en la carrera.
Sobre el Tajo es nacido, donde acaso
La ávida madre del guerrero bruto
Cuando el alma estacion que la enamora
Con gracia natural su pecho inflama,
Contra el aura tornando abierta boca
Del viento caluroso, qué portento!
Con ánsia grande el hijo concibiera:
Bien que se dirá al verle, haber nacido
Del aliento mas rápido del cielo;
Y aun mas, si por la arena se le mira
Veloz correr sin estampar la huella;
Ó bien ligeramente revolverse
Á un lado y otro con presteza suma.
Sobre este corredor el Conde puesto
Mueve al asalto, y vuelve al cielo el rostro:
»Oh! tú Señor; que aquel arma inesperta
Contra Goliath guiaste en Terebinto,
Que al pueblo de Israel tanto insultaba,
Y el zagal con la piedra le dió muerte:
Haz que así caiga, dando igual egemplo
Este insolente al golpe de mi diestra,
Y un débil viejo la soberbia oprima

Cual tierno jóven la oprimió primero.”

Así el buen Conde oraba; y sus plegarias
Con esperanza en Dios cierta y segura
Suben volando á la superna esfera,
Cual por natura el fuego al cielo sube.
Les dió grata acogida el Padre Eterno;
Y nombró de su egército quien cuide
De su defensa; y vencedor y sano
De las manos le saque del impío.
El que Angel tutelar fue de Reimundo,
Elegido por la alta Providencia
Desde el dia primero que infantito
Vino á peregrinar en este suelo;
Ahora que de nuevo el Rey de reyes
De esta defensa le comete el cargo;
Con rauda vuelo asciende al alto alcazar
Dó están las armas de las huestes divas.
Consérvase allí el asta que á la Sierpe
Arrojó herida, y fulminantes dardos;
Y aquellos que á las gentes sin ser vistos
La peste aciaga llevan, y otros males;
Y el gran tridente en alto está suspenso
Primer terror de míseros humanos,
Cuando con él sacude y temblar hace
Sobre su ege la tierra el Ser supremo.
Entre otras armaduras fulguraba
Un diamantino brillador escudo,
Que gentes y países cubrir puede
Cuantos del Caúcaso hay hasta el Atlante;
Y amás suelen con él ser defendidos

Pueblos santos, y príncipes augustos.
Este el Angel tomó; y con él vino
Al lado de Reymundo ocultamente.

Ya los muros estaban coronados
De varia turba; y el Tirano manda
Á Clorinda salir con gente mucha,
Que á mitad del collado se mantenga.
Por otra parte en órden de batalla
De cristianos están varios piquetes;
Y á los dos combatientes ancho campo
Entre medias quedaba de ambas tropas.
Argante mira y nunca vé á Tancredo;
Solo descubre á un Campeon que estraña.
Abanza el Conde y dícele: »El que buscas
Por gran ventura tuya se halla ausente.
No te envanezcas por que aquí me mires
Pronto á medir tus fuerzas con las mias,
Que bien puedo salir á falta suya."
Con sonrisa el soberbio le responde:

»¿Pues qué ocupa á Tancredo? Donde se halla?
¿Á qué amenaza al Cielo si se esconde
Solo fiado en sus fugaces pasos?
Pero aunque el mar, ó el centro de la tierra
Le oculten, no ha de estar allí seguro."
»Mientes, replica el otro; que Tancredo
Ni huye de tí, y harto que tú mas vale."
Brama Argante, y le dice: »Á la carrera
Toma campo, que yo por él te acepto:
Y hemos de ver bien pronto si sostienes
Esa temeridad con que hablas ahora."

Mueven así al asalto, y fiero golpe
Uno y otro dirigen á los yelmos;
El buen Reymundo á donde mira acierta;
Mas ni mover sobre el arzon le hizo
Al fiero Árgante, que al correr brioso,
Cosa en él desusada, el golpe yerra;
Y es que el celeste Defensor le aparta
Del caballero fiel á quien custodia.
El crudo, de furor sus labios muerde
Y rompe blasfemando el asta en tierra.
Echa mano á la espada; impetuoso
Corre segunda vez contra Reimundo,
Y hurta derecho el corredor el cuerpo
Cual carnero al topar que abaja el asta.
Reimundo esquiva el bote á la derecha
Torciendo, y al pasar le dá en la frente.
De nuevo vuelve el Caballero egipcio;
Y aquel se vá de nuevo por un lado,
Y en el yelmo descarga aunque es en balde,
Que diamantino temple tiene el yelmo:
Pero el feroz Pagano que deséa
Mas de cerca batirle, se aproxima.
Temiendo el otro por su enorme mole
Ser arrollado con caballo y todo;
Ya cede, ya le ataca, y cual volando
Por todos lados le hace viva guerra;
Y el aviso menor ligero el bruto
Sigue del freno sin errar un paso.
Cual sabio general que sitia un fuerte
Entre lagunas, ó escarpada altura,

Prueba entrar por mil partes, y no deja
Sin tentar un camino, y mil ardidés.
No de otro modo vueltas mil dá el Conde;
Y viendo al fin que mella hacer no puede
En las armas que el pecho y frente guardan,
Tira á las ménos firmes, y su acero
Quiere entre hierro y hierro abrir camino:
Ya por dos ó tres partes horadadas
Las enemigas armas enrojece,
Y él intactas conserva ahun las suyas
Sin que á tocarle llegue en la cimera.

En vano Argante rabía, lanza votos,
Y el furor y pujanza empléa en vano;
Ni por eso se para, ántes redobla
Sus tajos y estocadas sin efecto.

Por fin el Sarraceno entre mil golpes
Tira una cuchillada tan de cerca,
Que acaso el velocísimo Áquilino
No pudo huir, y el Conde perecía,
Si el Tutor invisible que allí estaba
No le amparase con divino auxilio:
Estendiendo su brazo pára el golpe
Con el diamante del celeste escudo.
Salta el acero en piezas; que de fragua
Mortal terreno temple no resiste
Á las armas que son siempre incorruptas
Y puras del Artífice divino.

El Circasiano aunque por tierra mira
Los fragmentos tan duros, lo dudaba;
Y al ver su mano inerme mas se asombra

De la fuerte armadura del contrario.
Mas créese al fin que rota fue su espada
Sobre el duro broquel que opuso el otro,
Y el buen Reimundo así también lo piensa,
Que la ayuda especial del cielo ignora,
Y al ver al enemigo desarmado,
Parado queda estático y suspenso;
Pues tiene en poca estima, y aun á mengua
Con tal ventaja conseguir victoria.
Quiso decirle pues: *Toma otra espada,*
Cuando á la mente viénele de pronto
Que á los suyos afrenta si es vencido,
Por que la causa pública defiende:
Así, ni de vencer sin gloria gusta,
Ni aventurar de su nacion la gloria.
Mientras perplejo está, lánzale Argante
Á la visera de la espada, el pomo,
El caballo picando al mismo tiempo
Para unirse con él en fiera lucha.
La guarnicion lanzada dió en el yelmo
Y al Tolosano el rostro le contunde;
Mas no se turba, y rápido se aparta
De sus fornidos vigorosos brazos,
Y hiere amás la mano que venía
Cual fiero Gavilan á asir la presa.
Después girando acá y allá de pronto
Lastíma acerbamente y de continuo
Con repetidos golpes al Pagano.
Cuanto esfuerzo tenía, cuanta astucia,
Y cuanto encono antiguo é iras nuevas

Del Circasiano en daño hora reune,
Y al cielo invoca y la fortuna amiga.
De armas finas aquel y aliento armado
Resiste sin temor los duros golpes:
Y en mar embravecido escelsa nave
Rotas velas y antenas imitaba,
Que el costado teniendo bien unido
Con fuerte trabazon inseparable,
Resbala sin temor por las montañas
De blanca espuma y encrespadas ólas.

Tal era tu peligro bravo Argante,
Cuando ayudarte Bercebú dispone.
Cambia en forma humanal la sombra leve
De nube oscura opaca y cavernosa;
Y la erguida figura de Clorinda
Finge y sus ricas brilladoras armas;
Dióle el hablar, y en la apariencia el mismo
Metal de voz, y el aire y movimientos.
Llega este simulacro, y á Oradino
Flechero diestro dícele en voz baja:

»Ó famoso Oradin; que á ciencia cierta
Donde te place las saétas pones;
Gran daño fuera, si esté tan robusto
Defensor de Judéa pereciese,
Y que adornado con despojos suyos
Seguro se volviera su contrario.
Haz prueba aquí de tu arte, y las saétas
Tiñe en la sangre del frances infame:
Te harás así inmortal, y esperar debes
Premio grande del Rey á tal servicio.»

Así dijo: y aquel sin dudar nada,
Luego que hablar oyó de la promesa,
Saca una flecha de su aljava grave,
La aplica al arco, y luego el arco tiende:
Rechina el nervio, y la emplumada flecha
Sesga liviana el aura, y vá silvando
Á herir donde del cinto estan unidas
Las evillas que al punto las divide,
Pasando el coselete; en sangre apénas
Llegó á teñirse, y rompe solo el cutis,
Que el celeste Guerrero no permite
Que mas penetre, y le quitó la fuerza.
Del coselete la saéta el Conde
Arranca y vé saltar la sangre roja,
Y con denuesos grandes y amenazas
Al Pagano reprende la perfidia.

El General, que el ojo no quitaba
De su amado Reimundo, al punto advierte
Violado ya el pacto; y por que juzga
Grave la herida asústase y suspira;
Y con su faz concita y sus palabras
La ofensa á vindicar su altiva gente.

Vióse calar á un tiempo las viseras,
Tomar las riendas, y enristrar las lanzas,
Y casi á un tiempo mismo varias tropas
Mover corriendo de una y otra parte.
El campo desaparece, y sube el polvo
En globos densos, y oscurece el cielo.
Grande estruendo de lanzas al quebrarse
En los yelmos y escudos se escuchaba.

Yace un caballo aquí; allá otro errante
Correr se vé sin mano que le rige;
Aca un guerrero muerto, allá espirando
Uno solloza y gime, otro suspira.
Fiera es la lid, y cuanto mas se mezclan
Y más se estrechan se exaspera y crece.
Al medio Argante arrójase ligero,
Á un guerrero le arranca herrada porra,
Y rompiendo por tropas apiñadas
La mueve en torno, y hácese gran plaza.
Solo á Reimundo busca, y á él dirige
Su hierro y furia ímpetuosa y loca:
Y como hambriento Lobo parecía
Querer saciarse con su sangre solo.

Mas, fragoso el camino se le hace
Que obstáculos encuentra que lo impiden;
Sale á oponerse Ormano, y con Rugero
De Valnavila un Guido y dos Gerardos.
Nada empero le arredra, y mas bravo era
Mientras le estrechan mas estos valientes.
Como de fuego en cámara cerrada
Es mayor la esplosion y la ruina.
Á Ormano mata, hiere á Guido, arrolla
Maltratado á Ruger sobre los muertos:
Á estos suceden otros; y le carga
Por todos lados mucha armada gente.
Cuando indecisa él solo la victoria
Haciendo estaba entre los dos partidos;
El General Bullon llama á su hermano
Y le dice: »Vé pronto con tu tropa

Allá donde es mas fiera la matanza,
Y ataca con vigor el flanco izquierdo.”
Parte al instante, y fue con tanta furia,
Que en el costado aquel el pueblo de Asia
Sin resistir el ímpetu del franco
Desarmado parece y sin aliento.
Sus caballos las filas desordenan
Y á tierra van enseña y caballeros,
Y su pujanza envuelve y pone en fuga
La ála derecha y nadie hay que se oponga
Si no es Argante; que los demás corren
A rienda suelta ¡tal es su pavor!

Solo él detiene el paso y hace frente.
Ni uno con manos ciento, y con cien brazos
Cincuenta escudos juntos, y otras tantas
Espadas, mas no hiciera que hace Argante.
Él de aceros, y lanzas, y de porras,
Y de caballos el furor sostiene,
Y parece poder él mas que todos:
Ya se abalanza á aquel, al otro abate:
Roto tiene el arnés, molido el cuerpo;
Sudor destila y sangre, y no lo siente.
Pero el pueblo fugaz tanto le empuja
Que al fin le envuelve, y en su pos le arrastra.
La espalda á fuerza vuelve, y al embate
Que le arrebató del diluvio inmenso;
Mas ni huye el corazon ni huyen sus pasos,
Si por la mano el corazon se mide;
Conservan aun aquel terror sus ojos,
Y con las mismas íras amenazan,

Y quiere contener á toda costa
La fugitiva turba, y no es posible.
Ni hacer puede el magnánimo que almenos
No tan rápidos huyan, y ordenados;
Que árte ni freno el miedo no conoce,
Ni oye los ruegos, ni al que manda escucha.
Bullon el Pío que en su plan observa
Tener á la fortuna de su parte,
Cargando al enemigo sigue alegre.
Otro refuerzo al vencedor envía,
Y á no ser que éste no era el dia escrito
Por el dedo de Dios en sus decretos,
Fuera éste el dia en que el invicto campo
Tocára el fin de sus fatigas santas.

Mas la turba infernal, que en tal conflicto
La tiranía suya estar advierte,
Siéndole permitido, en un instante
El Cielo entolda, y austro y noto agita:
De los mortales ojos negro velo
El dia roba y Sol; arder parece
Relámpagos bibrando y fieros rayos
Muy mas que hórrido abismo el cielo oscuro;
Retumba el trueno, y congelada lluvia
Prados inunda, la campiña anega,
Ramas desgaja el viento, y retemblaban
Las encinas, las rocas y hasta el monte:
Dán con fuerza en los ojos á los francos
El agua, el aire, y los turbiones fieros:
Su improvisa violencia los detiene
Con un terror fatal. La menor parte

Replegarse procura á sus banderas
Que apenas divisaba ' Mas Clorinda
Que algo distante está, la ocasion buena
Aprovechando, á la pelea vuelve,
A los suyos gritando:

»Compañeros;
Ved que el Cielo defiende nuestra causa.
Intactas nuestras frentes de sus íras
Libres nos deja las valientes diestras,
Y los rostros tan solo airado ataca
De la enemiga ya aterrada gente;
Ni los deja reñir, ni abrir los ojos.
Ánimo! Á ellos! Que la suerte ayuda.”

Así los concitaba, y recibiendo
El ímpetu infernal por las espaldas,
Con cruda furia ataca los franceses,
Cuyos inciertos golpes ya desprecian;
Y cargando á este tiempo el fiero Argante
Hace en los vencedores duro estrago,
Y el campo acelerados dejando estos;
La espalda al hierro y la tormenta tornan,
Dó con rigor á los fugaces hieren
La inmortal íra, y la mortal espada.
Corre la sangre, y con arroyos junta
De la gran lluvia enrogecía el suelo.
Entre los muchos muertos, espirantes
Pirro sin vida cáe, y el buen Rodulfo
Que á este el Circasio el ánima le arranca,
Y Clorinda de aquel ufana triunfa.
Así los francos huyen, y el alcance

Sigue el asirio, y los Demonios siguen.

Contra las armas solo, y las injurias
Del granizo y turbiones, y tormenta,
Áspero reprendiendo á sus Varones
Muestra su faz impávida Gofredo.
El gran caballo junto al campo pára
Y su gente dispersa reunía.

Dos veces pica su fogoso bruto
Contra el feroz Argante y le contiene;
Y otras tantas esgrime el fuerte acero
Dó el enemigo enjambre mas cargaba;
Pero al fin con los otros se retira
Tras la trinchera y la victoria cede.
Vuélvense los infieles, y en el valle
Tienen que detenerse, y los latinos
Desmayados quedaban, sin poderse
Librar allí de la hórrida tormenta
Que á ningnno perdona. El agua corre
Por todas partes y el furioso viento,
Que rasga lienzos, palos quiebra, arranca
Tiendas enteras, que á distancia arroja;
La lluvia, los clamores, y del aire
El silvar, con el trueno, una armonía
Horrible unidos forman que ensordece.

FIN DEL CANTO SÉPTIMO.

CANTO OCTAVO.

Quieta la tempestad, callado el trueno
No se oían silvar el noto y austro,
Y con rosada frente, y con pies de oro
De celeste mansion salía el alba;
Cuando los que formaron la tormenta
En el ocio no dejan su arte infame.
Uno pues que Ástogorre era llamado
Así á su compañera Aleto dice:

»Mira, Aleto, venir, sin que podamos
Impedírselo, aquel gran personage
Que de las fieras manos salió vivo
Del Monarca que ampara nuestro imperio;
Este al franco contando de su Gefe
Y compañeros el terrible caso
Público debe hacerse; y riesgo corre
Que se reclame al Hijo de Bertoldo.
Bien ves, si esto es de monta, y si conviene
Fuerza oponer y engaño á los principios,
Vuela al campo frances, y cuanto él diga
Para bien de los suyos, trueca en daño:
Del latino en las venas introduce
Mortal veneno y del ingles y helvecio;
Siembra allí la discordia, y haz de modo

Que el campo todo aniquilado quede,
Digna es de tí esta hazaña; tus proezas
Nuestro Príncipe ha tiempo que conoce."

Así le habla; y le bastára ménos
Para que el fiero monstruo se empenase.
El Caballero, en tanto, que venía
Junto al cristiano campo se miraba;
Y al llegar dice: »¿Habrá alguno, guerreros,
Que por merced me lleve al primer Gefe?"
Y le acompañan muchos, deseosos
De oír del extranjero novedades.
Aquel le acata; y la gloriosa mano
Que hace á Babel temblar, besar quería.

»Señor; dice despues, de quien la fama
Vuela al fin del Océano y las estrellas,
Yo quisiera traer nuevas mas gratas....."
Aqui suspira, y luego así prosigue.
»Del Rey Danes, Esveno único hijo,
Gloria y apoyo de su edad caduca,
Ser deseó de aquellos que siguiendo
Tu egemplo, ciñen por Jesus la espada;
Ni el temor de los riesgos ó fatigas
Ni el placer de su corte, ni el cariño
Del digno anciano padre entibiar pudo
Su generoso pecho en tal empresa.
De aprender le animaba un gran deséo
De tí el militar árte trabajoso,
Como tan gran maestro; y aun tenía
Resentimiento de su fama oscura,
Y mas oyendo de Reinaldo el nombre

Que en tiernos años suena con gran fama:
Pero aun mas que otra cosa, le estimula,
No un terrenal honor; honor celeste.

La partida acelera; gente escoge
De las selectas bravas compañías,
Y en derecho á Tracia se dirige,
Y á la ciudad, que es corte de este imperio:
Alojóle en su casa el Griego Augusto,
Dó llegó un mensagero de tí enviado,
Y contó de Antioquía por estenso
La toma y la defensa tan gloriosa
Que opuso al persa, quien con gente tanta
Vino luego despues á poner sitio,
Que pareció agotar de su gran reino
Las fuerzas todas de armas y habitantes.

»De tí le habló, Señor, y de otros muchos,
Llegó al fin á Reinaldo, y se detuvo
Su osada fuga y su valor contando,
Que despues le cubrió de eterna gloria,
Añadió al fin, que ya la gente franca
Á estas puertas venia á dar asalto,
Y convidóle á que llegase almenos
En la postrer victoria á tener parte.
Del valeroso Esveno estas palabras
El jóven corazon tanto aguijaron,
Que un lustro cada hora le parece
Sin esgrimir contra el infiel su espada,
La gloria de los otros en su mengua
Parécele caer, y se consume,
Y al que estar quieto le aconseja ó ruega,

Ó le desprecia, ó no escucharle quiere;
Ni otro riesgo mas teme, que el no hallarse
Al lado tuyo en tus mayores riesgos.
Acelera su suerte ¡suerte infausta!
Y que alumbre la luz del nuevo día
Para la marcha espera solamente,
Y juzga por mejor la vía recta
Que á este campo dirige; ni se cura
De evitar malos pasos, ó países
Que infestados estaban de enemigos.
Hambres pasamos y fragosas vías,
Y batallas hubimos y emboscadas;
Mas derrotados fueron ó vencidos
Todos; muerto quedando el que no huye.

»Ufanos y atrevidos, las victorias,
Y en los riesgos seguros, los tornáran;
Cuando un día campados ya muy cerca
Del país palestino y sus confines,
Los batidores vienen á dar parte
De haberse oído estruendo de armas mucho;
Visto banderas, y otras que son muestras
De estar muy cerca egército infinito.
Con faz serena el Príncipe lo escucha
Sin mudar de color, de voz, ni idéa,
Aunque al cruel aviso muchos otros
De palidez tiñeran sus semblantes.
»Oh! Qué corona, esclama, prevenida
De martirio tendremos ó victoria!
La una espero; tambien la otra deséo
Que es mas de gloria y mérito mas grande.

El campo, hermanos míos en que estamos
Templo será de remembranza eterna,
Dó con el dedo los futuros muestren
Ó nuestra tumba ó los trofeos nuestros."

»Así dice: y las guardias ordenando
Y el servicio nombrando y la fatiga,
Quiere que armados duerman, y no deja
El mismo la loriga y los arneses.

»Era la noche; y hora que del sueño
Y del silencio es la mas amiga,
Cuando de ahullidos bárbaros se escucha
Grita que del abismo al cielo llega.
Al arma, al arma, gritan: y ya Esveno
Forrado en armas nos precede á todos,
Y los ojos, magnánimo, y semblante
De color de osadía inflama y tiñe.
Viene sobre nosotros denso cerco
Que nos rodéa y ciñe todo en torno
De astas y espadas que formaba un bosque,
Y un diluvio de flechas nos arrojan.
En desigual batalla, donde veinte
Los enemigos eran contra uno,
Muchos de ellos heridos, muchos muertos
Son al favor de las oscuras sombras:
Pero el número de ellos, las tinieblas
No dejan descubrir de ningún modo.
Tambien la noche nuestro daño encubre,
Y el heróico valor de nuestros brazos.

»Tanto por fin Esveno alza su testa
Que todos facilmente pueden verle;

É incierto entre las sombras parecía
Y á los que le miraban increíble.
De sangre un río, un monte de hombres muertos
Trinchera y foso en derredor le hacen;
Y por dó quier que vá, llevar parece
En los ojos terror, muerte en las manos.
Así se peleó hasta que el alba
El Cielo sonrosando nos alumbra;
Mas despues que el horror nocturno cesa
Aun es mayor en vista de los muertos,
Y la luz deseada nos asombra
Con la vista cruel de tal matanza.
Cubierto de cadáveres el campo
Vimos, y nuestra gente destruida:
Ya de dos mil, quedaban ciento: entonces
Que Esveno tanto muerto y sangre advierte;
No sé si el corazon feroz, al triste
Espectáculo aquel se ánima ó turba,
Que no lo muestra; mas la voz alzando:
»Nuestros valientes compañeros, grita,
Sigamos, que con sangre altos vestigios
Nos han marcado para el Cielo, y lejos
Del lago aberno y la laguna estigia.”
»Dijo: y alegre, créo por la muerte
Que gloriosa tan cerca ya miraba,
Contra bárbara turba el fuerte pecho
Insano arroja, intrépido, y constante.
No hay fino temple de árma que resista
Ni duro acero, ni el diamante mismo
Á los terribles golpes con que liere:

Sin herida no hay parte ya en su cuerpo;
No la vida, el valor es quien sostiene
Aquel feroz indómito cadáver.

Hiere sin reparar en que es herido,
Y mas se irrita cuanto mas le ofenden.

Le acomete á este tiempo furibundo

Con fiero aspecto un hombre agigantado,

Y al fin de una obstinada y larga guerra

Auxiliado de muchos le derriva.

»Cayó el invicto Jóven ¡caso infausto!

Sin que haya quien su muerte vengar pueda.

De mi Señor bien derramada sangre,

Y amados huesos, por testigo os pongo

Que desprecié mi vida en tal momento,

Que el hierro no evité, ni huí de un golpe;

Y si mis dias decretados fueran,

Méritos hice allí para acabarlos.

De los nuestros caí vivo yo solo,

Y muerto me creyeron ciertamente,

Ni puedo decir mas del enemigo

De tal modo perdí conocimiento'

Mas despues que á mis ojos la luz vuelve,

Que eran cubiertos de una espesa nube,

De noche me parece, y entre estragos

Como una luz pequeña estaba viendo;

Con el desmayo apenas distinguía

Por el pronto las cosas que miraba,

Y estaba como aquel que despertando

Comienza á abrir los ojos y los cierra.

»El dolor ya de mis acerbos llagas

Iba empezando á hacérseme mas grave,
Que es mas sensible con la noche y frío
Sobre desnuda tierra y al sereno.
La luz aquella más se iba acercando,
Y al mismo tiempo un tácito ruido.
Luego que á mi llegó, junto se pára;
Alzo mi débil vista aunque con pena,
Y véo á dos que con ropage largo
Dos hachas tienen, y me dicen: »Hijo,
Confía en Dios que acorre á quien le sirve,
Y dá su gracia al paso que le ruegan.»
De este modo me habló' luego, la mano
Estendiendo, me echaba bendiciones,
Y una plegaria dijo en bajo tono
Que entenderse no pudo; y despues dice:
Levántate; y al punto me levanto
Ágil y sano sin dolor de heridas.
¡Qué portento tan grande! Así mis miembros
Hallé de un vigor nuevo revestidos.
Atónito los miro, y no bien créé
Lo que está viendo el alma desmayada:
»Qué dudas? tén mas fé: qué estas pensando?
Cuerpos en realidad son los que miras;
Siervos somos de Dios, que de este mundo
Dejado habemos las falaces glorias,
Viviendo aquí en lugar remoto y solo.
De tu salud aquel Señor que reina
En todas partes me hizo hora ministro,
Que por medio aunque vil, no se desdena
De obrar sus maravillas; y no quiere

Que abandonado quede aquel cadáver
Que depósito fué de alma tan digna;
El cual con ella fúlgido y ligero
Hecho inmortal un día debe unirse:
De Esveno el cuerpo digo, á quien se erija
La tumba conveniente á valor tanto,
Que con el dedo la señale y honre
Andando el tiempo la futura gente:
Pero alza ya los ojos, y una estrella
Como un luciente Sol mira cual brilla;
Esa pues con sus rayos te dirige
Á dó el cadáver de tu Gefe yace."

»Entonces véo de la fase hermosa
De astro nocturno descender un radio
Directo al sitio donde está el gran cuerpo
Como aureo rasgo de pincel muy fino,
Y sobre él tanto alumbra y reverbera,
Que se vieron brillar todas sus llagas:
Pero se me figura en aquel punto
Verle en la horrible sanguinaria pugna.
Estendido yacía, y como vuelto
Hácia la estrella, verla deseando,
Su vista al cielo fija se miraba,
Como aspirando á la celeste gloria:
Tiene el acero con su diestra asido
La siniestra en su pecho humildemente,
Y á Dios perdon pedirle parecía.

»Mientras mi llanto sus heridas lava
Desfogando el dolor que en mi alma existe,
La mano le abre aquel Anciano santo,

Y la espada le arranca que aun empuña.

»Ésta, me dice que hoy ha derramado
Tanta infiel sangre de que está teñida,
Es, como tú bien sabes, escelente;
Ni otra espada tal vez podrá igualarla:
Por tanto el cielo quiere, ya que es muerto
Su primitivo dueño, que no quede
Ociosa en esta parte, y que pasando
De esta mano á otra mano osada y fuerte,
Que la esgrima con arte igual y brio,
Y mejor suerte en ocasion distinta,
Con ella tome, cual le está esperando,
Del matador de Esveno la venganza.
Soliman le mató; y acerba muerte
Por la espada de Esveno ha de acabarle.

»Tómala, pues, y vé á donde está puesto
Al alto muro sitio por los fieles;
Ni en el país extraño temor tengas
De ser de nuevo ahora interceptado;
Que las fragosas sendas te hará suaves
La alta diestra de aquel que allá te envia.
Allí es su voluntad que por tu boca,
Cuya voz conservó, se manifieste
La piedad y el valor, y el gran denuedo
Que en tu amado Señor viste tú mismo,
Á fin de que su egeemplo anime á todos
Á batirse y morir por la Cruz Roja;
Y ahora, y aun despues de muchos lustros
Los ánimos escelsos se enardezcan.
Solo falta que sepas el que debe

Ser de esta espada el heredero digno:
Este es Reinaldo, aquel mancebo jóven
Á quien nadie compite en fortaleza.
Dásela á él, y dile, que de él solo
La gran venganza el cielo y mundo exigen."

»Mientras absorto al escucharle estaba
De nuevo me sorprende otro portento:
Donde estaba el cadáver, de improviso
Se aparece un magnífico sepulcro
Que encerrado le deja al elevarse,
Sin que sepa yo el como ni por donde,
Y además se leía en breves notas
El nombre y el valor del gran Guerrero.
Yo no acertaba á separar la vista,
Ya mirando inscripciones, y ya el marmol,
Cuando el Anciano dijo: »Aquí el cadáver
Oculto yacerá entre amigos fieles,
Mientras que su alma allá en el alto cielo
De un bien glorioso y sempiterno goza.
Pero tú con el llanto las exequias
Justas le has hecho: tiempo es de reposo;
Nuestro huesped serás hasta que el alba
Á emprender tu viage te convide."

»Calló: y por altos y quebrados sitios
Ya resbalando ya arrastrando anduve,
Hasta que en altas escarpadas rocas
Á una gruta llegamos muy profunda,
Que entre los Lobos y Osos es su alvergue,
Y el Discípulo y él están en salvo;
Que es defensa mejor que arnés y escudo

En el desnudo pecho la inocencia.
Una cena frugal, y un duro lecho
Refrigerio me dieron y descanso:
Pero así que en oriente, el matutino
Dorado rayo purpuraba el cielo,
Vigilantes á orar se levantaron
Uno y otro Ermitaño y yo con ambos.
Despues del santo Anciano despedíme,
Y como él me previno así he venido.”
Aquí calló el Tudesco; y le responde
Bullon: »Ó Caballero: tú nos traes
Duras nuevas al campo y dolorosas,
Que nos consternan con razon y afligen,
Al ver que unos amigos tan valientes
En un momento han perecido todos;
Y así como un relámpago, se ha visto
Y ha desaparecido el Señor vuestro:
Pero es feliz su muerte y preferible
Al conquistar provincias de oro llenas;
Ni en sus fastos tampoco el capitolio
Egemplo tan glorioso mostrar puede.
Todos del cielo en el luciente templo
Corona inmortal ciñen de victoria.
Cada cual allí muestra sus heridas
Y al mostrarlas el gozo le enagena.
Mas tú que á las fatigas y peligros
Del mundo en la milicia te has quedado,
Sus triunfos gozar debes, ya que fuiste
Un testigo ocular de sus hazañas;
Y pues que al Hijo de Bertoldo buscas,

Sabe; que ausente se halla y vagaroso;
Ni soi de parecer, de aquí salieres
Hasta que de él tengamos nuevas ciertas."

Este hablar, en los otros, de Reinaldo
Despierta y les renueva su amor grande;
Y aun hay quien dice: »¡Entre pagana gente
Andará errante el pobrecito jóven!"
Y no hay alguno que al Danes, contando
Sus grandes hechos no recuerde ahora;
Y de sus obras la abundante tela
No despliegue y estienda transportado.

Cuando, pues, del mancebo la memoria
Los ánimos tenía enternecidos.
Vénse muchos volver, que por costumbre
Salieron al pillage en los contornos,
Y una presa abundante conducían
De ganado lanar y de bacuno,
De boca algunas pocas provisiones,
Y para los caballos tambien heno:
Traían además, de un gran desastre
Al parecer señales evidentes;
Roto del buen Reinaldo el arnés todo
Que ensangrentado estaba en muchas partes.
Espárcese al momento, sin que pueda
Esto ocultarse, gran rumor confuso.
Corre el vulgo doliente á las noticias
Del Guerrero, y á ver las armas suyas;
Las vé, y conoce bien la inmensa mole
Y brillantez del grande coselete,
Y el yelmo, por el Ave que á sus hijos

Desconoce en la pluma, y al Sol prueba:
Estas armas que un tiempo ver solía
En las árduas empresas ir delante,
Hora las vé con lástima y enojo
Mancilladas con sangre en tierra, y rotas.

Mientras susurra el campo atribuyendo
A varias causas tan infausta muerte,
Bullon el Pío á Alipandro llama
Gefe de aquella tropa apresadora,
Hombre de gran verdad, de buen talento,
Y de suma honradez; y le pregunta:
»¿En dónde, y cómo hubistes estas armas?
Dime cuanto de bueno y malo sepas."
Y este le respondió:

»De aquí hai distante
Lo que en dos dias anda un mensagero
Una corta llanura junto á Gaza,
Entre unos cerros fuera de camino:
Baja de lo alto un riachuelo corto
Que entre las plantas mansamente corre,
Y de árboles umbroso y matorrales
Es para una traicion idóneo sitio.
Fuimos á ver, si en su frondosa orilla
Paciendo acaso algun ganado hubiese,
Y en la yerba encontramos junto al agua
De un armado guerrero el cuerpo muerto.

»Al ver sus armas, se conmueven todos;
Que aunque muy sucias bien las conocían:
Yo fuí corriendo á descubrirle el rostro;
Mas la cabeza hallé que le faltaba,

Y la diestra tambien, y heridas muchas
Por la espalda tenía el grande busto.
Cerca de allí encontré vacío el yelmo
Con la Aguila que estiende blancas álas.
Mientras alguno busco que me informe,
Véo que un Zagal solo al acercarse
Atrás volvía huyendo al descubrirnos;
Pero seguido y preso; á las preguntas
Que nosotros le hizimos, nos responde;
Que el dia anterior vió de la floresta
Salir muchos guerreros: ocultóse,
Y observó que uno de ellos en la mano
Llevaba una cabeza suspendida
Por cabellera ensangrentada y rubia,
Y al fijar la atencion, pudo ver que era
De un jóven que ni el bozo, le apuntaba;
Que luego el mismo la envolvió en un lienzo
Que en el arzon llevaba. Y aun mas dijo:
Que conoció bien ser de nuestra gente
Aquellos caballeros por su trage.

»Despojar hice el cuerpo con tal pena,
Que al ver sospechas tales lloré mucho.
Cuidé de darle sepultura digna,
Y me trage las armas solamente.
Mas si es aquel cadáver el que créo,
Otra tumba merece y otra pompa."

Así dijo Alipandro; y se despide
Sin que hiciera saber nada evidente.
Quedóse grave, y suspiró Gofredo;
Ni en su triste pensar puede afirmarse,

Y el mutilado busto con mas claras
Señales conocer, y el réo, quiere.

Era alta noche y con su negro manto
De los cielos cubría el campo inmenso;
Y el sueño, dulce olvido de los males,
Adormecía penas y sentidos:
Mas de acerbo dolor agudas flechas
Aguijan á Argillan que piensa mucho.
Ni el agitado pecho y ojos pueden
Descanso conciliar ni el sueño blando.
Éste de manos pronto, osada lengua,
Impetuoso, y de ferviente seso,
Nació á orillas del Trenta y siempre anduvo
Entre guerras civiles y odios grandes:
Fué desterrado; y bosques y riveras
Llenó de sangre y asoló aquel reino,
Hasta que vino á pelear en Asia
Y por fama mejor se hizo preclaro.

Cerca del alba al fin cerró los ojos;
Pero un sueño no fué quieto y tranquilo,
Que era un furor que le infundía Aletia
Tan profundo y pesado como muerte.
Sus potencias quedaron embargadas,
Y aun durmiendo reposo no tenía,
Que la furia infernal se le aparece
Bajo horribles fantasmas que le hostigan.
Figúrale un gran busto; y que cortada
La cabeza tenía, y sin la diestra:
Su testa en la siniestra sosteniendo
Cárdena, yerta, y palida, y exangüe

Respira el muerto rostro, y respirando
Entre sangre y sollozos así dice:

»Huye Argillan, no aguardes que amanezca;
Huye del campo infame y Gefe impío.

¿Quien del fiero Gofredo y sus traiciones
Con que me ha muerto aseguraros puede?

En su interior la envidia le devora,

Y á destruíros como á mí conspira.

Mas si acaso tu mano aspirar quiere

Á mayor gloria en su valor fiada,

No deberás huir: ese Tirano

Mi sombra aplaque con su infame sangre:

Contigo estaré siempre de íra armado,

Y tu diestra armaré, y el fuerte pecho."

De este modo le habló: y sus palabras

Le inspiran nuevo espíritu furioso.

Déjale el sueño, y asombrado, abre

Los ojos llenos de veneno y rabia.

Ármase al punto, y con presteza suma

De Italia junta los guerreros todos

En el mismo lugar dó están pendientes

Las armas de Reinaldo; y con soberbia

Voz, su furor é intento que medita

Comunica, é inspira de este modo:

»¿Con que ese pueblo bárbaro y tirano

Que razon no conoce y fé no guarda;

Que de oro no se vé saciado y sangre,

Nos ha de subyugar y poner freno?

Cuanto en siete años de afrentoso y duro

Sufrido habemos, bajo inicuo mando

Por largos años Roma y toda Italia
Mucho tendrá por que bajar los ojos.
Dejo á un lado; que habiendo la Cilicia
Sido domada por el buen Tancredo,
Traidoramente el franco la posée,
Y el premio usurpan al valor sus fraudes.
Dejo: que en todos riesgos y peligros
El consejo, el valor, la diestra fuerte
Le precede de alguno de nosotros,
Cuando el laurel despues; cuando las presas
Entre la paz y el ocio se reparten,
Jamás entre nosotros, y se apropian
Nuestras tierras, riqueza, honor y triunfos.

»Días ha que pesadas é insufribles
Ófensas tantas deberian sernos
Que miro como leves; y en muy leves
El mal presente infando las convierte.
Al buen Reinaldo han muerto, y despreciado
Todas humanas leyes y divinas.
¡Y no hay rayos del Cielo! ¡Y en su abismo
No los sepulta ya la madre tierra!
Nos han muerto á Reinaldo, cuyo acero
De nuestra fé fue escudo, ¡y no es vengado!
Sí: ¡No se venga y en el suelo duro
Despedazado, é insepulto yace!
¿Investigais quien fuera el inhumano?
¿Á quien podrá, ó amigos, encubrirse?
Ah! ¿Quien no sabe que al valor latino
Gofredo y Baldovino envidia tienen?

»¿Mas para qué me canso? Al Cielo juro

Que me está oyendo y engañar no es dable,
Que al retirar la noche el manto negro
Le ví espíritu errante, y desgraciado.
¡Qué espectáculo ay mí! cruel y duro!
De Bullon prediciendo la perfidia.
Yo le ví: no fue sueño; y me parece
Tenerle todavía ánte los ojos.

¿Qué hemos de hacer amigos? ¿Esa mano
Que de esta injusta muerte es mancillada
Nos deberá regir? ¿Ó á lejas tierras
Donde corre el Eufrates nos iremos,
Donde á un inerme pueblo en vega fértil
Tantas ciudades nutre y fertiliza?.....
Ellas serán tomadas, segun créo,
Sin tener los franceses parte alguna.

»Vámonos: quede sin vengar la sangre,
Si así os parece, ilustre y inocente:
Bien que si aquel valor que está apagado,
En vosotros ardiese cual debiera,
Este fiero Escorpion que nos devora
Toda la flor de la latina gente,
Con su egemplo y su muerte dejaría
Memorable escarmiento á los malvados.
Yo quisiera, si el grande valor vuestro
Fuera osado ayudarme en esta hazaña,
Que hoy esta mano el corazon impío,
Que es nido de traiciones, traspasase."

Así agitado hablaba; y con su furia,
Y su ímpetu feroz arrastra á todos.
Al arma, esclama insano, al arma; y luego

La juventud soberbia al arma esclama.
La diestra armada Aleto entre ellos gira
Y con su fuego su veneno vierte.
La indignacion, delirio, y la perversa
Sed de sangre por puntos vá creciendo;
Vá cual peste cundiendo, y se dilata:
En las latinas tiendas ya no cabe,
Y pasa á contagiar á los elvecios;
Y desde allí al ingles se comunica.
Ni es solo al extranjero á quien conmueve
Este público mal y fuerte caso,
Que rencillas antiguas dan ahora
Pávulo y nutrimento á nuevas íras,
Enojos que dormian despertando.

Tirano impío hasta el frances le llama,
Y ya difunde en amenazas fieras
Odio que reprimir en sí no puede:
Cual ferviente licor que en la vasija
Por nimio fuego á borbotones salta,
En el cóncavo vaso no cabiendo
Espumante rebosa por sus bordes.
El vulgo loco á contener no alcanzan
Aquellos pocos que razon conservan,
Y Tancredo y Camilo están distantes,
Y Guillermo y los otros Soberanos.
Precipitados á las armas corren
Confusamente los feroces pueblos:
Óyense ya cantares belicosos
Y horrendo son de sediciosas trompas.
Veloces nuncios á Bullon el Pío

Á decirle que se árme van corriendo;
Baldovino el primero se presenta
Armado ya, y se pone al lado suyo.
Oye él su acusacion; y al cielo eleva
Sus ojos, y al Señor, cual suele acude:

»Tú sabes bien, Señor, con cuanto celo
Quiero evitar civiles mortandades;
Este velo pues rasga de sus mientes,
Y reprime un furor que tanto cunde,
Y haz mas patente la inocencia mia,
Que al egército todo es bien notoria."

Calla: y del cielo, ardor, de vena en vena
Desusado sintió que iba corriendo:
De alto vigor henchido y fé constante
Que en su pecho resalta y le hermoséa,
Rodeado de su gente en derechura
Se fué á los que á Reinaldo vengar quieren,
Sin que el paso detenga aunque escuchase
De amenazas y de armas rumor mucho.
Su coraza á la espalda, y vestimenta,
Cosa bien rara en él! rica le adorna.
Sus manos descubiertas y su rostro
De magestad celeste fulguraban;
Sacude el aureo cetro, y con él solo
Quiere aquietar la sediciosa furia:
Así se les presenta; y así dice;
Y cual de hombre mortal la voz no suena:

»¿Qué necias amenazas, y rumores
Estoy de armas oyendo? Quien las mueve?
Así se me respeta? De este modo

Despues de pruebas mil se me conoce,
Que aun sospechosos hay; y quien de fraude
Acuse á Godofredo, y quien lo apruebe?
Esperareis acaso que me humille,
Que os convenza, y os pida mil perdones?
No plegue á Dios que con bajeza tanta
Amancille mi fama esclarecida:
Este cetro, y mis ínclitas hazañas
Serán quien solo defenderme deben:
Á la piedad por ahora la justicia
Quiero que ceda. Indulto á los culpados;
De Reinaldo consagro á la memoria
Y sus méritos grandes este obsequio,
La sangre de Argillan autor del crimen
La culpa espie de los demás todos,
Que fascinado por indicios leves,
Al mismo error á todos ha arrastrado.”

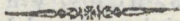
De luz destellos en el regio aspecto
Se vieron fulgurar mientras decía;
Y atónito Argillan tanto se aterra,
Que á las íras de un rostro se anonada;
Y el vulgo que ántes atrevido y fiero
Prorrumpía en denuestos orgullosos,
Sus manos prontas á empuñar las armas;
Oye á Bullon altivo y calla; ni osa
De vergüenza y temor alzar la frente,
Y sufre que Argillan en medio de ellos
Y de sus armas preso le lleváran.

Tal un Leon su horrible cabellera
Mugiendo sacudía altivo y fiero;

Viendo al amo despues que le ha domado
Del corazon soberbio la fiereza,
Sufre del yugo ignominiosa carga,
Y su amenaza teme y duro imperio,
Sin que las garras, la melena y boca,
Que tienen tal poder, le ensoberbezcan.
Dícese que se vió con crudo aspecto
Y en actitud feroz y de amenaza
Un alado Guerrero que oponia,
Defendiendo á Bullon su fuerte escudo,
Y fulminar con la desnuda espada
Que se miraba destilando sangre;
Y era sangre tal vez de las naciones
Que del cielo las íras provocaron.
Sosegado el tumulto; ya las armas
Deponen, y aun con ellas sus intentos.
Torna Gofredo al pabellon, pensando
En varias cosas, y en empresas nuevas;
Que dár asalto á la ciudad procura
Sin demorarlo mas que unos tres dias;
Y las cortadas vigas iba viendo
Que ya muy graves máquinas formaban.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

CANTO NÓNO.



Pero el monstruo infernal que vé aquietados
 Los sublevados pueblos y tranquilos:
 Que chocar contra el hado no podía,
 Ni de la estable mente los decretos:
 Vase; y los campos, por dó pasa, alegres,
 Seca, y pálido el Sol súbito torna:
 Mueve veloz sus alas, y á ser vuela
 De otras furias ministro, y otros males.
 Sabía pues, que de la franca hueste
 De compañeras suyas por industria
 Distante estaba el Hijo de Bertoldo,
 Y Trancredo, y los mas fuertes guerreros:

»Este es dice el momento en que improvisó
 Á sorprenderlos Soliman viniese;
 Que obtendrá gran victoria es infalible
 Sobre un campo discorde y enervado."

Dijo: y voló á dó entre errantes tropas
 Estaba Soliman el gefe de ellas:
 Aquel que fué de todos los rebeldes
 El mas feroz que contra Dios ha habido;
 Ni aunque por nueva injuria sus gigantes
 Renovase la tierra, igual le habría:
 Rey de los turcos fue y allá en Nicéa

Tener solía su imperial asiento;
Y sus confines del Meandro al Sangro
Hácia las playas griegas estendía.
Allí á los misios, frigios, y á los lidios
Acogió y de Bitinia y los del Ponto.
Mas desde que á Turquía y contra infieles
Fueron al Asia peregrinas armas,
Sus tierras conquistaron, y en conflicto
Grande dos veces derrotado estuvo.
Otras tantas, tentó probar fortuna,
Y fue de su país siempre arrojado.
Del Rey de Egipto se acogió á la corte
Y este con agasajo le recibe,
Y hubo placer de que tan buen guerrero
Su compañero de las armas fuese,
Teniendo intento de estorbar la toma
De Palestina á las cristianas armas.

Antes que abiertamente les hablase
De esta guerra que estaba preparando;
Quiso que Soliman, á quien mucho oro
A este fin dió, le reclutase alarbes;
Mientras él en el Asia y Morería
Su egército juntaba. Volvió presto
Soliman que traía árabes muchos
Mercenarios avaros y ladrones.
Hecho pues, gefe de estos; de Judea
Corre asolando las campiñas todas;
Y el camino cortaba que del campo
De los cristianos iba á la marina.
Sin poder olvidar la antigua afrenta

Y de su imperio la ruína grande,
Venganza mucha maquinando estaba,
Pero sin resolverse, aun indeciso.

Preséntasele Aleto en tal momento
En forma de un anciano que él conoce
Pálido el rostro y arrugado todo,
Afeitada la barba y no el vigote,
Un lienzo grande su cabeza envuelve,
Y hasta los pies le llega el largo trage;
La cimitarra al lado, y á la espalda
La aljaba, y en sus manos lleva el arco,
Y así le dice:

»Estamos recorriendo
Tierras desiertas y arenosas playas,
Donde ni aun una presa puede hacerse,
Ni hacer acciones de alabanza dignas;
Mientras Gofredo la ciudad estrecha,
Y abierta tiene brecha ya en sus muros;
Y si un poco tardamos, lograremos
Ver desde aquí su fuego y sus ruinas.
¿Serán de Soliman hechos muy dignos
Saquear cabañas, y robar ganados?
Así el reino recobras? Así quieres
Tus daños vindicar y tus ultrages?
Ánimo pues: detrás de sus trincheras
Por la noche destruye á ese Tirano.
Crée á tu viejo Araspe, y sus consejos
De que en fortuna y males pruebas tienes.
»Él no puede esperarte, y aun desprecia
Á los tímidos árabes desnudos;

Ni podrá persuadirse, que esta gente
Tenga tal osadía, acostumbrada
Á la rapiña solo y á la fuga:
Mas tu valor los ha de hacer valientes
Contra un campo que yace en el reposo.”
Así le dijo: y sus ardientes furias
Inspiróle en el pecho y sesgó el viento.
Las manos el Guerrero al cielo alzando:
«Oh! Tú, exclamó, que tal furor me inspiras,
Y que hombre no eres aunque en forma humana
Te me presentas; tu consejo sigo.
Una montaña haré de cuerpos muertos,
De sangre un río, como tú me ayudes
Mis armas dirigiendo entre las sombras.”
Calla: y sin detenerse úne la gente,
Aníma hablando al flojo y al cobarde;
Y en el ardor de su ferviente anhelo
Arrestado á seguirle inflama el campo.
Con su clarín Aleto al arma toca,
Y su mano tremóla la bandera.
Marcha veloz al campo, y tanto corre,
Que en pos se queda de la fama el vuelo.
Tambien vá Aleto; mas despues los deja,
Y en mensagero al punto se transforma,
Á la hora que parece dividirse
El día de la noche: entre dos luces
Entra en Jerusalem, y por la turba
Atravesando al Rey le dió el aviso
Del numeroso egército, y su objeto.
Y del nocturno ataque, y de la seña,

Hórrido velo estienden ya las sombras
Que de rojo vapor la esfera tiñen:
La tierra en vez de la nocturna escarcha
Baña espeso rocío sanguinoso;
De espectros fieros vióse el cielo henchido,
Y de monstruos aullidos se escuchaban:
Vacío Pluton el Orco, y sus tinieblas
Todas echó de las tartareas grutas.
Por tan profundo horror, hácia las tiendas
Cristianas el Soldan vá caminando:
Cuando á mitad de su carrera asciende
La noche, y desde allí veloz declina,
Á ménos de una milla del parage
Dó el seguro frances reposa, llega.
Manda hacer alto y que la gente coma,
Y al crudo asalto así los animaba:

»Ved lleno un campo aquí de presas ricas,
Que es harto mas famoso que temible.
Cual ancho mar, en su ambicioso seno,
Las riquezas encierra de Asia toda.
Todo á vosotros con pequeño riesgo
Os ofrece benigna la fortuna:
Caballos y armas que guarnece el oro
Presa vuestra serán, no su defensa.
Ni esta es la hueste ya que á la persiana
Gente venció y á la nicena gente;
Por que en tan largas y diversas guerras
De ella la mayor parte ha perecido:
Y aunque íntegra estuviese; sumergida
Está en profundo sueño y desarmada.

Al que durmiendo está pronto se oprime,
Que del sueño á la muerte hai trecho corto.
Ea! venid: que yo seré el primero
Que sobre muertos la trinchera monte:
Vuestras espadas cual la mia hieran
Con crueldad igual, con igual árte.
Caiga por tierra hoy de Cristo el reino;
Y en vuestro honor dad libertad al Asia.”
Inflámalos así al cercano asalto,
Y los hace mover con gran silencio:
Pero unas centinelas abanzadas
Aunque con luz escasa los descubren;
Y como se creía, no encontraron
Tan descuidado al vigilante Gefe.
Retíranse gritando hácia su guardia
Viendo que tropa tanta trae consigo;
Todo se alarma, el campo, y en un punto
A combatir se apresta diligente.
Hacen sonar los bárbaros metales
Los árabes al verse descubiertos;
Al cielo sube gritería inmensa,
Relinchos de caballos, y pisadas,
Que el monte y valle resonar hacían,
Y á sus estruendos respondió el abismo.
El hacha Aleto alzó de Flegetonte,
Y dióles la señal á los sitiados.
Corre el Soldan delante, y á la guardia
Llega, que encuentra armándose confusa;
Rápido mas que tempestad muy torba
Cuando de montes cavernosos sale;

Río que arranca casas y arbolados;
Rayo que abrasa y que derriba torres;
Terremoto que al mundo de horror llena,
Todo es parangon corto al furor suyo.
No tira golpe nunca sin que acierte,
Y son mortales las heridas que hace.
Aun mas diré; que casi es increíble:
Ó no hace caso, ó no sentir parece
Los golpes que le tiran los contrarios;
Si bien su yelmo herido, cual campana
Resonaba lanzando mil centellas.

Cuando apénas él solo en fuga puso
Aquella primer guardia de los francos,
Como un diluvio que úne mil corrientes
Los árabes corriendo se allegaban.
Á rienda suelta los franceses huyen;
El vencedor mezclado vá con ellos,
Y así en el campo introducirse logra
Donde todo es ruina, horror y muertes.
Lleva el Soldan sobre el disforme yelmo
Un Dragon que se lanza hácia delante,
Sobre sus garras se alza, estiende el ala,
Revuelve en arco la orquillada cola;
Tres lenguas vibra, y arrojar parece
Cárdena espuma, y el silvido oírse,
Y con los movimientos de la pugna
Humo arrojar y llamas juntamente;
Á cuya horrenda luz mas formidable
Se mostraba el Soldan á sus contrarios;
Como vé el navegante entre las sombrás

Por relámpagos mil el torbo Océano.

Trémulos pies dán unos á la fuga,
Otros la mano intrépida al acero.

La oscura noche aumenta los tumultos,
Y ocultando los riesgos mas crecían.

Entre los que mostraron mas firmeza
Fue un tal Latin, de la Tiberia hijo:
Endurecido en la fatiga el cuerpo
No hacían impresion en él los años;
Rodeado de cinco hijos iguales,
Fuertes como él andaba en las batallas,
Que de muy tierna edad cargado había
Con las armas sus miembros delicados.
Por el paterno egemplo conmovidos
El acero y las iras aguzaban,
Y él les dice: «Andad á dó ese impío
Mas con los que de él huyen se embravece:
Vuestro ardor natural no se minore
Por el sangriento estrago que está haciendo:
El honor, hijos mios, que no adorna
Algun pasado horror poco se estima.

Tál Leóna feroz á sus cachorros
Que la melena el cuello no les cubre,
Ni con los años las feroces garras
Les han crecido, ni el horrendo diente,
Consigo al riesgo y á la presa guía,
Y con su egemplo á ensangrentarse enseña
En algun cazador que inquieta el bosque,
Y fieras menos bravas intimida.
Sigue el buen padre á sus incautos hijos:

Á Soliman asaltan y rodéan;
Y á un tiempo mismo vieronse enristradas
Seis grandes lanzas dirigirse á un punto:
Pero el hijo mayor mas arrojado,
Abandona la lanza, y se aproxima,
Queriendo en vano con su aguda espada
Bajo de aquel feroz matar el bruto.

Como á tormenta, empero, espuesto monte
Que de ólas combatido el mar desprecia;
Truenos resiste firme, y las injurias
Del cielo airado, y viento, y de las ondas:
Así el fiero Soldan la erguida frente
Firme á la espada ofrece y á las lanzas:
Y al que su bruto hiere, la cabeza
Entre ojos y megillas le divide.
Aramante al hermano cuando cae
Piadoso el brazo alarga y le sostiene:
Vana piedad é inutil, que á la ruína
Del otro viene á acompañar la suya;
Pues dirige el Pagano al brazo el hierro,
Y derriba con él al que á él se apoya.
Uno sobre otro caen exhalando
El último suspiro con su sangre.
Quiebra en seguida de Sabino el asta
Con que de lejos le molesta el jóven;
Le echa el caballo encima y le derriba
Asustado á los pies, y le patéa.
Salió del cuerpo tierno el alma, y mustia
De la vida dejó el aura suave,
Y los alegres dias que adornaban



Con plácido deleite la edad tierna.

Quedan vivos aun Pico y Laurencio,
Gemelos ambos, y en extremo tanto
Parecido uno al otro, que solía
De graciosos engaños ser la causa:
Mas si natura así los hizo iguales,
La furia hostil los hizo bien distintos;
Diferencia cruel! Que á uno separa
Del busto el cuello, al otro el pecho rompe.
El Padre, ah! no ya padre! suerte fiera,
Que de hijos tantos le dejó sin uno!
Su muerte en cinco muertes está viendo,
Y por tierra su estirpe está mirando.
Ni sé como en su edad fuerzas tenía
Para vivir con desventura tanta,
Y aun peleaba: mas sus hijos tristes
Finados ya tal vez mirar no quiso,
Y de tan crudo luto á los sus ojos
Parte ocultó la oscuridad amiga.

Á tan costoso precio y con su muerte
Dulce le hubiera la victoria sido:
Pródigo con anhelos de su sangre
La de los otros conservar quería;
Ni en su deséo conocerse puede
Si es matar ó morir su mayor premio;
Pero al Contrario grita: »¿Es tan endeble,
Y merece desprecio tal mi mano,
Que con todo su esfuerzo no ha podido
Concitar contra mí tu fúria insana?"
Calla: y golpe le tira áspero y crudo

Que el espaldar rompió, y rompió la cota,
Y al costado llegó, y herida grande
Le hizo, y sangre espesa le corría.
Al grito, y á tal golpe, contra él vuelve
El bárbaro cruel su ira y su espada,
Y el escudo que tiene siete dobles
De duro cuero, y la coraza parte,
Y escóndele en las vísceras su acero.
Suspira el infeliz, mas aun no muere;
Y alternativamente vomitaba
Por la herida la sangre y por la boca.

Como del Apenino árbol robusto,
Que embates despreció del boreas y euro;
Si uracan desusado al fin le arranca,
Al desplomarse aplana cuanto encuentra.
Así cae Latin; y es tal su fúria,
Que arrastra en pos de sí cuantos alcanza:
Glorioso y digno fin de hombre tan bravo,
Que estrago grande al ir muriendo hiciese.

Mientra el Soldan desfoga el odio interno,
La sed saciando de cristiana sangre,
Cruda matanza en estos los cobardes
Árabes haciendo iban á su abrigo.
Enrico ingles, y el bábaro Olifernes
Mueren, fiero Dragonte, por tu mano,
Y á Filipo Ariadeno, y á Gilberto
Del país del Rin hijos, dió la muerte:
Mata Albazar á Ernesto con la maza,
Y de Algacel la espada Engerlan hiende.
¿Mas quien contar podrá tantas maneras

De muertes y la tropa que moría?

De la primera alarma Godofredo

Despierto estaba, y no se estaba ocioso:

Armado enteramente, un grueso cuerpo

Juntado había y ya veloz marchaba.

Desde el primer instante oyó la grita

Que mas terrible por momentos crece;

Y repentino insulto de ladrones

Árabes desde luego ser creía:

Pues al gran General no se le oculta

Que infestaba esa gente aquel contorno;

Bien que nunca creyó que esos bandidos

La osadía tuvieran de atacarle.

Mas cuando á ellos marcha, oye de pronto

Á las armas gritar por otro lado,

Y á un mismo tiempo al cielo hórridamente

Elevarse los bárbaros aullidos.

Clorinda era, y Argante, que guiando

Iban del Rey las tropas al ataque.

Á Güelfo su segundo, Godofredo

Se vuelve entonces y le dice: »¿Oyes

Otro rumor de guerra nuevamente

Por la parte del monte hácia la plaza?

Pues es preciso que ese primer choque

Contenga tu valor y tu pericia:

Vé pronto allí á mandar; y de esta gente

Puedes llevar también alguna parte;

Yo iré con los demás á estotro punto

Á sostener entanto la batalla."

Convenidos así; movieron ambos

Por diverso camino á igual intento,
Al monte Güelfo, el General á donde
Ya oposicion los árabes no encuentran:
Pero Bullon andando, á cada paso
De gente nueva fuerzas muchas cobra:
Así es que llega poderoso y grande
Á dó el Turco de sangre anega el suelo.
De su nativo monte así bajando
No llena humilde el Pó su angosta madre;
Y mientras mas se aparta de su origen
Soberbio abunda de mayores fuerzas;
Sus márgenes anega, alza la frente
De Toro, y vencedor lo inunda todo;
Con mas astas empuja Adria, y figura
Llevar la guerra al mar y no el tributo.

Godofredo que vé correr su gente
Asustada, la ampara, y amenaza:
»¿Que temor, grita es este? Vais huyendo?
Por lo menos mirad quien os persigue;
Pues es una vil tropa, que de cara
Ni recibir ni dar nunca ha sabido,
Y que si hacerles frente ellos os vieran
Solo al veros el rostro temblarían.”
Pica el Caballo en esto, y se dirige
Á dó de Soliman mira el estrago.
Por medio vá de sangre y polvareda,
Y de aceros, y riesgos, y de muertos:
Con la espada, y encuentros ábre calle
La mas cerrada por formadas tropas,
Y derribando por entrambos lados

Hombres caballos, caballeros y armas,
Saltando vá sobre confusos montes
De aquella mortandad y estrago horrible.

Intrépido el Soldan, que el fiero ataque
Siente venir, ni le huye, ni le teme,
Antes abanza, y el alfange en alto
Alzando para herirle se le acerca.

¡Que dos guerreros úne aquí la suerte
De tan lejanas tierras á batirse!

Contra el furor allí el valor peléa
Disputando del Asia el grande imperio.

¡Con cuanta rapidéz, quien decir puede,
Los pesados aceros esgrimían?

Callo aquí horribles cosas que se hicieron
Que la atmósfera oscura las oculta,
Dignas de un claro Sol, y de que todos
Cuantos mortales hay las observáran.

El pueblo de Jesus tras de tal guía,
Cobrado aliento carga al enemigo,
Y al Soldan homicida espesa turba
De los mejor armados rodeaba.

Tanto el infiel, como el cristiano bando
Peléan con valor y con fiereza;

Y unos y otros dan muerte y la reciben:
Como cuando en poder y fuerza iguales

El austro y aquilon soplan opuestos,
El cielo y mar ni al uno ni otro ceden,
Y nube á nube oponen y á óla, óla.

Así; ni acá ceder, ni replegarse

Alla se vé la gente en lid tan cruda,

Y hórridamente resonando chocan
Los escudos, espadas y los yelmos.

No menos fiera entanto es la peléa
Por la otra parte en multitud mezclados.
Mas de un millon de espíritus estigios
Poblado habían la region etérea,
Dando al pagano fuerza; y con su ayuda
Nadie atrás vuelve el pié ni hay quien lo piense:
Y esta llama infernal aumenta Argante
De su ardor natural siempre inflamado.
Él solo por su parte puso en fuga
Las guardias y saltó á los parapetos;
De lacerados miembros llenó el foso,
Y el camino allanó para el asalto.
Síguenle los demás y las primeras
Tiendas con sangre humana él enrogece,
Y Clorinda á la par, ó un poco en zaga
Delante no pasar sintiendo trepa.

Ya los francos cedían, y á este punto
Llega á buen tiempo con su gente Güelfo;
La cara á los que huían volver hace
Y contiene el furor de los infieles.
Así se peleaba; y sangre en ríos
Corre igualmente de uno y otro lado.

La vista entanto á la feroz batalla
De su gran solio el Rey del cielo torna:
Sentado estaba allá, dó bueno y justo
Rige todo y gobierna, y lo produce
Sobre el bajo confin del corto globo,
Y de la eternidad en trono augusto

Con tres luces en una resplandece.
Bajo el pié el hado tiene y á natura,
Y el movimiento, y quien le mide; y huella
El espacio, y aquella que humo ó polvo
Acá se llama gloria; y oro y reinos
Reparte á su placer desde lo alto,
Ni desatiende los humanos males.
Es por sí su esplendor tan refulgente
Que su luz no resiste aun el mas digno:
Inmortales sin cuento le rodéan
Que aunque no en gloria, en gozo son iguales.
Y al gran contento de beatos coros
Ledo resuena el celestial palacio.

Llama Dios á Miguel, que con sus armas
De brillador diamante árde y fulgura;
Y le dice: »¿No vés cómo está armada
Contra mi amado fiel pueblo escogido
La turba estigia, y de lo mas profundo
De sus muertos al mundo á turbar sale?
Anda, vé, y dile que el cuidado dege
De hacerse guerra á los guerreros solos:
Que el reino de los vivos, ni las claras
Faldas del cielo enturbie ni envenene:
Torne á las noches de Aqueronte oscuras
Su albergue digno á tan debidas penas,
Dó á sí misma, y las almas del abismo
Atormente: que así lo mando y quiero."

Calló: y el Gefe de volantes tropas
Se postró al pié divino, reverente;
Luego abre al vuelo las doradas álas

Raudo escediendo al pensamiento mismo.
Pasa el fuego y la luz, donde el asiento
Los Bienaventurados fijo tienen;
Después el cristal puro: el cerco mira
De estrellas recamado que giraba:
A Saturno y á Júpiter rotando
Con encontrado giro, y varias fases;
Y las fijas que errantes ser no pueden
Si no las mueve y forma virtud diva.
Llega después á los flagrantés campos
Del día eterno donde truena, y llueve,
Y al mundo derritiendo se alimenta,
Y en su guerra eternal muere y renace.
Venía con las plumas sacudiendo
La niebla densa, y las horribles sombras;
La noche dora con la luz divina
Que su rostro despide centelleando.
Tal el Sol en las nubes acostumbra
Sus colores mostrar después del agua:
Tal suele hendiendo el líquido sereno
De la gran madre al seno caer la estrella.

Llegado al fin donde la aberna turba
De los paganos el furor aguija;
Apoyado en sus alas se detiene;
La lanza vibra, y habla de este modo:

»Bien debierais saber con cuán terrible
Fulgor horrendo el Rey del mundo truena,
Vosotros que en tormentos sumergidos,
Y en desprecio, y miseria sois soberbios:
Que Sion, á su enseña, el cielo manda,

Abra sus puertas, rinda el alto muro.
¿Á qué oponerse al hado? Á que las íras
Provocar pues, de la celeste corte?
Á vuestro oscuro reino andad malditos;
Reino de penas y perpetua muerte;
Y en esos claustros que vos son debidos
Vuestra guerra inscribid y vuestros triunfos.
Ensañaos allí; sobre los malos
Egerced con rigor el poder vuestro
Entre el aullar y rechinar de dientes,
Y el sonido de hierros y cadenas."

Dijo: y á los que vió al partir remisos
Con la lanza fatal los arrojaba;
Ellos gimiendo, las regiones bellas
De la luz abandonan y los astros,
Su vuelo desplegando hácia el abismo,
Y en los malos renuevan los tormentos.
No pasa el mar de pájaros tal banda
Cuándo á clima mas cálido se acogen;
Ni al suelo vió el otoño caer nunca
Con los primeros fríos hojas tantas.
Libre de ellos el mundo; el negro aspecto
Depone y se serena y torna alegre.

Mas no por eso al corazon furioso
De Argante el rigor fiero á faltar llega,
Aunque su fuego Aleto en él no inspire
Ni el látigo infernal le esté incitando.
El crudo hierro esgrime donde encuentra
Mas denso y apiñado el franco pueblo:
No perdona al mas vil ni al poderoso

Y al mas soberbio con el bajo iguala.
No está lejos Clorinda, y nada ménos
De mutilados miembros siembra el campo.
Á Berenguer su espada el pecho hiere
Partiendo el corazou que el alma alberga,
Y tal pujanza lleva el crudo acero
Que enrojecido por la espalda sale:
Despues á Albino la garganta corta,
Y al fuerte Galo le cortó la cara.
De Gerniero la diestra, que ántes á ella
Herido había, vá cortada al suelo:
El hierro empuña aun, y titilando
Semiviva por tierra daba botes:
Tal de sierpe la cola que cortada
Procura á su principio en vano unirse;
Tan mal parado la feroz guerrera
Le deja; y luego á Aquiles tira un golpe
Que entre el cuello y la nuca dió de lleno,
Y los nervios y osófago cortados
La cabeza cayó rodando á tierra;
Ántes se ensucia el rostro en polvo inmundo
Que se cayera el cuerpo: el busto estaba
En la silla sentado, triste monstruo!
Pero libre del freno con mil botes
El caballo cozeando le despide.

Mientras que así la indómita guerrera
De occidente el egército maltrata;
No hace en los sarracenos menor daño
Por parte suya la feroz Gildipa.
Ambas eran de un sexo; y semejantes

En valor las dos eran y en pujanza;
Mas dado no les es medir sus fuerzas
Que á enemigo mayor las guarda el hado,
Trabajan una y otra por unirse,
Pero la turba espesa se lo estorva;
Cuando contra Clorinda el generoso
Güelfo esgrime el acero y la acomete,
Tirando un tajo en que algo á teñir llega
La fiera espada en el costado bello,
Y con cruda estocada ella responde
Que en el lado tambien alcanzó á herirle:
Redobla el golpe Güelfo y no le acierta,
Que pasa acaso el palestino Osmida,
Y la herida de la otra en sí recibe
Que la frente le abrió de medio á medio.
Entonces al buen Güelfo gente mucha
De la suya le cerca y le sepára;
La multitud de infieles tambien crece
Tánto que la peléa se confunde.

La Aurora ya su bella faz purpúrea
Por el balcon celeste iba asomando,
Cuando en la confusion suelto se había
El feroz Argillan de sus prisiones;
Y con inciertas armas que el acaso
Le dió malas ó buenas, presuroso
Para enmendar sus yerros con honores
Nuevos arrepentido iba corriendo.
Como un fogoso que de regio establo
Dó al úso de las armas se reserva,
Huye suelto á la fin por senda larga,

Vá á la yeguada, al prado, ú hácia el río,
Libre al cuello la crin y al ancha espalda,
La cabeza sacude alta y soberbia,
Suena el pié en la carrera, y orgulloso
De sonoros relinchos llena el campo.
Tal venía Argillan: feroz la vista
Abrasadora: erguida el alta frente:
En los saltos liviano, y el pié sienta
Tan veloz, que en el polvo ni le imprime.
Cerca del enemigo la voz alza
Como quien osa todo y nada teme:
»Oh! eces bajas del mundo, árabes viles!
¿De donde os viene atrevimiento tanto?
No habeis nacido, nó, para del yelmo
Ni el escudo regir el peso grave.
Despavoridos envestís é inermes,
Hiriendo el viento en el huír fiados.
Vuestras grandes hazañas estudiadas
Nocturnas son; que os dan favor las sombras:
Ya se van estas ¿quien ahora os defiende?
Solo armas ya y valor puede valeros.”

Así iba hablando, y dióle en la garganta
Á Algacel cuchillada tan terrible,
Que le cortó el gáznate; y la palabra
Truncó que á la respuesta ya movía.
Súbito horror la luz robó al mezquino,
Y sus huesos ocupa un frío hielo:
Cáe; y la tierra odiosa con los dientes
De rabia llenos al finar mordía.

De varios modos éste á Saladino

A Agricalte y Mulease dió la muerte,
Y traspasó tambien de parte á parte
Al mísero Albiacil que estaba junto:
Abre el pecho á Ariadino y le derriba,
Y mofa de él hacía con escarnio.

Con graves ojos este al orgulloso
La vista alzando; así al morir le dice:
»No tú, séas quien fueres, de esta muerte
Gozarás largo tiempo la victoria:
Te espera igual destino, y por mas recia
Diestra á mi lado quedarás tendido.”
Rióse el otro entonces: »De mi suerte
Cuide el cielo, le dice, tú entre tanto
Muere y serás de Buytres y de Canes
Pasto: y poniendo el pié sobre su pecho
La espada le arrancó y ánima juntas.

Un page del Soldan mezclado andaba
Entre la turba aquella de guerreros;
Á quien de tierna edad la primavera
Flor en su barba ni esparcido había:
Perlas ó escarcha su megilla hermosa
Por el sudor regadas imitaba:
Gracia al cabello suelto el polvo añade,
Y el enojo en su faz es dulce y bello.
Un corredor montaba, que en blancura
De Apenino escedía el alba nieve:
Ni hay torbellino ó llama que se mueva
Con tanta rapidez: una azagaya
Que ase por su mitad está vibrando:
Corta y corba cuchilla al lado ciñe,

Y con agreste pompa, de realze
En púrpura bordado el oro brilla.

Como á este jóven, de temprana gloria
Un gran deséo el pecho lisongease;
Acá, y allá el egército agitaba
Quien se le oponga entonces no encontrando;
Canto observa Argillan en sus veloces
Giros el punto en que despide el arma,
Y en tal momento mátales el caballo;
Arrójase sobre él en tanto apuro
Y al tierno rostro, que aunque en vano tiene
Las armas de piedad en su defensa,
Cruel la diestra alzando inexorable
De natura ofendió la mas bella obra.
Más sensible la espada que el guerrero,
Volviendo el filo descargó de plano:
¿Pero y qué: si redobla el fiero golpe,
É hirió de punta donde errado habia?

Soliman que de allí no está distante
Ocupado en batirse con Gofredo,
Deja esta lid, vuelve el caballo, y corre,
Así que el riesgo del mancebo ha visto,
Y paso abriendo con la espada; llega
Solo á vengarlo, que al socorro es tarde;
Pues mira ya oh dolor! yacer sin alma
Á su Lesbin, cual bella flor marchita;
Y aun conservando gracia vé sus ojos
Temblar descaecidos; y caerse
Sobre la espalda el cuello tambien mira.
Su palidez el rostro le hermoséa,

Y conmueve á piedad tanto en la muerte,
Que ablanda el corazon que ántes fue marmol,
Y de entre íras las lágrimas arranca.
¿Tú lloras Soliman? Tú que miraste
Con faz serena destruir tu reino?

Pero viendo el acero que empapado
Del mancebo en la sangre aun humeaba,
No ha lugar la piedad, se enciende en íra,
Y en su pecho las lágrimas recoge,
Corre sobre Argillan, el hierro esgrime,
Parte el opuesto escudo, luego el yelmo,
La cabeza y garganta; y del encono
De Soliman es digno este atroz golpe.
Ni aun está satisfecho: al cuerpo muerto
Del caballo apeando aun hace guerra,
Como mastin que á piedra que le ha dado
Un duro golpe con soberbia muerde.
¡Del inmenso dolor vano consuelo
Cebarse la íra en insensible lodo!

Entre tanto de francos del Caudillo
Sus íras y furor no son en vano:
Mil turcos allí habia de loriga
Y de yelmos y escudos bien cubiertos,
Sus cuerpos hechos á fatigas grandes,
De un espíritu extraño y experiencia;
Que fueron ya de la milicia antigua
Del Soldan, y con él en los desiertos
Anduvieron de Arabia vagarosos,
Siéndole en suerte adversa siempre adictos.
Éstos con órden mucho, y muy unidos

Se distinguían poco de los francos.

Á ellos Gofredo enviste; é hirió el rostro
Al gran Corcute, y á Rosteno el lado;
Á Selino cortóle la cabeza,
Y ambos brazos echó abajo á Roseno
Ni es á estos solo: de otros en mil formas
Hirió un número grande, y mató muchos.

Mientras así la sarracena gente
Fatiga, y esforzada ella se opone,
Sin que á una parte ni otra se inclinase
Indecisa teniendo la victoria:
De polvo nueva nube se acercaba
Que fulgores de guerra tiene en medio,
Y al brillar de sus armas, de improviso
El campo desmayó de los infieles.
Son cincuenta guerreros que despliegan
La cruz triunfal purpúrea en plata fina.
Si cien bocas hubiera, y lenguas ciento,
Aliento eterno y voz infatigable,
El número contar nunca podría
Que el feroz escuadron en su primera
Envestida derriva, hiende y mata:
Cae el árabe inerme; el turco invicto
Resistiendo y lidiando también cae.
El horror, crueldad, pavor y luto
Lleva ánte sí; y bajo aspectos varios
La vencedora muerte por dó quiera
Vieras, y un lago fluctuar de sangre.

Salido había el Rey fuera del muro
Con parte de los suyos presagiando

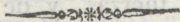
Favorable fortuna: viendo empero
La batalla indecisa, se detiene;
Y observando despues que se retira
El egército; toca retirada.
Y suplicaba con mensajes muchos
A Clorinda y Argante se volvieran;
Pero una y otro estan encarnizados
Y cebados en sangre, y no obedecen:
Ceden no obstante al fin, y unir procuran
Y contener la turba que iba huyendo.
¿Mas quien dá al vulgo leyes, y contiene
Un villano temor? Dánse á la fuga,
Y uno tirá el escudo, otro la espada;
Les es el hierro estorbo y no defensa.
Hay entre la ciudad y el campo un valle
Algo fragoso entre occidente y austro:
Allí se acogen, y de polvo nube
Espesa, oculta las murallas todas.
Bajan precipitados la ladera,
Y estrago en ellos grande hacen los fieles:
Pero habiendo salido, y cerca viendo
El auxilio del bárbaro Tirano,
No quiere Güelfo en áspero parage
Con desventaja tanta ya esponerse;
Y contiene á su gente: el Rey la suya
De esta guerra reune mal contento.

Hizo en ella el Soldan cuanto le es dado
Á un hombre hacer con terrenales fuerzas.
Todo es sangre y sudor; y sobrealiento
Continuo le agitaba el pecho y flancos.

Ya del escudo el peso el brazo oprime;
Torpe es la diestra al esgrimir la espada,
Que ya al cortar magulla obtuso el filo.
Al verse en tal estado, se detiene
Como entre sí dudando, y discurriendo
Si debía morir, y con su mano
De esta gloria privar á otro cualquiera;
Ó siendo superior á su derrota
Mirar por sí, y poner su vida en salvo.
»Venza (al fin dice) el hado, y esta fuga
Séa el lauro mayor de su victoria,
El enemigo mis espaldas véa,
Y mi destierro mofe nuevamente,
Que él me volverá á ver de nuevo armado
Su paz turbar y el mal seguro reino.
No es esto ceder, nó: memoria eterna
De ofensas ha de hacer mi eterno encono.
Su enemigo he de ser siempre mas crudo,
Cual rescoldo en cenizas sepultado.

FIN DEL CANTO NONO.

CANTO DÉCIMO.



Así diciendo aun: cerca de él pasa
Un Caballo que suelto iba corriendo:
La mano al libre freno le echó al punto
Y sube en él, aunque cansado y triste.
La espantosa cimera ya perdida
Quedaba el yelmo sin divisa alguna,
Roto todo el arnes; ni de fastosa
Pompa real le queda algun vestigio.
Como arrojado del redil vá huyendo
Y ocultarse procura el voraz Lobo,
Que si bien del gran vientre ha ya llenado
Los ansiosos profundos sumideros,
De sangre codicioso, aun tiene fuera
La lengua que relame el labio inmundo.
Así el Soldan tras del sangriento estrago
Sin saciar iba su hambre inestinguible.
Por fortuna, de flechas silvadoras
Que una nube formando le rodéa,
De espadas tantas, lanzas, y de tantos
Instrumentos de muerte al fin se salva,
É incógnito despues vá caminando
Por desierta vereda áspera y sola;
Que hacer deba en tal caso discurriendo,

Y en mar de confusiones fluctuaba.
Irse resuelve al fin á donde junta
El Rey de Egipto egército crecido,
Unir con él sus fuerzas, y de nuevo
Á todo riesgo aun probar fortuna.
Determinado á esto; sin demora
El camino tomó que vá derecho
De Gaza antigua á la arenosa playa,
Cuya ruta tenia conocida.
No empero por que sienta empeorarse
Sus heridas y el cuerpo enfermo y débil,
Se sienta ni despoja de sus armas;
Ántes bien trabajando pasa el dia:
Y cuando al mundo quitan ya las sombras
Toda forma y de negro tiñen todo,
Apéa, y como puede, sus heridas
Benda; y sacude el fruto de una palma,
Del cual comió; y en la desnuda tierra
Á los cansados miembros dá reposo,
Y al duro escudo la cabeza apoya
Tranquilidad buscando al pensamiento:
Pero aumentarse por instantes siente
El dolor de sus llagas, y en el alma
Le despedaza un roedor contino
Su corazon con rabia y sentimientos.
Por fin cuando ya todo en alta noche
Está en total reposo; del cansancio
Vencido ultimamente, en el Letéo
Sumergió sus cuidados y fatigas,
Y á un descanso aunque breve y descaído

Rindió sus miembros y afligidos ojos.
Mientras durmiendo está; así le habla
Al oído una voz severa y fuerte:

»Soliman, Soliman: á mejor tiempo
Guarda el reposo y sueño; y considera
Que de estrangera gente bajo el yugo
La patria dó reinaste está gimiendo.

¿Duermes sobre este suelo, y no reparas,
Que tu gente insepulta en ella yace?

¿Donde hay vestigios tantos de tu afrenta
El nuevo día aguardas perezoso?"

De pronto alza el Soldan la vista, y mira
Un venerable Anciano, que apoyaba
De una muleta sus temblones pasos.

»¿Y tú quien eres, brusco le pregunta,
Importuna fantasma, que interrumpes
El dulce y breve sueño al caminante?

¿Qué mi afrenta te importa ó mi venganza?"

»Yo soy uno, el Anciano le responde,
Que de tu nuevo intento está enterado;

Y á interesarme en tus asuntos vengo

Mas de lo que tal vez pensarte puedes.

No han sido en balde mis picantes dichos,

Por que al valor la cólera despierta:

Ni á mal lleves, Señor, que mis palabras

Aguijar quieran tu osadía pronta.

Sé que al gran Rey de Egipto vás á unirte

Haciendo inutilmente larga ruta;

Pues aunque allá no vayas, no por eso

Dejarán de juntarse prontamente

Y acá venir las sarracenas tropas;
Ni es propio aquel lugar para emplearse
Tu gran valor en los contrarios nuestros:
Mas si quieres seguirme; introducirte
Dentro de las murallas que bloquean
Esas latinas armas, te prometo
En lo claro del día sin ser visto:
Allí en las armas y fatigas duras
Te podrás distinguir, y adquirir gloria
La plaza defendiendo, hasta que llegue
El ejército egipcio á socorrerla."

Mientras hablando está; la voz y ojos
Del hombre anciano el fiero Turco admira,
Y de su rostro y ánimo indomable
El orgullo depone y la soberbia.
»Padre, responde, ya me tienes pronto
Á seguirte á dó quieras conducirme;
Yo abrazaré todo consejo siempre
Que á la fatiga me dirija y riesgo."
Apláudelo el Anciano: y por que había
Sus heridas la noche hecho mas graves,
Con un licor las baña, y sanas quedan,
Y él recobra sus fuerzas y su sangre.

Viendo luego, que Apolo ya doraba
Las rosas que la aurora ha coloreado:
»Tiempo es de partir, dice, que ya alumbra
Nuestro camino el Sol, y á todos mueve;
Y sobre un carro que tenía cerca
De allí, subió con el feroz Niceno:
Las riendas toma, y con maestra mano

Diestramente castiga los fogosos,
Y tan rápidos van, que ni en la arena
Los pies imprimen ni el carril señalan;
Humo exhalar se ven y anhelar mucho,
Y emblanquezen de espuma el duro freno,
Y lo que asombra mas: se une y condensa
Todo el aire inmediato, y forma nube
Que el carro circuyendo lo encubría;
Pero nadie la vé poco ni mucho.
Ni piedra que despide catapulta
Penetrar puede su espesor tan denso,
Pudiendo ver los dos la niebla eterna
Y el claro cielo desde el centro opaco.

Estático el Soldan las cejas alza,
La frente arruga, y de hito en hito mira
La nube, y carro, el cual tan veloz corre
Por cuanto encuentra que volar parece.
El otro que le advierte tan suspensivo
Tener sin pestañear la vista fija,
Llamándole, del éxtasis le saca;
Y él entonces se vuelve y así dice:

»Ó tú, cualquier que seas; que gobiernas
Para cosas estrañas á natura,
Y de mortales los arcanos sabes
Que en sus mientes existen, cuando quieres:
Si á saber llegas con tu ciencia infusa
Lo que está por venir; dime te ruego,
¿Cual es la suerte que esperar el Asia
Puede feliz ó infausta en tantas guerras?
Mas dime ántes tu nombre, y con cual arte

Tan desusadas cosas hacer puedes;
Pues que si ántes no salgo de este pasmo
Á ninguna otra cosa atender puedo.”
Sonrióse el Anciano, y le responde:
»Fácil en lo uno me es satisfacerte.
Yo soy Ismeno, y llámanme los Sirios
Mago, por que me gusta el arte maga:
Pero pronosticar lo venidero,
Y aclarar de los fastos el destino,
Eso es mucho querer; es pedir mucho;
Ni se concede á los mortales tanto.
Emplée cada cual todo su esfuerzo
Para sacar partido de los males;
El fuerte y sabio de ordinario suele
Por sí mismo labrarse la fortuna.
Tu invicta mano á la que empeño es corto
Del imperio frances batir las fuerzas,
Cuanto mas defender la fuerte plaza
Que el feroz pueblo estrechamente sitia,
Contra sus árinas apercibe y fuegos,
Que auguro bien de tu constancia firme.
»Por fin diré, por complacente solo,
Lo que oscuro diviso y entre nieblas:
Se me figura ver, ántes que muchos
Lustros camine el gran planeta eterno,
Un hombre que en el Asia se hará ilustre
Y el gobierno tendrá del grande Egipto.
Sus méritos de paz, y ciencias callo,
Y mil virtudes que distingo apénas:
Saber no mas te baste; que no solo

Las fuerzas batirá de los cristianos,
Sino que en su ruína sumergidos
Deben quedar en la postrer batalla;
Y sus tristes reliquias en angosta
Isla que el mar defienda han de encerrarse.
De tu sangre será tan ilustre héroe."

Esto dijo, y calló el Ánciano mago,
Y el otro dice: »¡Electo el mas dichoso!"
Y le envidia y se goza á un tiempo mismo;
Y luego añade: »La fortuna rueda
Del modo que prescrito está en lo alto,
Que nada ha de influir en mi firmeza,
Y en ésta decaer nadie ha de verme.
En su carrera el astro de la noche
Retrogradar podria y las estrellas,
Mas bien que atrás volver yo un paso solo."
Dijo: y cuando así dice, de osadia
En fuego centelléa y se enardece.

Conversando así van; y ya llegaban
A donde alzarse ven las francas tiendas.
¡Que espectáculo fue tan fuerte y duro!
Vieron la muerte allí de formas muchas.
Los ojos al Soldan se le arrasaron,
Y en su rostro el dolor dejaba verse.
Ay! ¡Con quanto desprecio las enseñas
Que un tiempo se temieron vé abatidas!
Ve los alegres francos pecho y rostro
Hollar de sus amigos de contino,
Y vé á los insepultos con soberbia
Las armas y vestidos despojarles:

Muchos en pompa fúnebre los cuerpos
De sus amados míralos que honraban:
Otros encender píras, y hacinados
Se ven arder los árabes y turcos,
Lanzó un suspiro, desnudó el acero,
Arrójase del carro, y correr quiere;
Mas le detiene el Mágico al instante,
Su temerario arrojo refrenando;
Y haciendo que de nuevo al carro suba,
Del monte á lo elevado se dirige.
Así fueron andando hasta que dejan
De los francos las tiendas á la espalda:
Se apearon; y el carro de repente
Despareció, y á pié los dos marcharon
En medio de la nube sin ser vistos,
Descendiendo á la izquierda á un hondo valle,
Hasta que allá llegaron dó al ocaso
El alto monte Sión dá la espalda.
Párase el Mago allí, y se aproxima,
Como buscando, á una cantera oculta.
Honda gruta hay allí labrada en peña
De tiempo inmemorial; pero tapado
El paso estaba por la falta de úso,
Y entre la yerba oculto y matorrales.
Quita estorbos el Mago, y agachado
Por la angosta vereda penetraba,
Con la una mano abriéndose vereda,
Y ofreciéndole al Príncipe la otra.
Dice el Soldan entonces: ¿Que camino
Es este oculto que á llevar me obligas?

Otro mucho mejor me hubiera abierto,
Si me hubieses dejado con mi espada."

»No te desdenes, dice, oh alma grande!
De pisar con pié firme oscura senda,
Que algun día tambien el grande Erodes
Tan famoso en las armas la pisaba.
Él socavó la galería esta,
Queriendo sugetar á sus vasallos,
Y por ella poder de aquella torre,
Que Antoniana llamaba por su amigo,
De la ciudad salir ocultamente,
Y en el gran templo antiguo introducirse,
Y hacer salir y entrar ocultas tropas:
Mas ya soy solo en los vivientes todos
El que noticia tiene de esta gruta:
Por ella irémos á dó los mas sabios
Y poderosos á consejo reúne
El Rey, que á este reves de infausta suerte
Poco firme se muestra, y pavorido.
Á buena ocasion llegas: oye, y calla
Y habla despues con energía mucha."

Así dijo: y al punto el Caballero
Llenó con su gran cuerpo aquella cueva,
Y por ruta que mas vá siendo opaca,
De su guia siguiendo vá los pasos.
Van primero agoviados; mas la gruta
Cuanto mas se internaban es mas grande,
Hasta andar á sus anchas, y llegaron
Cerca de la mitad de la caverna
Donde una puerta hallaron, que abrió Ismeno,

Y por escala poco usada suben,
Que escasa luz desde muy alto alumbra
Por un respiradero muy angosto:
Un subterráneo claustro al fin pasando
Á un salon claro y magestuoso llegan,
Donde el Rey con su cetro y su corona
Sentado estaba entre su triste gente.
De la cóncava nube el Turco fiero
En torno suyo observa sin ser visto;
Y oye al Rey entre tanto, que el primero
Tomó en su regio solio la palabra:

»Nuestro imperio en verdad, vasallos fieles,
En el dia de ayer mucho ha perdido,
Y esperanza cortísima nos queda
Que el Rey de Egipto la alimenta solo.
Bien veis cuanto es remota, y cuanto el riesgo
Es inminente y le tenemos cerca.
Á este fin solamente os he juntado
Y oír deséo el parecer de todos.»

Aquí calló: y cual susurra el aura
En un bosque, se oyó bajo mormullo:
Mas con ledo semblante y faz serena
El Circasiano alzándose le acalla.

»Ó magnánimo Rey, así responde
El Caballero indómito y terrible,
Á que viene eso? ¿Acaso alguno ignora
Cuanto ha pasado sin que aquí lo escuche?
Por fin diré: que la esperanza solo
Está en nosotros, y el valor no daña:
Armémonos pues de él: que él nos socorra,

Y ántes muertos quedemos que vencidos,
Ni es tampoco decir que desespere
Del auxilio de Egipto que esperamos,
Que de mi Rey dudar de sus promesas
Nunca puedo, ni debo, ni hallo causa.
Dígolo sí: porque advertir querría
Espíritu mas firme entre nosotros;
Que dispuesto igualmente á todo evento
Victoria espere sin temer la muerte.”
Solo esto dijo el generoso Argante
Como quien habla de indudable cosa.

De autoridad con aire se levanta
Orcano de familia muy ilustre,
Y por las armas distinguido ha tiempo:
Mas ahora unido á esposa bella y jóven,
Se habia afeminado, y con sus hijos
Entre ternezas de marido y padre,
Y así dijo:
»Ó Señor, no tiene culpa
El ardor de magníficas palabras,
Cuando de valor nace, que encerrado
Dentro del corazon estar no puede;
Y si el buen Circasiano por costumbre
Con un ardor tan cierto hora te habla,
Él puede hacerlo así; que con sus obras
Eso mismo que dice lo acredita.
Á tí conviene, pues, á quien los años
Y los sucesos ya han hecho prudente,
Con tus consejos imponerle freno,
Y contener sus ímpetus fogosos,

Balanzear del socorro la esperanza
Con el presente ó próximo peligro,
Y con las armas y enemigas fuerzas
El muro antiguo y los que has hecho nuevos.
Nosotros es verdad que nos hallamos
En ciudad por natura y arte fuerte:
Mas de máquinas grande de continuo
Aparato se apresta por los francos.
No sé en que pararán, y me estremecen
Los inciertos decretos de Mavorte:
Y si á estrechar llegaren mas el sitio,
Que á faltar llegue el alimento temo,
No obstante aquel ganado y las vituallas
Que acá en la plaza ayer introdujiste,
Cuando en el campo á ensangrentar sus manos
Solo atendían; y fortuna es grande:
Pero es corto sustento para un pueblo
Tan numeroso si el bloqueo dura;
Y que dure es forzoso, aun cuando venga
La hueste egipcia el dia que señala.
¿Pero, y si tarda mas?....

»Conceder quiero
Que hasta el socorro la vianda alcance:
¿Quien la victoria asegurarnos puede
Que liberte, Señor, la ciudad nuestra?
Con aquel Godofredo pelearémos,
Y aquellos gefes, y la gente misma
Que en ocasiones tantas han batido
Asírios, turcos, y árabes, y persas.
Bien sabes lo que son, tú que cediste

Tantas veces el campo, fuerte Argante,
Y has vuelto las espaldas tantas veces
Fiado solo en la veloz carrera:
Y lo sabe Clorinda, y yo con todos,
Pues nadie hay que se alabe de otra cosa.
Ni en esto culpo alguno: es bien patente
Que hizo vuestro valor esfuerzos grandes.

»Y diré en fin, por mas que me amenaze
Del fiero Argante su mirar torcido,
Que al enemigo véo á todas luces
Por destino infalible ser guiado,
Y que ni gente habra, ni fuerte muro
Que tomar á Sion pueda estorvarle.
Esto me hacen decir (testigo el cielo)
El amor á mi Rey, y el celo patrio.
Óh! sabio el Rey de Trípoli que supo
Paz de los francos impetrar, y el reino!
El Soldan obstinado; ó muerto yace
Ó cadena servil el pié le oprime,
Ó espatriado, fugaz, y temeroso
Entre extremas miserias se mantiene:
Cuando cediendo parte, ó con tributos
Algo salvado hubiera de su reino."

Así decía: y hácia todas partes
Dirige inciertamente la palabra:
Que el pedir paz, y hacerse tributarios
Aconsejarlo no osa abiertamente.

Indignado el Soldan con sus razones
Mas no podía mantenerse oculto,
Cuando el Mago le dijo: »¿Quieres darle

Lugar, Señor, á que hable de este modo?"
»Yo por mí aquí me oculto, le responde,
Mal de mi grado, y me avergüenzo, y sufro."
Dijo esto apénas, y al instante el velo
De la nube que en torno los circuye
Se rasga y se disipa enteramente,
Y quedando los dos al descubierto;
Con faz en medio refulgente y fiera
Soliman de improviso así les habla:

»Yo soy el que decís: y estoy presente;
No fugitivo vago y temeroso,
Y el que otra cosa diga; que es cobarde
Y miente sostendré con esta mano.
Yo que de sangre caudalosos rios
Formé, y de estragos elevé montañas,
Entre enemigos fosos encerrado
Sin compañero alguno: y fugitivo?
Mas si este ú otro que á él se pareciere,
Siendo á su ley traidor y al patrio suelo,
Osa tratar de infames pactos viles,
Buen Rey, en tu paz séa, aquí le mato.
Júntense en un redil Lobos y Ovejas,
En un nido Serpientes y Palomas,
Ántes que unánimes acoja un suelo
Á la latina gente y á la nuestra."

La espada en alto, cuando así decía,
Tiene, y la diestra amenazando á todos.
Mudo cada cual queda á sus palabras
Y estático á su aspecto fulminante.
Luego con faz ménos adusta y cruda

Hácia el Rey se dirige urbanamente:

»No hay que desalentar, Señor, le dice;
Tienes á Soliman aquí á tu lado.»

Y Aladin, se adelanta, y le responde:

»Oh! ¡Con cuanto placer aquí te miro,
Querido amigo! Ya la gente toda
Que ayer perdí no siento, y nada temo.
Mi reino libertar en tiempo corto,
Y el tuyo recobrar sin duda puedes,
Si el cielo no lo impide.» Al cuello entonces
Le echa los brazos y le estrecha mucho.

Acabado el saludo, el Rey le cede
Su mismo real solio al gran Niceno,
Y en otro asiento pónese á su izquierda.
Y á Ismeno allí coloca á su costado:
Y mientras con él habla, y le pregunta
Por su venida, y le contesta á todo,
La alta Doncella á Soliman, primero,
Vino á cumplimentar, y todos siguen.
Uno de estos fué Órmuso que las tropas
Árabes del Soldan guiado había,
Y durante el ardor de la batalla,
Por escusada senda dirigido
Á favor del silencio y de la noche,
En la ciudad al fin se acogió salvo,
Y con viandas y apresadas reses
El hambre de Sion mitigó un poco.
Solo con torba faz y desdeñosa
Sin hablar se mantuvo el fiero Argante;
Ásí como el Leon que se detiene;

Mueve iracundos ojos y no el paso.
La cara alzar hácia el Soldan no osaba
Orcano cabizbajo y pensativo.

Así están en consejo el Rey de turcos,
El Palestin tirano y caballeros;
Y el pío Godofredo la victoria
Y vencidos habiendo al fin seguido,
Y á sus guerreros muertos los honores
Fúnebres hecho con suntuosa pompa:
Prontos estar á todos les ordena
Para dar el asalto al otro dia,
Al bárbaro sitiado amenazando
Con los rigores últimos de guerra:
Y habiendo conocido el estandarte
Que estrago tal en los infieles hizo,
Y era el de sus amados; aquel propio
Que la engañosa guía fue siguiendo,
Y con ellos Tancredo, que encerrado
Fue en el castillo de la falsa Armida:
Solo del Ermitaño acompañado
Y algunos otros sabios los reúne,
Y les dice:

»Suplícoos que me cuente
Alguno de vosotros vuestra historia,
Y cómo pronto os habeis hallado
Á socorrernos en tan gran conflicto.”
Los ojos bajos de vergüenza tienen,
Que su falta, aunque leve, sienten mucho.
Guillermo al fin hijo del Rey Britano,
Alzó la vista y dijo de este modo:

»Ademas de los diez nosotros fuimos
Sin saber uno de otro ocultamente,
No lo niego, de amor la falsa escolta
Siguiendo, y de un traidor fingido rostro.
Por desusadas vias nos condujo
Siempre discordes y celosos siempre,
Nuestro amor y desvíos mantenía,
Ah! Cuánto llego á conocerlo tarde!
Con palabrillas sueltas y miradas.
Al parage llegamos donde el cielo
Fuego llovió de aquel monte en la falda,
Y ofensas castigó contra natura
En aquellos nefarios habitantes.
Tierra fecunda fue y feliz un tiempo;
Hora de agua termal betuminosa
Es un estéril lago, cuanto alcanza
Corrompe el aire, y le hace muy hediondo,
Y aunque un cuerpo se arroje en él pesado
Nunca jamas al fondo llegar puede,
Y á manera de leve Olmo ú Abeto
Fluctúa el hombre, el hierro y el peñasco,
Un castillo hay en medio, á que tan solo
Puede pasarse por angosta puente.

»Allí nos acogió; ni sé en que forma
Todo es risueño adentro: y deleitoso
El aura muelle, el cielo despejado,
Los árboles alegres y praderas,
Y el agua dulce y clara; y entre Mirtos
Nace una fuente, y corre un arroyuelo:
Sobre la blanda yerva al sueño dulce

De hojas convida el susurrar suave:
Cantan los pajarillos; y no hablo
De los primores que hay en mármol y oro.

»Poner hizo la mesa sobre tepes
Junto á una clara fuente y á la sombra:
Esculpida vagilla la adornaba
Con manjares estraños y esquisitos;
Frutos había de estaciones varias,
Y cuanto dá la tierra y dan las mares
Con fino condimento; y cien doncellas
Diligentes y hermosas nos servían.
Ella con dulce hablar, y risa amable
La comida mortal templaba cruda;
Luego quedando todos en la mesa
Bebiendo á tragos largos largo olvido,
Se levanta ella y dice: al punto vuelvo;
Y con rostro tornó severo y grave
Trayendo en una mano una varilla,
Y un libro en la otra, dó leyó en voz baja.

»La Maga iba leyendo, y mis pasiones
Siento mudarse, y mi vivir, y el prado.
Rara virtud! Deseos tengo nuevos.
Al aguá salto y me zambullo todo:
Ni sé como mis piernas se recojen,
Y ambos brazos se unieron á mi espalda:
Yo me aprieto y me encojo, y me salieron
Sobre la piel escamas; y de un hombre
Quedo en pez transformado en un instante.
Á todos los demas pasó otro tanto,
Y en el agua se vieron sumergidos:

De todo esto me acuerdo como un sueño.

»Plúgole al fin volvernós nuestra forma;
Mas con la maravilla y la pavora,
Nadie hablaba; cuando ella de este modo
Nos amenaza con turbada vista:

»Ya mi poder, os es notorio, dice;
Y lo que de vosotros hacer puedo:
En calabozo eterno, está en mi mano,
Privaros de la luz del claro día;
En pájaros ó plantas convertiros,
En duro Sauce ó liquidada fuente,
Ó transformaros en pelosos brutos.
Libertaros podeis de mis rigores
Si mi gusto seguir os complaciere;
Y es haceros paganos, y la espada
Contra Bullon mover y á favor mio.

»Á todos hizo horror pacto tan fiero
Y se convino solo infiel Rambaldo.
En oscura mazmorra (sin podernos
Defender) fuimos encerrados todos.
Después Tancredo por acaso vino,
Y hecho fue en el castillo prisionero;
En donde nos mantuvo tiempo poco
La falsa Maga; pues según he oído,
El sacarnos, obtuvo de la impía,
Del Señor de Damasco un mensajero,
Quien entre cien armados nos llevaba
Al Rey de Egipto inermes y aherrojados.

»Así íbamos andando; y como el alta
Providencia del cielo lo dispuso,

El buen Reynaldo, que ha ensalzado siempre
La gloria suya con hazañas nuevas;
Sobre los caballeros que nos guardan
Viene furioso y hace lo que suele;
Los mata y vence, y con las armas suyas
Armarnos hace, que ántes eran nuestras.
Estos y yo le vimos, y llevaba
Su diestra mano; y su voz oímos.
El rumor que aquí corre ha sido falso:
Lleno está de salud, lleno de vida.
Tres dias há con hoy que fue escoltando
Á un peregrino, y nos dejó á nosotros
Para ir á Antioquía; mas primero
Cambió sus armas rotas y con sangre."

Así hablaba, y entanto el Ermitaño
Al cielo alzaba sus devotos ojos.
Muda el color y el rostro. Oh! Cuánto ahora
Venerable y sagrado resplandece!
Henchido está de espíritu divino,
Y el celo á mente angélica le ensalza:
Lo futuro descubre, y en la eterna
Serie se entera de años y de edades;
Y por su boca en voz extraordinaria
Los venideros casos les anuncia,
Á que todos atienden, admirados
De la voz desusada y nunca oída.

»Vive, dice, Reynaldo; y todo lo otro
Ártes y hechizos son de infame Maga,
Vive, y su vida juvenil ahora
Á más cumplida gloria guarda el cielo;

Presagio son no mas , y niñerías
Con lo que fama adquiere en toda el Asia.
Muy claro viendo estoy que andando el tiempo
Se opone y doma al impío Augusto,
Y que á la sombra de argentinas álas
Su Águila á Roma , y á la iglesia cubre,
Que ya en garras estaban de la fiera.
Hijos nacerán de él no ménos dignos
Y de sus hijos, hijos que en un tiempo
Obras harán de remembranza dignas:
Contra el injusto Cesar y rebeldes
Defenderán las mitras y los templos,
Soberbios abatir, y á los impíos,
La humildad ensalzar y la inocencia,
Será su profesion. Asi volando
La Águila Estense al Sol verán que asciende:
Y es justo que si á él mira y sus rayos,
De fulgores mortales vista á Pedro.
Al batirse por Cristo, es bien, las plumas
Despliegue siempre invictas y triunfantes;
Que esto el cielo le dió cual por costumbre,
Y á él lo impuso por fatales leyes.
Decretado está arriba, que á esta empresa
Tan digna, que dejó, vuelva llamado,"
Desvanece el temor con estos dichos,
Que de Reinaldo había, el sabio Pedro.
En el comun aplauso calla solo
Bullon el Pío, en gran cosa pensando.
Llega en tanto la noche, y negro velo
Sobre la faz del mundo ya estendía.

Á su albergue á dormir se retiraron
 Todos; pero Bullon dormir no puede.

FIN DEL CANTO DÉCIMO.

21A



